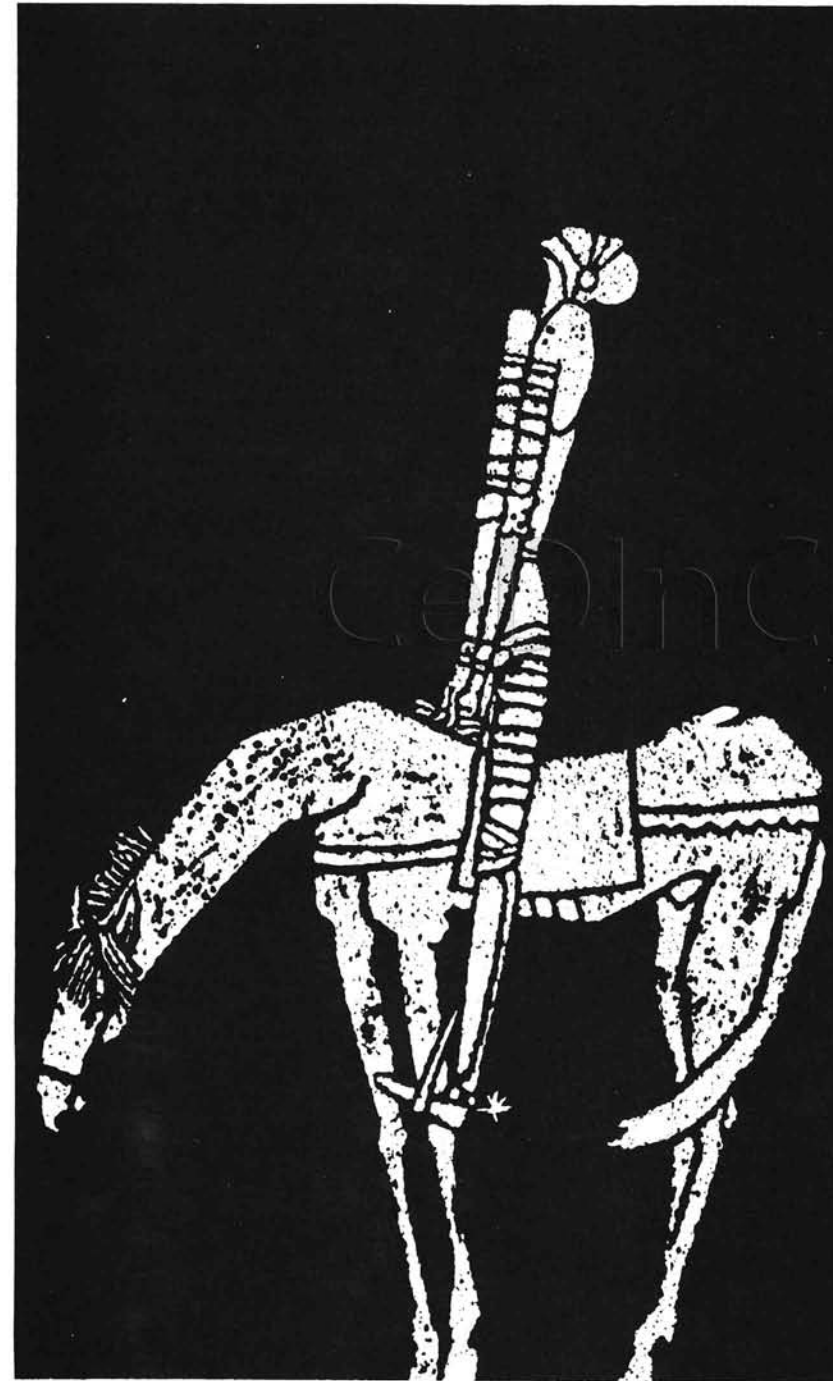


Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



*Schmucler.
Derechos
humanos*

*Portantiero.
Acerca
de la democracia*

*Bernetti.
Entrevista a Righi*

*Aricó, Reverte,
Paramio. Crisis
del marxismo*

*Caletti, Bufano.
Focos, vanguardia,
violencia*

*Casullo.
La cuestión
sindical*

*Ábalo.
La política
económica*

*Además:
A. Puiggrós,
Terán,
Ulanovski, Olmos*

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán, J. Tulli.

Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.

Las ilustraciones de Roberto Páez fueron tomadas de *Graphis* num. 187, las de Hermenegildo Sabat de *Crisis* num. 5 y del diario *Clarín* de Buenos Aires; finalmente, las de David Levine corresponden a *Caricaturas*, Barcelona, Grijalbo, 1975.

Índice

Editorial	2
COYUNTURA	
Actualidad de los derechos humanos, por Héctor Schmucler	3
Un documento peronista	4
CONTRASEÑA	
Unidad sindical y proyecto de ley gremial, por Martín Olmos	5
LA DEMOCRACIA DIFÍCIL	
Proyecto democrático y movimiento popular, por Juan Carlos Portantiero	6
ENTREVISTA	
Righi: La recuperación democrática y el peronismo, por Jorge Bernetti	8
La universidad argentina de 1973-1974, por Adriana Puiggrós	11
LA CRISIS DEL MARXISMO	
Razones para una contraofensiva, por Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte	13
La violencia en Argentina: 1969-1976, por Sergio Bufano	16
FOCOS Y VANGUARDIAS	
Los marxismos que supimos conseguir, por Rubén Sergio Caletti	18
LA CUESTION SINDICAL EN LA ARGENTINA	
Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista, por Nicolás Casullo	21
La discusión sobre la política económica del gobierno militar, por Carlos Abalo	25
El exilio mexicano de Aníbal Ponce, por Oscar Terán	28
LIBROS, REVISTAS, INFORMACION BIBLIOGRAFICA	
<i>Proteo</i> , de Morris West. El drama argentino como <i>best seller</i> , por Carlos Ulanovski	30
Tribuna socialista para la reflexión y la polémica	31
Información bibliográfica	31
COYUNTURA	
El tema de Cámpora	32
Un nuevo Menéndez	32
Un viejo Jacobo Timerman	32

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
importe de mi suscripción a *Controversia* por seis números - doce números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción normal por seis números: \$ 200 o US\$ 10
Suscripción-colaboración por seis números: \$ 300 o US\$ 15
Suscripción normal por doce números: \$ 400 o US\$ 20
Suscripción-colaboración por doce números: \$ 600 o US\$ 30
Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a: J.L.B. Apartado postal N° 111, México 19, D.F.

EDITORIAL

Han pasado más de tres años desde que se produjera el golpe militar en la Argentina. Al estupor por la salvaje represión, al anonadamiento producido por el forzado alejamiento de la patria, al desconcierto inicial respecto de la dirección y efectividad de nuestros actos, hoy, o desde no hace mucho tiempo, (aunque siempre nos resistimos a la negatividad del exilio, enfrentando con variado éxito a la "melancolía, la frustración y la nostalgia"), existe la convicción cada vez más firme de convertir este exilio "en una experiencia positiva". No es casual entonces que a la necesidad siempre presente de lo que pasa en nuestro país, a las persistentes denuncias de los actos de barbarie cometidos en él, se empiece a sumar ahora la imperiosidad de una severa pero lúcida reflexión. Y en este sentido, justo es decirlo, la aparición de *Controversia* es una mera consecuencia de este nuevo estado de ánimo. Importa sin embargo adelantar que, habida cuenta de la amplia gama de posiciones en la reflexión ya iniciada, esta revista no intentará practicar sincretismo alguno en aras de una apriorística confluencia. Esta, en todo caso, se dará luego de un amplio y profundo debate, que apenas se inicia, sobre nuestro pasado, nuestro presente y sobre ese futuro incierto que pretendemos modelar.

Un lector atento podrá observar que los artículos publicados en este primer número no guardan necesariamente homogeneidad. No podría haberla, pues la historia y la práctica de quienes escriben difieren sin lugar a dudas. No obstante, con esa misma atención tal vez sea posible detectar que la mayoría de ellos, o todos, intentan reflexionar críticamente sobre temas centrales para la reconstitución de una teoría política que pueda dar cuenta de una transformación sustancial de nuestro país. Y es ésta, no otra, la intención de este periódico. No es, pues, casual que se haya decidido llamarlo *Controversia*, renegando incluso de un mínimo de originalidad en la elección del nombre. Pero, es preciso aclarar, se prefirió un título que reflejara cabalmente lo que se pretende: iniciar una *controversia para el examen de la realidad argentina*. Si se cumple este propósito, la publicación adquirirá el sentido que se pretende darle.

No es una tarea fácil. Lo sabemos. Basta remontarse a la historia de los movimientos populares en todo el mundo para darse cuenta de lo difícil que resultó siempre, para ponernos en un caso extremo, discutir no sólo desde ámbitos distintos sino incluso dentro del mismo campo. La historia del movimiento nacional no es una excepción a esto. No lo podía ser. Pero, importa registrar, esa misma historia nos brinda otros ejemplos, es cierto que tal vez excepcionales, en donde la discusión fraterna fue posible y trajo aparejado evidentes beneficios para la constitución de una teoría revolucionaria.

Es probable que nuestra condición de argentinos añada algunos otros elementos que dificulten todavía más la tarea que nos proponemos. Educados muchos de nosotros en una izquierda dogmática y de discutible suerte y eficacia en la historia política de nuestro país, provenientes otros de un movimiento popular en cuyas estructuras reinaba el autoritarismo, instalados todos lejos de la patria, nos resultará difícil comprender la necesidad de iniciar prácticas distintas, en las que, de una vez por todas, empecemos a prefigurar, con nuestros actos, la sociedad que, afirmamos, queremos construir.

Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota, una derrota atroz. Derrota que no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas por ahora derrotadas será tarea imposible si pretendemos seguir transitando el camino de siempre, si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad.

Es difícil, lo repetimos. Pero es posible. Es posible iniciar una controversia lúcida, serena, fraternal. Es posible, y necesario, respetar al compañero. Si así no lo fuera, el tiempo habrá pasado en vano.

Invitamos pues a colaborar a todo aquél que considere importante la creación de un espacio para la discusión. No habrá exclusiones, salvo para los lugares comunes, las ofensas y la provocación.

COYUNTURA

Actualidad de los derechos humanos

Héctor Schmucler

La ley sobre desaparecidos que el gobierno argentino dictara el mismo día en que llegó al país la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, consagra un cínico desprecio por la vida, a la vez que estimula zonas de meditación sobre lo que significa el tema de los derechos humanos en el contexto de la actual acción política.

"Podrá declararse el fallecimiento presunto de la persona cuya desaparición del lugar de su domicilio o residencia, sin que de ella se tenga noticias, hubiese sido fehacientemente denunciada entre el 6 de noviembre de 1974, fecha de la declaración del 'Estado de sitio' y la fecha de la promulgación de la presente", afirma la ley sancionada. Y el mensaje que la acompaña ofrece los motivos que determinaron su elaboración: "Elementales razones de humanidad obligan a definir de manera cierta tales situaciones (la de los desaparecidos) y resolver los problemas familiares de diversa índole que ellas entrañan", "es menester —agrega— un régimen que ponga fin a la incertidumbre e indefinición jurídica".

Como se ve, la ley ampara los casos producidos entre el 6 de noviembre de 1974 y el 12 de septiembre de 1979 (fecha de su promulgación). Queda implícito, por una parte, que no es sólo durante el período de gobierno de la junta militar cuando se denunciaron tales hechos (el golpe se produjo el 24 de marzo de 1976) y, por otra, que de ahora en adelante —gracias a la junta— no es previsible que se produzcan situaciones semejantes. Borrón, pues, y cuenta nueva. Es cierto, dice la junta, que "si bien no pocos de los presuntos desaparecidos siguen en la clandestinidad o han salido subrepticamente del país, existen razonables evidencias de que otros han muerto como consecuencia de sus propias actividades terroristas, sin que haya sido posible ubicar el paradero de sus restos o determinar su identidad". La solución de la junta aparece ecuánime, casi generosa: se los declara a todos "presuntos muertos". Los antes presuntos desaparecidos, ahora son sospechosos de estar muertos. Los fantasmas se legitiman. Las madres, padres, hermanos, que buscan desesperadamente un cuerpo, con o sin vida, ahora tendrán un espectro en sus manos. El duelo, sólo posible ante la materialidad del cuerpo (aunque sean despojos destrozados) es reemplazado por una figura jurídica: el muerto presunto. Como todo estado represivo, el argentino cree en el poder mágico de las palabras. La agonía, sin embargo, persiste en la búsqueda sin límites del cuerpo. La pesadilla de golpear infinitas puertas que sucesivamente se cierran ante la masa errante de parientes, queda resuelta por la junta militar a través de un mecanismo simple: el no desaparecido, ahora es un muerto probable. Para solucionar los "problemas familiares" que "tales situaciones entrañan", otra ley —dictada simultáneamente— autoriza a gozar de los beneficios de la muerte: los parientes del decretado muerto que "tuvieren un dere-

cho reconocido por las leyes nacionales de jubilaciones y pensiones" podrán "ejercerlo" a partir de la declaración de la "presunta muerte".

Una declaración firmada por 752 parientes de desaparecidos, encabezada por la esposa del dirigente obrero Oscar Smith y acompañada por las firmas del peronista Vicente Saadi y el radical Raúl Alfonsín, señala que la ley no facilita ni "la más elemental forma de investigación" e "implica la aniquilación, en relación a miles de casos, del instituto constitucional del Habeas Corpus". Recurso que, por otra parte, tampoco "ha rescatado a un solo ser humano" antes de promulgarse la ley. Es el "reconocimiento de las arbitrariedades cometidas", subraya, a su vez, la declaración que el Partido Justicialista envió a la CIDH.

La junta militar argentina reafirma una constante de los sistemas opresores: la muerte es la última ratio del poder. Pero esta capacidad de matar es, en realidad, un aspecto parcial de otro derecho que se otorga: el derecho de unos sobre la vida de los otros. La violencia de la muerte es apenas un momento de la otra violencia generalizada, simbólica o material. La violación de los derechos humanos no es sólo la ejercida sobre los que mueren, sobre los torturados, sobre los encarcelados o sobre esa degradación que significa el desaparecido, en el que se une la negación tanto del derecho a vivir como del derecho a morir. Negados los derechos son también los seres que buscan al desaparecido, los que se han alejado del país para preservar sus vidas, los que deben callar para seguir viviendo en la Argentina, los engañados. Negado de derechos humanos es —dice la declaración justicialista— "el obrero, al que le falta el pan y no le permiten decir lo que le falta", o "los que padecen —y son millones— este exilio interior de la represión, el silencio y el hambre".

Mientras la CIDH comenzaba su labor en Buenos Aires, en esa mañana en que el equipo juvenil ganaba el campeonato en Tokio y José María Muñoz vociferaba por Radio Rivadavia: "Vayamos todos a la Avenida de Mayo y demos todos a los señores de la Comisión de Derechos Humanos que la Argentina no tiene nada que ocultar" (destáquese la insistencia en el enfático *todos* ante la realidad de que sólo algunos increparon a los miles que fueron a denunciar desapariciones ante la CIDH), esa misma mañana, la "Liga argentina de las víctimas del terrorismo" publicaba una "advertencia" al gobierno: "nuestras pérdidas irremediables, miedos y dolores, también pertenecen a ese género de derechos humanos, cuya vigencia en nuestro país se pretende investigar de modo parcial y discriminatorio". Era la voz de otras "víctimas", la de militares y policías "muertos, secuestrados, torturados, heridos, lisiados", como consecuencia de la acción de los grupos guerrilleros. Y es que en la Argentina —además de los caídos en acciones, muertos de guerra reconocidos como legítimos por uno y otro bando— hu-

bo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados sólo por ser militares, dirigentes obreros y políticos exterminados por grupos armados "revolucionarios" que reivindicaban su derecho a privar de la vida a otros seres en función de la "justeza" de la lucha que desarrollaban. Aunque suene a herejía, surgen algunas preguntas que pueden servir metodológicamente para pensar el problema: ¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas discriminatorias de medir que otorgan valor a una vida y no a otra? ¿Los llamados derechos humanos invocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la relación de fuerzas de los sectores sociales en conflicto?

Los interrogantes se multiplican y sólo logran enmarcar una región problemática poco reflexionada hasta ahora desde el campo popular.

Se podrían ensayar algunas líneas temáticas por donde debería transitar la discusión: a) los derechos humanos se definen a partir de la concepción que se tenga del hombre; b) en la medida que el hombre no es concebible al margen de la sociedad, ésta, el modelo de sociedad a la que se aspira, define el papel del hombre en la misma; c) en función de los datos anteriores podría surgir una definición más congruente, más real, de los derechos humanos. No los derechos de un inexistente hombre en general, sino de los hombres concretos en circunstancias precisas. Más allá de esta realidad, las definiciones corren el riesgo de volverse supercherías metafísicas, abstracciones imaginarias; y no importa que la fabulación quiera cubrirse de ropajes religiosos o sustentarse en precisas concepciones materialistas. El núcleo de la cuestión radica en el hecho de que si bien no se puede pensar en un hombre esencial, tampoco existe ninguna razón para imaginar una sociedad humana que no sea pensada para los hombres.

En la Argentina, la bandera de la muerte se agita a cada paso. Pero los muertos no pueden guiar la acción política de los pueblos. La contabilidad luctuosa, a pesar del desgarramiento, debe dejar lugar al reconocimiento, por sobre los cadáveres, de las razones que los produjeron. Se debería meditar sobre los derechos humanos más allá de las circunstancias inmediatas y seguramente los datos de la realidad adquirirían nuevos significados, a lo mejor más conmovedores.

Los derechos humanos, considerados como síntesis del papel protagónico de los hombres en una sociedad que tiende a eliminar la opresión y el autoritarismo, se vuelven un objetivo estratégico y no una mera táctica para alcanzar el poder a fin de instalar una sociedad donde esos mismos derechos ya no interesen. La lucha por su vigencia supera la etapa actual y tiene que ver con la naturaleza misma de la sociedad democrática a construir. Si es

así, por riesgoso que sea, no pueden eludirse otras preguntas: ¿Desde dónde pensar la realidad actual de los llamados países socialistas? ¿Cómo entender que el ejército soviético avale al ejército represor de la Argentina, aunque lo haga en nombre del Partido Comunista, la clase obrera y la lucha contra el nazismo? ¿Qué tiene que ver con el socialismo la alianza de China Popular con Pinochet? ¿Cómo ubicar las reclusiones en campos psiquiátricos en la Unión Soviética? ¿Qué valor otorgarle a la paradoja de oficiales del Ejército Rojo condecorados por Videla mientras la OEA investiga las desapariciones de argentinos? El simple reconocimiento de nuevas tácticas del imperialismo norteamericano no es suficiente. Se impone repensar el porqué de un "socialismo" que gira alrededor de falacias y que repite modelos represivos que niega los derechos humanos reivindicados en las sociedades capitalistas. Se trata de saber, crucialmente, si es posible otro socialismo donde los hombres reconozcan la posibilidad de ejercer el derecho a ser dueños de su destino. La democracia no debería ser vista como una debilidad de la sociedad dividida en clases que debe ser aprovechada para eliminarla cuando las clases oprimidas sean dominantes. Por el contrario, la democracia es un modelo a desarrollar y que exige la eliminación de la tara fundamental de la sociedad burguesa: la explotación del hombre por el hombre.

Esa democracia debería prefigurarse en el proceso de lucha para lograrla y en el tipo de organización que el pueblo adopte para llevar adelante esa lucha. Los derechos del hombre, en la perspectiva política argentina, se vuelven, pues, algo más que un pretexto de acción contra la junta militar y sin duda ha de pasar a ser patrimonio del pueblo. Lamentablemente, la guerrilla ha pasado a confundir su imagen con la del propio gobierno en la medida que ha cultivado la muerte con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza. En nombre de la lucha contra la opresión, ha edificado estructuras de terror y de culto a la violencia ciega. Ha reemplazado la voluntad de las masas por la verdad de un grupo iluminado. Nada de esto la coloca en posición favorable para reivindicar los derechos humanos.

No es necesario inflar las cifras para señalar el horror. Seguramente no es verdad que existan 30.000 desaparecidos en la Argentina, pero seis o siete mil es una cifra pavorosa. Uno solo estaría mostrando una situación insostenible. La trágica cola de los que iban a reclamar por sus desaparecidos ante la sede de la OEA en Buenos Aires era observada por grupos de curiosos desde la otra vereda mientras miles de jóvenes gritaban su algarabía por el triunfo del fútbol argentino en Japón. ¿Cómo unir uno y otro hecho? ¿Cómo estimular la alegría para consagrar un país sin esas filas de angustia?

Un documento peronista

En circunstancias de encontrarse en plena tarea de relevamiento en la Argentina la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, el Partido Justicialista hizo público un documento de denuncia y crítica que lleva la firma de su vicepresidente en ejercicio, Deolindo Bittel. En respuesta oficial la Junta militar consideró que dicho documento constituía "un agravio intolerable e irracional al gobierno y al pueblo argentino". Un juez federal de Río Gallegos inició, de oficio, juicio contra Bittel. Desde el punto de vista político lo más significativo del texto justicialista resulta la profundidad de su cuestionamiento, que en varios párrafos rompe las reglas del juego imperantes hasta su aparición en cuanto al ejercicio del disenso —en términos obligadamente moderados— que mostraron otros documentos partidarios y multipartidarios. Su texto completo.

"I. El Justicialismo, desde 1946, representa a la gran mayoría del pueblo argentino, sin que nada ni nadie hasta la fecha haya desvirtuado esta aseveración tantas veces confirmada como cuantas veces nuestro pueblo logró ser protagonista de la historia de la Patria a través de la consulta electoral.

"II. Con esta representatividad incontestable el Justicialismo se dirige a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos considerando que ella representa una instancia internacional creada por la Organización de Estados Americanos, de la que la República Argentina es miembro desde su fundación; que su visita tiene por objeto verificar la observancia, por parte del gobierno de facto, de los derechos humanos, y que la presencia de la Comisión responde a una generalizada inquietud de la comunidad internacional —de la que nuestro pueblo forma parte— que considera que el comportamiento de la autoridad militar que ejercita el mando en la República Argentina es francamente violatorio de los derechos humanos.

"III. No hemos de abundar en la descripción de nuestro movimiento político y sus banderas. Pero cabe señalar que desde 1946 hasta la fecha en el Justicialismo se traducen

las legítimas aspiraciones espirituales y materiales del hombre argentino.

"Nuestro concepto de Justicia Social, la idea de una sociedad igualitaria, ha afectado y continúa afectando el privilegio.

"Nuestro concepto de Independencia Económica, el manejo de nuestros recursos en función de los intereses nacionales, ha lesionado y lesiona el privilegio.

"Nuestro concepto de Soberanía Política, de que nadie puede subrogar al pueblo, también ha afectado y afecta el privilegio.

Violación sistemática de los derechos humanos

"Por todo esto, los beneficiarios de la actual situación, son y serán nuestros implacables adversarios. Y sostenemos que quienes se aferran al privilegio no encontrarán otra manera de mantenerlo sino sólo mediante la violación sistemática de los derechos humanos.

"IV. Los hombres del Justicialismo, los que ejercieron la primera magistratura de la Nación, los que integraron el Poder Legislativo, los magistrados y funcionarios del Poder Judicial de la Nación, los dirigentes

políticos y sindicales, los docentes, las mujeres y la juventud han sido el blanco de una indiscriminada represión... Y están los otros, hacedores y fundamento de nuestro accionar y de nuestra historia: el obrero silencioso, el estudiante, el profesional, el empresario, en fin, los que trabajan con esperanza y creyeron que la Patria es un techo generoso que puede cobijar a todos... Tal vez esta creencia sea el delito que le asignan al Pueblo...

"V. No podemos aceptar que la lucha contra una minoría terrorista —de la que también hemos sido víctimas— se la quiera transformar en una excusa para implantar el terrorismo del Estado. 'Dentro de la ley todo, fuera de la ley nada', decía nuestro líder el teniente general Juan Domingo Perón. Este concepto es el que ha regido nuestro gobierno y es el que exigimos se ponga en inmediata vigencia, porque no puede haber Doctrina de la Seguridad Nacional que esté por encima de la ley que debe amparar por igual a todos los ciudadanos. Aceptar cualquier otro criterio significaría transformar a la persona humana en simple objeto de los delirios represivos de las minorías.



"VI. Nosotros, hombres del Justicialismo, no hemos de permanecer impasibles, ni hacer de nuestro silencio una conducta. Sentimos un imperativo, producto de nuestras convicciones y de nuestra larga y dura militancia en la causa de la patria. En consecuencia, el dolor de una madre es nuestro dolor; el do-

lor de un hijo es también nuestro; el obrero, al que le falta el pan y no le permiten decir lo que le falta, se hará voz en nuestras voces... Todos se harán voz en nuestras voces. Y esto nos compromete asumir el dolor de aquellos que padecen la cárcel, a través de 'actas', 'decretos' o 'bandos' en las prisiones, embajadas, domicilios y confinamientos; y de los que padecen —y son millones— este exilio interior de represión, el silencio y el hambre.

Nadie sin amparo de la ley

"VII. Finalmente, hacemos nuestras las palabras de S. Santidad Juan Pablo II cuando dice 'La Iglesia (...) quiere hoy continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos, invitando a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierre en sí mismo, sino que se abre a Dios. Hacer ese mundo más justo significa, entre otras cosas (...), que no haya injusticia y desigualdad en la impartición de la justicia; que no haya nadie sin amparo de la ley y que la ley ampare a todos por igual; que no prevalezca la fuerza sobre la verdad y el derecho, sino la verdad y el derecho sobre la fuerza; y que no prevalezca jamás lo económico ni lo político sobre lo humano'.

"VIII. Por ello, el Justicialismo DENUNCIA: a) El encarcelamiento, vejación y confiscación de sus bienes de la señora presidente de la Nación Argentina, doña María E. Martínez de Perón; de nuestro prestigioso dirigente gremial, don Lorenzo Miguel; y de tantos otros que padecen las consecuencias de las llamadas 'actas'; b) la muerte y/o desaparición de miles de ciudadanos, lo que insolentemente se pretende justificar con la presunción de fallacioso, que no significa otra cosa más que el reconocimiento de las arbitrariedades cometidas; c) El padecimiento de quienes se han atrevido o se atreven a levantar su voz y que han llevado o llevarán como 'pena' desde un silencio impuesto hasta la muerte."

CONTRASEÑA

Unidad sindical y proyecto de ley gremial

Martín Olmos



El mes pasado los dos nucleamientos gremiales que escindían desde 1977 al movimiento obrero argentino llegaron a un dificultoso y muy negociado acuerdo de unidad. De esta manera Los 25, que bajo la gravitación de los sindicatos peronistas Verticalistas agrupa a los ex-Combati-vos (ahora Ortodoxos), y Los Ocho (participacionistas) coincidieron con la Comisión de Gestión y Trabajo (CNT), donde también convergen una mayoría de gremios peronistas (ex Verticalistas disidentes) y una minoría de Independientes.

La nueva instancia de agregación sindical, Conductión Unica de los Trabajadores Argentinos (CUTA), emerge con una estructuración que tiene en la cúspide una Junta Grande con 30 integrantes (15 de Los 25 y 15 de la CNT) y seis sillas vacías a la espera de que se sumen los Participacionistas y No Alineados que por ahora no quieren integrar la CUTA, y una mesa directiva que cita a catorce miembros (ocho de la CNT y seis por Los 25, en relación a la cantidad de gremios que cada uno de los ex nucleamientos concentraba). Los gremios antiverticalistas no participan de la CUTA.

La dura realidad en materia de legislación represiva sindical, conjuntamente con una política económica de congelación salarial e inflación permanente, le han hecho vivir al sindicalismo peronista la experiencia de mayor acoso contra sus estructuras y formas de funcionamiento, y por ende su etapa más dificultosamente defensiva en 35 años de historia. Como punto culminante de la política de crisis social que alienta la actual conducción económica como requisito para instaurar un nuevo modelo de relaciones superestructurales en el país, la nueva Ley de Asociaciones Gremiales de Trabajadores que pretende poner en vigencia el gobierno militar ha acelerado la necesidad de convergencia gremial. Desde esta perspectiva dicha unidad plantea una doble lectura: paso imprescindible en la reconstitución de las fuerzas salariales, como extremo recurso defensivo: realidad que signa su etapa.

La unidad, dificultosa y bastante frágil (agrupa a 70 gremios intervenidos y no intervenidos) busca dejar atrás la crisis interna del propio sindicalismo peronista, evidenciada durante el gobierno constitucional

(CGT/ 62 Organizaciones; verticalistas/ antiverticalistas) contradicciones que se prolongaron ya en relación con el estado militar, que alentó el fraccionamiento. Fruto de esto: la moderación y el "dialoguismo" de la CNT frente a una mucho mayor intransigencia de Los 25, y la huelga general de fines de abril convocada por este último nucleamiento donde no participó la CNT, y que concluyó en un paro altamente significativo en lo político general (dentro de una realidad sin casi expresiones políticas) y un éxito relativo en cuanto a la medida de fuerza obrera en sí.

Sin embargo, es en el marco que vincula al estado dictatorial con el castigado gremialismo peronista, donde las relaciones de fuerza parecieran no mostrar grandes posibilidades para el ejercicio autoritario e impune de la Junta. Esto se refleja en las nunca explicadas "postergaciones" para implantar la nueva Ley Gremial, proyecto retenido por la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL) desde hace más de un año y medio, proyecto que al mismo tiempo ha recibido un golpe inesperado cuando la Comisión Permanente del Episcopado fijó su posición en agosto pasado: "la asociación gremial en cualquier grado de organización constituye un derecho natural y por lo tanto no puede ser desconocido, ni negado, ni tampoco retaceado".

Indudablemente la nueva Ley Gremial, de aprobarse y entrar en vigencia, concluiría con el modo de presencia sindical-político más sustantivo y vigoroso que registra la crónica obrera en la Argentina, esto es: la unidad a nivel nacional de una CGT única y con autonomía de recursos económicos, emergente con la aparición del peronismo. Este modelo movilizó las primeras etapas de lucha del sindicalismo peronista luego del golpe militar de 1955 hasta ser reconquistado, y siempre constituyó la estructura orgánica obrera definitiva de una larga resistencia política que, entre otros detalles, muestra más de 25 paros generales y cerca de 35 días de huelgas en 18 años (1955-1973);

La evidente burocratización de este organismo —CGT— conjuntamente con aquella citada envergadura de resistencia dentro del movimiento peronista, son dos instancias que exigen ser analizadas hoy rigurosamente a partir de los nuevos datos que nos ofrece el proceso argentino desde la estrategia del elenco militar con respecto a lo gremial, su funcionamiento y sus límites.

La nueva Ley Gremial pretende "zonas de actuación" sindicales (jurisdicciones autónomas) con el propósito de "evitar la acción de sindicatos y federaciones, o sea organismos de primero y segundo grado, excluyendo taxativamente las organizaciones de tercer grado (como la CGT). Alienta a los sindicatos a no adherirse a una federación



desde el momento que "podrán convenionar por su cuenta". Quitando todos los fondos destinados a las obras sociales, promueve la creación de sindicatos en todo el país (calculando que de los mil actuales, podría pasarse en corto tiempo a dos mil), y permite a las federaciones, si lo desean, constituirse en regionales más reducidas que las existentes.

La alcanzada confluencia de la casi totalidad del gremialismo fortifica el más acuciante plano de resistencia y reivindicación que hoy no puede ser silenciado por el modelo militar. Situada a cuatro meses del primer ensayo de paro general, responde a un crecido panorama de reclamos y paros parciales perfilándose hacia un ensanchamiento orgánico de la protesta: a su generalización, donde el agudo deterioro de los salarios y el irrefrenable aumento del costo de la vida se compaginan, en este caso, con la probabilidad efectiva de insertar el enfrentamiento político específico (a la nueva Ley de Gremios) como momento movilizador cierto.

Como nunca tan evidente, la política gremial, hoy en la Argentina, es la política obrera y del conjunto de los sectores trabajadores. Lo político de esta instancia señala el espacio de inteligibilidad máximo con que puede ser vista la realidad obrera, más allá de improductivas especulaciones ideológicas que hagan eje en el vacío de "momentos políticos superiores". La Argentina carece hoy de una izquierda popular actuante, o la misma se encuentra recreándose tan larvadamente, que la lectura en el plano de las expresiones y relaciones políticas exigen reformular el pensamiento sobre "lo sindical" y "lo político". Por el contrario, el sindicalismo peronista se encuentra en pleno enfrentamiento político explícito con respecto al proyecto militar. La Ley Gremial es su más irrefutable evidencia. Puede decirse que el movimiento sindical es hoy la izquierda en la Argentina, lo que no significa perder la memoria de sus déficits históricos a nivel de conducciones. El sindicalismo es hoy la "estructura del pueblo" reconocida por la propia dictadura que necesita desvertebrarla como su más trascendente acto de desarticulación política popular, en su ya extensa y profunda respuesta regresiva.

DIRECCION Y REDACCION:

Dr. Karl-Ludolf Hubener (Director)
Adjuntos a la Dirección:
Diana Maggiolo
Daniel González

DIRECCION, REDACCION Y DISTRIBUCION:

Apartado 61712, Chacao. Caracas 106, Venezuela
Oficinas: Edif. IASA. 6o. piso Of. 602.
Plaza La Castellana
Teléfonos: 313189 - 313397 - 329975 - 320593
Télex: 25163 ILDIS. Cables: ILDIS-CARACAS
Caracas, VENEZUELA.

SUSCRIPCIONES:

Apartado Postal 874, San José, Costa Rica
Oficina: Edificio Plaza Artillería 6o. Piso
Teléfono: 22-62-69

San José, COSTA RICA.

Suscripción 1978

6 Números US Dólares 10.

© by Editorial Nueva Sociedad Ltda.

San José, Costa Rica

Impreso en los talleres de Italgraf, S. A.

Bogotá, Colombia

Printed and Made in Colombia. 1978.

Edición al cuidado de

Ediciones Internacionales S.R.L.

Apartado Aéreo 91373 Bogotá. 8 - Colombia

NUEVA SOCIEDAD



Envío a ustedes la cantidad de

importa de mi suscripción a "Nueva Sociedad" por seis números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario a la orden de "Nueva Sociedad" o giro postal.

Seis números: US\$ 10 o su equivalente en moneda nacional.

Nombre

Dirección

libros · discos · café · galería

gandhi

miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

Proyecto democrático y movimiento popular

Juan Carlos Portantiero

Quisiera problematizar una relación que habitualmente se da como obvia y que, sin embargo, en la realidad argentina ha transcurrido llena de dificultades: la que vincula a la democracia (no sólo como meta sino como proceso) con la historia de la constitución política de las clases populares.

Claro está que, así planteadas las cosas, el tema comienza a adquirir una inusitada complejidad, trascendiendo a la Argentina y proyectándose a la totalidad de América Latina, un continente en el que las formas políticas del capitalismo tardo-dependiente combinan dificultosamente el respeto superficial hacia la ideología occidental del gobierno representativo, con la verdad habitual de los modos autoritarios de dominación.

Retóricamente democráticas y republicanas desde la tradición constitucionalista de la segunda mitad del siglo XIX, las sociedades latinoamericanas (cuyos orígenes a diferencia de otras del llamado "Tercer Mundo" están marcados por ese respeto, formal pero de todos modos ideológicamente constitutivo) no han sido capaces de construir formas estables de democracia política.

Si definimos a ésta sólo a través de sus reglas mínimas, esto es como una modalidad de participación ciudadana caracterizada por el sufragio universal (no sólo masculino), por la presencia de una pluralidad de opciones, por el respeto a las minorías y la tolerancia para su transformación en mayoría eventual, muy pocos países y en muy breves períodos han cumplido con esos requisitos. Es un hecho que la mayoría de los latinoamericanos ignoran la vigencia de la democracia llamada formal, vinculada con el liberalismo político, pese a que hayan aprendido desde la escuela primaria que ése es el ideal de gobierno.

No es difícil diagnosticar que esa contradicción se debe, en primer lugar, a la dificultad que las clases dominantes del mundo tardo-dependiente manifiestan para articular las relaciones entre estado y sociedad civil de manera "normal" y que ésta es la razón de fondo para explicar la hibridación entre una verbalización republicana, culturalmente condicionada, y una realidad autoritaria que surge de la permanencia de una crisis entre las demandas sociales y los recursos que la dominación posee para contenerlas y ordenarlas.

Pero hay otro costado de la cuestión que es el que, por varias razones, me gustaría explorar ahora: no tanto la vinculación entre clases dominantes y democracia sino entre ésta y clases populares. Alrededor de este punto elegiré esquemáticamente tres relaciones: entre democracia y liberalismo; entre democracia y movimientos nacional-populares y entre democracia y socialismo. Ninguna de las tres es obvia y, por el contrario, cada una de ellas aparece cargada de complicaciones y equívocos conceptuales.

La identificación entre democracia y liberalismo (y por esa vía entre democracia y capitalismo) suele aparecer como un dato no cuestionado tanto para los mismos liberales como para parte de las izquierdas: sea la socialdemocracia, incapaz de separar al socialismo del parlamentarismo; sean aquellos que con el calificativo de "burguesa" niegan toda raigambre popular al concepto de democracia y lo relegan como un capítulo de la historia de las clases dominantes.

Históricamente, sin embargo, las cosas fueron diferentes: la democracia no es un dato que necesariamente surge de una estructura sino que es una producción social. Ni la democracia formal es coextensa con el capitalismo, ni la estatización de los medios de producción genera automáticamente a la "verdadera democracia": la democracia es, por el contrario, una construcción popular. Esto lo sabía el joven Marx y, durante la revolución rusa, lo proclamó Rosa Luxemburg en sus críticas a las tendencias centralistas ("partidolátricas") de los bolcheviques.

El capitalismo no "necesita" de la democracia (y ni siquiera, al llegar a determinado momento de sus crisis de desarrollo, precisa del liberalismo, como lo demostraron hasta la saciedad los totalitarismos contemporáneos): frente al orden estatal y patrimonial sólo requiere bases jurídicas para una movilidad total de la fuerza de trabajo en el proceso de mercantilización de ésta; esto es, igualación formal de los individuos, institucionalización del contrato como acuerdo entre iguales ante la ley. Todo el resto: valores e instituciones que se asocian con la democracia y aún con la ampliación del liberalismo representativo (éste sí visto como forma burguesa de la primera) configuran conquistas políticas e ideológicas arrancadas a través de luchas populares. Lo que el capitalismo necesita y le basta es la sanción jurídica de la separación, de la desarticulación entre sociedad civil y estado: la ruptura formal de la unidad orgánica entre ambas, la aparición de la antítesis entre "privado" y "público", cuyo presupuesto material es la atomización de los productores directos y el trabajo asalariado.

En el capitalismo clásico, original, el liberalismo representativo aparecerá como la forma ideal de expresión política del sistema, en contraposición con las utopías jacobinas de la democracia directa. Durante todo un período histórico -el que se cierra con las derrotas de 1848-1850- la palabra democracia es una palabra "peligrosa" para el capitalismo; virtualmente su ideal antagónico. Sólo después de la derrota de los movimientos populares que trataron de prolongar los rasgos plebeyos de la revolución francesa y, luego de este fracaso, tras la consolidación del capitalismo industrial en Europa occidental durante el gran impulso que va hasta 1870, la burguesía será recién capaz de absorber parte de las demandas democráticas generadas por las clases populares y construir más duraderamente su hegemonía. La aparición del imperialismo moderno tendrá en este proceso un papel central, al permitir una mayor redistribución del excedente en las metrópolis y construir así una base social de masas para su hegemonía, mediante la anexión de las clases medias.

Pero sería equivocado pensar que este proceso de ampliación del liberalismo implica una generosidad de la dominación: es un producto del conflicto social en el que las clases populares -principalmente los trabajadores industriales- logran crear los primeros grandes sindicatos y partidos de masas. La democracia formal bajo el capitalismo es un fruto tardío. En rigor es sólo después de la segunda guerra mundial que todos los grandes países capitalistas lo adoptan: baste pensar que el sufragio verdaderamente universal es introducido en Francia, Italia y Japón por primera vez en 1945 y que en Inglaterra data de 1929.

Una vigencia muy corta, pues, pero que al capitalismo le parece ya demasiado larga: en el famoso libro de Huntington, Crozier y Watanuki escrito por encargo de la Comisión Trilateral en 1975, se decreta a la democracia occidental como "ingobernable" y en crisis, postulando que el crecimiento de la participación redunda gravemente contra la eficiencia del sistema.

En este sentido cabe entonces retomar una idea ya anticipada: la de considerar a la democracia como una producción de las masas, como una etapa en el proceso de su constitución política, como un continuum nacional-popular que no se "realiza" en el socialismo como mera derivación de cambios en las relaciones de producción, sino que, como proceso hacia el autogobierno de la sociedad, realmente esos cambios estructurales y los hace históricamente reales.

Así planteado el problema, el significado de la democracia se articula indisolublemente con el de la hegemonía, recupera su dimensión popular y se disocia de la historia de minorías que recuperan para sí el control de su "necesidad" histórica: la democracia como funcional al capitalismo o su reverso, el socialismo como realización automática de la democracia. La lucha política de clases no es otra cosa que una lucha entre proyectos hegemónicos de grupos capaces de definir el sentido de la acumulación (la dirección del progreso histórico) y que buscan apropiarse, como núcleo de su dominación, del consenso de la mayoría. Ese consenso de la mayoría es, si se prefiere llamarlo así, la democracia.

En este punto emerge una discusión que no puede ser eludida: la democracia, ¿es un conjunto de reglas para la constitución del gobierno y para la formación de las decisiones políticas? ¿o es una ideología, una meta (lo que implica también una producción social) hacia el autogobierno de las masas? Por fin: ¿no será la democracia ambas cosas, un contenido indisoluble de una forma?

Esta discusión fue dramática en el pensamiento occidental (por lo tanto en gran proporción en el nuestro) a partir de los años 30. Ella fue finalmente canonizada como el enfrentamiento entre dos alternativas: "democracia formal" versus "democracia sustantiva". Frente a los totalitarismos fascista y sobre todo nazi, aparecieron dos opciones: el liberalismo anglosajón (la democracia formal) y el socialismo estalinista que redactaba simultáneamente la constitución de 1936 ("la más democrática en la historia de la humanidad") y las sentencias de los procesos de Moscú.

Es en este marco de disociación que emerge en países como la Argentina la difícil relación entre movimientos nacional populares y democracia. Como propuesta ideológica, los populismos son antagónicos a la democracia formal, esto es a la democracia entendida como conjunto

de reglas. Sin embargo, encarnan en la experiencia histórica de las masas profundos procesos de democratización fundamental, medidos como ampliación de la participación. El peronismo es, en ese sentido, especialmente por el momento de maduración de la Argentina moderna en el que surge, el referente histórico más importante de la productividad política de las clases populares argentinas. Claro que no es el único, porque la historia del pueblo no comienza en 1945, y claro también que esa democratización sustantiva que expresa, no disimula totalmente sus carencias, implícitas en la forma de su gestación. Como otros procesos similares, el peronismo original se resuelve como una transformación básicamente realizada (o por lo menos absorbida) desde lo alto, cargada de elementos estatistas y no socialistas, orgulloso de sus formas políticas autoritarias y verticales.

Estas características de la democratización por vía autoritaria (que luego de los 50 será un tema clásico en todo el "Tercer Mundo"), no le llega al peronismo como una determinación dada por el atraso de la sociedad en que se implanta (por ejemplo: necesidad de centralismo frente a una realidad nacional fragmentada), sino por una elección ideológica de su grupo constitutivo manifestada en la imagen de una comunidad organizada de manera semicorporativa con centro en el estado.

Masivamente el movimiento obrero adherirá a esta visión aunque incorporándole siempre lo que es más claro en los momentos de crisis: sus propios reclamos de autonomía. Pero es notorio que, a diferencia de otros procesos de constitución política de las clases populares como el chileno o el uruguayo por ejemplo, el movimiento social argentino a partir de la etapa peronista de su constitución se manifestó desdeñoso en vincular la democratización sustantiva con la de-

mostración formal o política.

Las explicaciones de esto hay que buscarlas en la historia. En la percepción mayoritaria de los actores populares de la Argentina no existió la vigencia de una tradición que articulara democracia con liberalismo político; aumento de la participación social con sistema de reglas para la formación de las decisiones públicas; demandas acerca de la producción o el consumo sociales con reivindicaciones del "ciudadano".

Estas tradiciones se disociaron en la Argentina. Durante toda una época histórica el término liberalismo se registró como propiedad de la oligarquía económica y política. La primera etapa en la constitución de las clases populares (1890-1930) se caracterizó por la escisión entre las izquierdas (socialismo y anarquismo) y el radicalismo y rigyeyenista, como bases para un proceso de democratización, finalmente liderado por este último. La restauración conservadora del 30 cortaría ese ciclo durante el cual la Argentina estuvo muy cerca de poder consolidar una hegemonía burguesa al estilo de la lograda en el último cuarto de siglo europeo, mediante la articulación de un liberalismo ampliado.

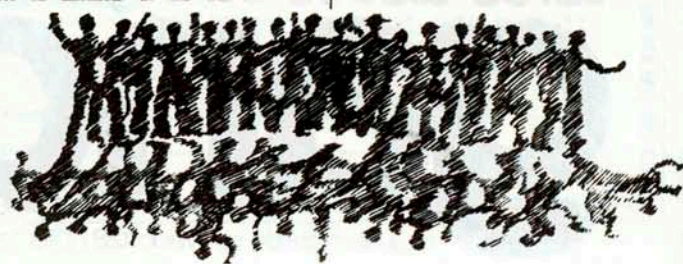
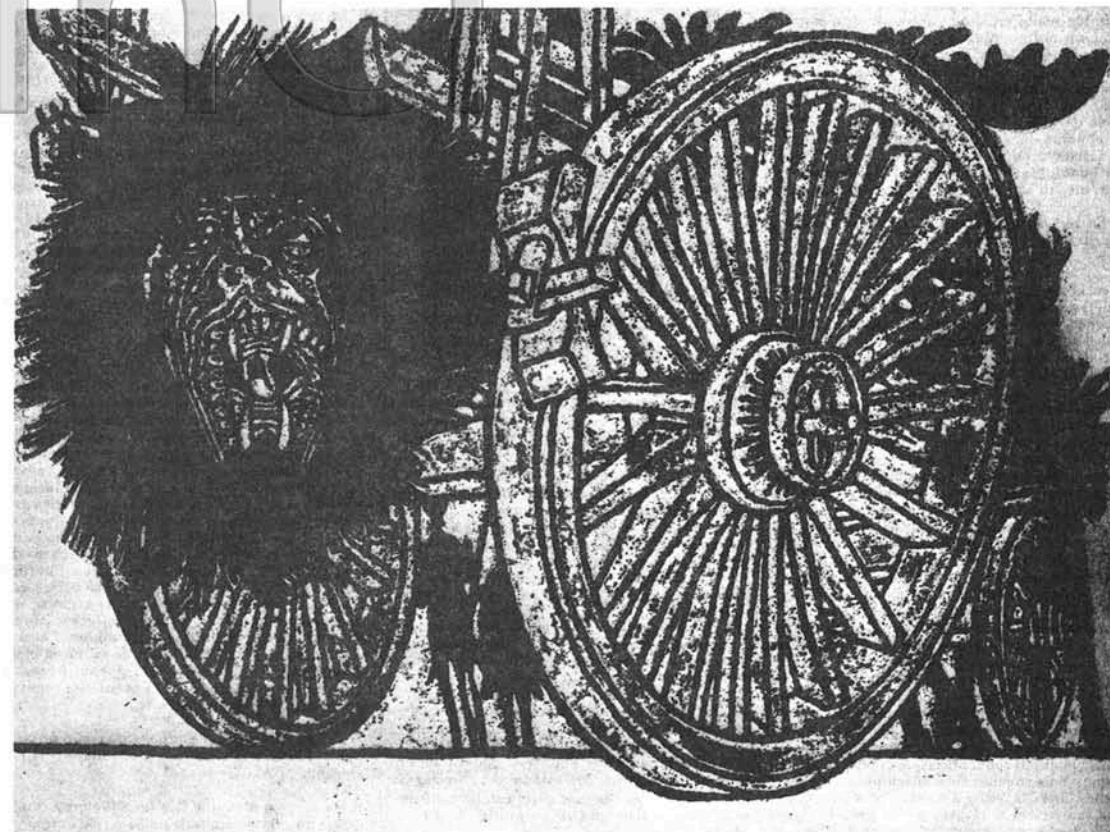
La década del 30 remodeló a la sociedad y dio lugar a la presencia de cambios en los actores sociales. Durante todo ese período se fraguaron, como posibilidades, las tres relaciones planteadas al comienzo de la nota: entre democracia y liberalismo (opción de los radicales), entre democracia y socialismo (opción de las izquierdas, principalmente del "frentismo" encarnado en el partido comunista) y entre democracia y movimiento nacional popular, que fue la que capturó finalmente la constitución política de las clases populares.

Es que al promediar la década del 40 (más allá de otros déficits anteriores que trabaron su desenvolvimiento) tanto el liberalismo democrá-

tico cuanto la democracia socialista se subordinaron al liberalismo oligárquico: el movimiento popular se constituye entonces enfrentando a una coalición conservadora que se había bautizado como "Unión Democrática", con lo que el término finalizó desvalorizándose.

El peronismo expresó desde entonces con meridiana claridad el doble carácter de todos los movimientos nacional-populares, la manifiesta dualidad de las almas que los componen y que trágicamente estallara entre 1973 y 1976. Desdeñoso de la democracia formal en favor de la democratización sustantiva, terminó enredando su ideología y su práctica en el pantano del "lopezreguismo".

El golpe militar de marzo de 1976 replantea ahora toda la cuestión y coloca las bases para una redefinición profunda de la problemática aquí esbozada. Por un lado, la democracia formal ya no aparece como un puro reclamo liberal. Por el otro, la hondura de la crisis y el monto de los cambios que el grupo dominante quiere efectuar en la Argentina, obligan a pensar en cuáles serían las bases para la estructuración de un proyecto democrático que sea a la vez político y social, formal y fundamental. ¿Una vuelta al pasado: a cualquier receta ideológica del pasado; liberal, socialista, populista? Pero contestar esto nos lleva a otros temas que será menester desarrollar luego: a partir de un examen de la discusión que sobre la democracia tiene lugar hoy en la Argentina habría que ver cuáles son en esta hora las condiciones sociales que pueden hacer posible a la democracia; qué "estilo de desarrollo" le es afín y cuál le es irremediablemente hostil. Habrá que volver sobre el asunto.



ENTREVISTA

Righi: La recuperación democrática y el peronismo

Jorge Luis Bernetti

Esteban Justo Antonio Righi (abogado, 40 años, casado, tres hijos) es uno de los políticos argentinos más destacados de nuestro exilio. Ministro del Interior en el breve y significativo período presidencial de Héctor Cámpora, su nombre está incluido en la lista de los 37 grandes proscriptos dictada por la Junta Militar a los pocos días del golpe de marzo de 1976. Las medidas democratizadoras (notoriamente la Ley de Amnistía a los presos políticos) con las que está asociado, le ganaron tanto su inscripción histórica en aquel proceso de retorno del peronismo al poder como el odio entusiasta de los sectores dominantes. Righi, cuya vida política está estrechamente asociada a la del último delegado de Perón en la Argentina (es decir, al propio Cámpora), reside en México desde octubre de 1974, esto es en pleno gobierno de Isabel Martínez de Perón. Ocupa una cátedra en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Acatlán; integra desde su fundación la junta rectora de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), una de las organizaciones del exilio en México y mantiene una presencia política peronista. Por más de tres horas, Controversia dialogó con Righi acerca de las perspectivas políticas mediadas tanto argentinas cuanto peronistas. En el estilo medido y parsimonioso que lo caracterizó en el círculo de hombres de confianza de Cámpora en los febriles años de comienzo de esta década, el jurista (y subteniente de reserva del ejército argentino por ser egresado del Liceo Militar), respondió a las demandas. Sus definiciones convocarán a la polémica, de lo que esta publicación no puede dejar de complacerse abiertamente.

P.: A pesar de ser un protagonista significativo de la escena política en los últimos años tu biografía no es demasiado conocida. Ciertos datos personales pueden iluminar actos políticos.

Esteban Righi: Tuve una activa militancia en el reformismo estudiantil de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. En 1958 fui candidato a la presidencia del Centro de Estudiantes y candidato a consejero estudiantil en el 59. Me recibí en 1962 y me dediqué a la profesión sin asumir ninguna militancia partidaria en los primeros años. Ocupé un cargo de relativa importancia en la Dirección Nacional de Abastecimientos (dirigida por Roberto Cabiche) en la Secretaría de Comercio durante la presidencia de Illia. De allí fui cesado, lógicamente, con el golpe del 66. De la universidad donde tenía actividad en el Instituto de Derecho Penal y Criminología en la época de Luis Jiménez de Asúa, me fui también con el golpe de Onganía.

P.: En ese momento no eres peronista ¿Cómo te aproximaste al movimiento?

E.R.: El golpe del 66 es clave para muchas cosas en la Argentina. La juventud sufre un proceso de nacionalización, de peronización. De esa secuencia soy protagonista modesto desde 1968 hasta 1971, cuando Cámpora es designado Delegado de Perón. En mis antecedentes personales influye la defraudación que sufre la juventud argentina desde el 55 en adelante por las sucesivas experiencias que van fracasando. En particular el gobierno de Frondizi. Apoyé la candidatura presidencial de Frondizi con bastante fervor porque veía en ella, como muchos jóvenes de mi generación, la posibilidad de una reconciliación histórica en el país entre bandos en pugna y la perspectiva de un desarrollo democrático y progresivo. Frondizi defraudó porque toma medidas antidemocráticas, como la proscripción del peronismo, y firma los contratos petroleros, exactamente lo contrario de lo que se había comprometido a hacer en su campaña electoral. Eso fue decisivo en mí por una vocación democrática y de identificación con las mayorías, que siempre sostuve, aún en las épocas en que no era peronista. Nunca estuve de acuerdo con la manipulación electoral que se hizo con el peronismo y sostuve que había que hacer juego limpio. Comprendí después que para que hubiera juego limpio el peronismo debía ser gobierno. La combinación entre democracia política y nacionalismo económico que condujo al peronismo. Y de aquellas defraudaciones de los regímenes liberales, especialmente Frondizi, extraje una valoración: el respeto por la palabra empeñada. Eso es precisamente lo que quizá yo más



reivindique en Cámpora, el político argentino que más me ha influido: la enorme consecuencia de haber cumplido en todo momento con lo que dijo.

P.: Habría entonces una suerte de "hilo conductor" en tu historia: la militancia reformista en la universidad, el apoyo a la posibilidad renovadora del frondismo, la participación en el gobierno de Illia, la nacionalización como joven profesional y tu participación intensa y protagónica de los años 71 al 73 en el peronismo...

E.R.: Sí, responde a una cierta consecuencia en la perspectiva democrática. Y en ese sentido subrayo que este elemento persiste en mi incorporación al peronismo: no accedí al movimiento con la perspectiva de concebirlo como instrumento para cambios, digamos, radicales, sino más bien a la comprensión de que el peronismo es la yuxtaposición de dos principios importantes: la defensa de lo nacional en materia económica y la vigencia del estado de derecho, la democracia y la libertad en el campo político. Esto último tiene que ver con mi gestión en el ministerio del Interior.

P.: Aquí llegamos al gobierno de Cámpora. Antes había hablado de él en el nivel ético. ¿Cómo lo conociste a Cámpora?

E.R.: Tuve oportunidad de conocerlo cuando regresaba de su exilio en Chile, luego del golpe del 55. Más allá de las opiniones divergentes que entonces yo tenía con él, lo que me impresionaba era su consecuencia hacia Perón y el peronismo. Se dieron algunos episodios notables. Un individuo que había sido funcionario del primer nivel (presidente de la Cámara de Diputados), en el primer gobierno de Perón, cumple su militancia allí donde le tocó cumplirla. Recuerdo haber estado en la casa del pequeño pueblo de San Andrés de Giles cuando llegaron sus amigos para pedirle que fuera candidato a concejal municipal, porque era la única forma que tenía el peronismo de ganar los comicios en la ciudad. El consultó a un grupo de cercanos (creo que ya tenía tomada su decisión), y recuerdo haber sido de los primeros en decirle que no se presentara porque no le convenía. No tenía nada que ganar si triunfaba y si era derrotado perdía, efectivamente, mucho. Pese a todo él aceptó porque su argumento fundamental era: ¿qué van a decir mis amigos y mis compañeros de partido si yo me niego a este servicio para con el Movimiento? Desarrolló entonces (1965), una campaña local que parecía nacional por su intensidad y, efectivamente, ganó. Eso me llamó la atención en Cámpora, sobre todo después de la experiencia traumática de Frondizi: una lealtad inalterable a sus ideas y a su partido que ha mantenido hasta la actualidad. En noviembre de 1971, cuando Cámpora accede a la delegación de la conducción táctica de Perón, yo no tenía ninguna militancia importante en el peronismo. Mantenía sí, una vieja relación con la familia Cámpora (con Héctor Cámpora (h) éramos socios en un estudio jurídico). Se produjo un mayor acercamiento. Fui asesor de Cámpora desde entonces hasta las elecciones de marzo del 73. Coordiné luego la entrega del gobierno de los militares a la administración democrática desde la oficina del presidente electo. Y luego fui Ministro del Interior desde el 25 de mayo hasta el 13 de julio, cuando Cámpora renunció a la presidencia.

P.: A seis años de los 43 días que conmovieron a la Argentina, la conmovedora primavera democrática, ¿cuál es tu juicio respecto del gobierno de Cámpora?

E.R.: El juicio es positivo en la medida en que se entienda la coyuntura que le tocó manejar a Cámpora. Me parece que era un gobierno provisorio, es decir un gobierno que debe ser juzgado como precario; en este sentido tan provisorio como que tenía un presidente vicario en alguna medida. Un presidente que reconocía que el poder no estaba en la casa de gobierno. El juicio que debe merecer debe ser relativizado en función del tipo de cosas que insinuó, más que por las que hizo. Lo que insinuó el gobierno de Cámpora fue: una tendencia a democratizar el país, definir nuevas reglas en materia política; insinuó también en las incipientes medidas que se tomaron en lo económico, y después fueron continuadas, un programa de nacionalismo económico bastante razonable para aquella época argentina cuya figura protagónica era el ministro Gelbard. Apuntó también una nueva dimensión en la política exterior. Es decir, fue un gobierno que recogió las banderas tradicionales del peronismo y las readecuó para la nueva época que vivía el mundo y perfiló a la Argentina dentro de la "no alineación", la solidaridad con los países del tercer mundo, la integración latinoamericana sobre bases no satelitantes. Cuestionó el gobierno de Cámpora las bases tradicionales de funcionamiento de la OEA con el discurso de Jorge Vázquez, vicescanciller entonces. Cuestionó a la ALALC. Redefinió, como se debe plantear, la relación argentina con sus vecinos, especialmente con los que tiene intereses comunes en la cuenca del Plata. Y produjo un hecho significativo: la posibilidad de la nueva elección presidencial para que el pueblo votara a quien quería. Es decir, para abrirle las puertas del poder a Perón nuevamente.

P.: ¿Reivindicarías al camporismo como un proyecto político alternativo en el interior del peronismo?

E.R.: No, yo creo que Cámpora fue muy cuidadoso: no permitía que le hablaran de camporismo.

mo, se ponía muy nervioso. Lo que sí hay en Cámpora es una vocación por conducir al peronismo sobre bases de unidad. Y tratar de armonizar los sectores internos, entendiendo que la unidad de todos es lo que posibilitaba que el peronismo llegara al poder después de 18 años de proscripción. Yo no advertí ninguna razón para hablar de camporismo. Por ejemplo, las relaciones de Cámpora con los dirigentes sindicales fueron siempre buenas. Y en ningún momento ni las 62 Organizaciones ni la CGT tuvieron momentos críticos con él.

P.: Pero el 13 de julio, determinados sectores de la dirigencia sindical se movilizaron para presentar la renuncia de Cámpora como forzada por Perón y ellos mismos...

E.R.: Bueno, creo que hubo algunos protagonistas más o menos oportunistas que trataron de presentar la imagen de un Cámpora que se iba empujado por las circunstancias, más que por su voluntad. Y hubo algún aventurero que por allí hizo algún tipo de declaraciones. Sin embargo, la conducción del movimiento obrero argentino no generó esto. Apunto un hecho significativo en este sentido: el 12 de julio yo estaba en casa de Perón, en Gaspar Campos, tomando un café con Lorenzo Miguel y en alguna medida participando de la preocupación de que todo se desarrollara en orden. No vi en él ninguna preocupación por sacar ventajas del episodio. En ese sentido, la preocupación era que todo el rédito de la operación política fuera para quien la merecía, que era Perón. Hubo aventureros menores y también algún aventurero mayor, como López Rega, interesados en dar esa imagen. Pero tomando la época que yo más viví, desde 1971 hasta octubre de 1974, cerca de Cámpora —en Argentina— no encuentro ninguna razón que permita instrumentar una teoría como esa. Además, lo que no hubo en Cámpora, y esto sí me parece claro, es la vocación por armar un sector propio dentro del peronismo. En este sentido, la expresión camporismo me parece poco feliz o, en todo caso, interesada.

P.: Este problema interesa tanto, creo, para el pasado como para el porvenir. De cara al futuro ¿se puede hablar de camporismo?

E.R.: Creo que no. Dependerá de los acontecimientos para ver como se reubican las distintas fuerzas del peronismo. Es obvio que hace mucho tiempo no hablo con Cámpora, pero por lo que yo conozco de él me atrevería a pensar que no es un hombre con vocación para hacer una tendencia interna peronista. Lo que pasa es que Cámpora tiene una trayectoria muy notoria y hay otros dirigentes peronistas que también han sido notorios. Y puede haber gente que se sienta más identificada con las cosas que hizo Cámpora que con las cosas que hicieron otros protagonistas. Pero eso es inevitable.

P.: A partir de la muerte de Perón, el justicialismo ingresa en una etapa compleja de su desarrollo histórico. Podría señalarse que no sólo por la necesidad de reemplazar el liderazgo de Perón. Los hechos acaecidos en el gobierno de Isabel indican la necesidad de garantizar la no conformación de una dirección vertical-apararística.

E.R.: En el peronismo hay sectores importantes: la dirigencia sindical, el sector político, la juventud. La garantía interna es la democracia, y la organización democrática resolverá cuál será la dirección que debe seguirse para ello. Por cierto, está la gran masa peronista que es la que va a resolver que rumbo va a seguir el movimiento. Si existe la posibilidad de reedición de una nueva fórmula autocrática o verticalista (ya sin sentido, porque el verticalismo murió con Perón) es una cosa a experimentar. Me da la sensación de que Isabel tiene una fisonomía política distinta a la de López Rega. En todo caso si Isabel reedita su perfil lopezreguista, ella será la que tendrá que pagar el precio político correspondiente.

P.: Parecés tener mucha confianza que el centro del peronismo —como calificados al sindicalismo y a los sectores políticos— va a aceptar el proceso democrático...

E.R.: Ah, yo creo que sí. Salvo que prevalezca el irracionalismo, es la única forma que permite la supervivencia del peronismo. Si hay reorganización democrática, se sostiene la posibilidad de que el peronismo siga siendo el vehículo de ex-

presión de las mayorías en la Argentina. Si no es así, creo que el peronismo se va a atomizar, balcanizar. Los sectores internos tenderían en este caso a la disgregación. Este me parece que sería el curso más peligroso.

P.: Pero, ¿qué democratización será ésta? ¿Se producirá al estilo de la UCR? Y, en todo caso, ¿cuál será el destino de la ideología peronista? ¿Cómo se tendrá que reorientar doctrinariamente el movimiento justicialista luego de la drástica experiencia político-económica de la dictadura?

E.R.: En primer lugar, la metodología formal de la democratización puede ser igual a la que funciona en el radicalismo. La diferencia entre el radicalismo y el peronismo no pasa por lo formal sino por lo sustancial. Me parece que la conducción del radicalismo en estos últimos años es una fuerza representativa de lo que el radicalismo expresa en el seno de la sociedad argentina. Me parece que si el peronismo se democratiza va a tender a ser la expresión de lo que el peronismo significa en la sociedad argentina: vehículo de expresión de la clase trabajadora. En términos de modelo aspiro a que el peronismo se reorganice para realizar un programa de cambio que pase por las dos vertientes analizadas antes: la democratización política y un programa económico nacionalista. Creo que sigue siendo válida la política de concertación entre sectores de la burguesía (la nacional) y la clase obrera, en lo que fue el programa económico de 1973 con Gelbard.

P.: ¿Es posible reiterar hoy esa política?

E.R.: Hasta dónde la política de Martínez de Hoz ha afectado a la estructura económica argentina, no lo sé. Me da la sensación de que la política del 73 no se puede reiterar en los mismos términos. La llamada burguesía nacional ha sido de tal manera afectada que es muy probable que no esté en condiciones de generar un polo alternativo como el que significó la CGE (Confederación General Económica) en su tiempo. Lo que sí me parece válido es el modelo de concertación.

P.: Las afirmaciones anteriores acerca de repetir la experiencia del 73, parecerían una voz de ruptura con la tradición de izquierda peronista, la que siempre se planteó la perspectiva de un gobierno de transición al socialismo...

E.R.: Creo que concebir al peronismo como un instrumento de tránsito al socialismo es hacer del peronismo algo que no es. Y es, también, llevar al seno de la sociedad argentina un proyecto que no es para las mayorías. Y el peronismo es, como lo demostró, un proyecto para las mayorías. El modelo de cambio que propone el peronismo es un modelo progresivo al que muchas veces, peyorativamente, se le ha puesto el rótulo de populista, de reformista. Creo que el peronismo supone un modelo de reformas para el país. Y este es un modelo viable para el país.

P.: ¿Aun después de Martínez de Hoz?

E.R.: Sí, yo creo que sí, porque los sectores sociales de la Argentina no pueden haber sido destruidos. Si la experiencia de la dictadura se prolonga mucho, ahí va no sé. Pero creo que la burguesía nacional, la enorme cantidad de sectores empresariales, muy castigados, subsisten hoy como substrato. Están afectados en su capacidad política, pero me parece que ese proceso se puede revertir; la estructura económica del país es reversible. Creo que se puede desandar el camino. Se trata de desarrollar un modelo con una fuerte presencia estatal en el marco de una economía planificada, en el contexto de una política de concertación de sectores realmente productivos.

P.: Entonces, el modelo socialista constituye una perspectiva lejana para la realidad argentina, de acuerdo con tu juicio, por las condiciones objetivas y las aspiraciones de las masas, y en todo caso su construcción no pasaría por el seno del peronismo...

E.R.: Yo no tengo inconveniente en que alguien plantee la perspectiva socialista dentro del peronismo. Me parece un proyecto legítimo, respetable. Lo que creo es que no es un proyecto viable para la Argentina. No creo que sea el pro-

yecto que las masas argentinas deseen como suyo y creo además que es minoritario.

P.: El tema sería, sin embargo, que la izquierda peronista durante años trabajó con una perspectiva terminal socialista; señalando que la debilidad de una política socialista en la Argentina radicaba en su alejamiento de las masas peronistas. En ese sentido, los Montoneros constituyen la etapa más significativa de aquella izquierda...

E.R.: Ciertamente, pero la experiencia demuestra que no es tan viable ese proyecto de desarrollar la perspectiva socialista a través del peronismo. Me parece que no es un camino razonable y no muy legítima la apuesta. Si las masas asumieran, de alguna forma, el proyecto sería un curso de acción probable —yo no participaría en él—, pero me da la sensación de que está muy lejos de pasar una cosa así.



P.: La problemática de la democracia está a la orden del día en América Latina y también, por supuesto, en la Argentina. Carlos Quijano planteaba en Marcha que el problema no era el de restaurar la democracia sino de reconstruirla. Impuesta esta orientación antidemocrática por los sectores dominantes, en la izquierda también se manifestó, desde otra perspectiva, una falta de entusiasmo teórico-práctico por la democracia.

E.R.: Argentina es el ejemplo clásico de país que no puede organizarse democráticamente. Esto provoca efectos en quienes hablan de la democracia. Recuerdo que cuando se da el proceso de reorganización interna del Partido Justicialista en 1971-1972 la consigna de muchos sectores peronistas era la de no afiliarse al PJ, en una actitud verdaderamente de contagio antidemocrático. La última experiencia autoritaria que estamos viviendo obliga a profundizar un poco más para averiguar cuál sería el mecanismo para poder subsistir un tiempo razonable dentro de pautas democráticas. Me da la impresión de que todos los sectores democráticos del país deben instaurar un tipo de acuerdo multisectorial en el sentido de crear mecanismos de defensa de la democracia. Esto serviría para que muchos no vayan a golpear las puertas de los cuarteles y que otros no piensen que lo peor que hay es la situación democrática y que cualquier experiencia autoritaria es beneficiosa. Aparte de esto, el país necesita ubicar desde un punto de vista jurídico-institucional a los factores de poder. Hay que institucionalizar a la central de trabajadores, a la central empresarial y, de alguna manera, ubicar a las fuerzas armadas dentro del contexto democrático del país.

P.: Todas estas propuestas que señalas se ubican en un plano jurídico-institucional. Antes habíamos hablado del problema de la democracia en el peronismo. Pero también la ausencia de democracia se revela en las estructuras sindicales, en la vigencia de un centralismo político agobiante.

E.R.: Creo que no es posible democratizar el país si las estructuras políticas fundamentales del poder no se democratizan. A partir de allí, de un gobierno democrático, de parlamento, de partidos organizados, el país debe funcionar democráticamente en todas sus estructuras. Esto

es importante acompañarlo de una tarea docente. Así como ha habido una campaña para tratar de convencer al pueblo argentino de que la democracia es ineficiente, hay que trabajar en sentido inverso. Para poner un solo ejemplo, cuando la universidad argentina mejor funcionó fue cuando lo hizo bajo pautas democráticas, es decir durante el proceso de autonomía de 1958 a 1966. Y advertir cómo con el autoritarismo comienza el declive que subsiste hasta nuestros días. Hay que llevar este espíritu democrático a todos los estamentos de la sociedad argentina, incluido el campo sindical. Habría que hacer la salvedad en este campo, de que la bandera de la democracia ha sido levantada por los sectores antidemocráticos, los autodenominados "32 gremios democráticos".

P.: Pero, en realidad la consigna de la democracia sindical ha sido enarbolarla significativamente, en los últimos años, no por los liberales como los "32 gremios" sino por los protagonistas de la insurgencia sindical, desde la CGT de los Argentinos en 1969, el cordobazo en 1969, el vóborazo en 1971, hasta las coordinadoras de 1975...

E.R.: Pero, en el seno del sindicalismo, la bandera de la democracia es levantada contra la posibilidad de sostener organizaciones únicas de trabajadores. Cuidado, porque el problema de la democracia en la Argentina fue siempre utilizado por los antidemocráticos. Democratizar el país debe ser entendido como ponerle autenticidad a los instrumentos de participación popular y supone utilizar todos los mecanismos del consenso para todos los estamentos de la sociedad argentina.

P.: ¿Cuál es el cuadro de situación que presenta el país a más de tres años de dictadura militar?

E.R.: Me da la sensación de que el gobierno de Videla está en una suerte de parálisis política. Me parece que hay dos sectores donde el gobierno ha desarrollado una ofensiva importante, sostenida, y en alguna medida, exitosa. Me refiero a lo que se ha dado en llamar la lucha *antisubversiva* y el proyecto económico de Martínez de Hoz. Ha llegado a algunos objetivos y me da la sensación de que no puede avanzar mucho en esas dos direcciones. La campaña *antisubversiva* cesa cuando se termina el contendiente. El modelo económico se puede desarrollar más, pero ha llegado a un punto donde ha surgido el cuestionamiento de sectores cada vez más importantes de la sociedad argentina. Más allá de sus éxitos en la política de saneamiento y en una relativa estabilización, subsiste la inflación no dominada como problema crítico. E, innegablemente, sus logros los ha conseguido a un costo social inmenso con el marginamiento, no sólo de la clase obrera, sino de los sectores empresariales nacionales. Esto supone la expectativa de eventuales crisis sociales a mediano plazo. In-

cluso en el seno del gobierno han aparecido cuestionamientos internos de importancia en esta materia. En lo demás, el gobierno me parece paralizado. Básicamente, en la definición de una pauta política. El debate interno del gobierno gira sobre la pregunta: ¿qué hacer para instaurar un modelo permanente? Me parece que aquí sí va a fracasar, porque es muy difícil que se pueda instrumentar un sistema que permita gobernar la Argentina sobre bases diferentes del consenso. En este plano, el gobierno es víctima de sus definiciones del principio de su gestión, cuando afirmó que no iba a redefinir las pautas de funcionamiento jurídico-institucional del país, en su afán por no recibir críticas. Aquello de la "imagen democrática". Hay dos salidas a la actual crisis: una, más o menos clásica, con llamado a elecciones sobre bases tradicionales; la otra sería la pretensión fundacional de un nuevo sistema jurídico-institucional. Desde la renuncia del general Díaz Bessone quedó demostrado que esta hipótesis existe de manera más remota. Habría un tercer sector, que propondría seguir *sine die* como se está ahora, pero me parece poco viable como línea tendencial. Hay líneas más externas ya a la dinámica militar, como la de Massera, que ensaya un proyecto bastante difícil, una suerte de crítica interna al proceso militar. Algunos datos de su biografía son difíciles de digerir por el peronismo: su participación en el golpe de estado y su gestión en la propia junta militar.

P.: Desde la muerte de Perón, existe una relación creciente de grandes internacionales en la política argentina, notoriamente la socialdemocracia y el socialcristianismo. Por otra parte se manifiestan situaciones peculiares en las relaciones de la junta con EEUU y con el campo socialista.

E.R.: Deberíamos reconocer que los grandes partidos argentinos han tenido una gran dosis de provincianismo, una autosuficiencia injustificada, en un mundo donde las relaciones son cada vez más interdependientes. En la lucha por la democracia en la Argentina es importante establecer lazos de contacto con el mundo que de alguna manera permitan una mayor solidificación de los sectores democráticos en el país. En la relación con los Estados Unidos existe una curiosa metamorfosis. El gobierno militar se definió desde el vamos como un campeón del "Occidente cristiano" y ahora le toca la paradoja de ser condenado desde Occidente y desde el cristianismo. La doctrina de la "seguridad nacional" ha sido condenada en grandes foros occidentales y de la iglesia, incluida en la conferencia episcopal de Puebla.

Los movimientos internacionales de carácter político democrático han establecido mayores contactos con la política argentina. De parte de los políticos argentinos se manifiestan dos tipos de líneas de trabajo. Una, que tiene una auténtica vocación por explicar los problemas argentinos y otra que tiene un sesgo oportunista. Esta última se constituye con políticos sin ningún tipo de representatividad que salen a hacer relaciones fuera del país ofreciendo productos que no tienen en su stock. Es curioso cómo en el ámbito de la socialdemocracia existen, en representación de la Argentina, grupos totalmente irrelevantes. Me parece importante que el peronismo, en el marco de esta situación internacionalizadora, sostenga relaciones con socialcristianos y socialdemócratas sin llevar ninguna de ellas al nivel de lo orgánico. El Movimiento debe definir muchas cosas a nivel interno antes de afrontar este problema. El proceso dirá si se incorpora a una de estas dos centrales. Habría que establecer -entre tanto- aproximaciones progresivas. Es un dato que hay que tomar en cuenta que la CGT argentina se afilió en 1975 a la CIOSL. Sin embargo, existen relaciones sindicales de gremialistas argentinos con estructuras internacionales tanto socialcristianas como socialdemócratas. En lo que se refiere al mundo socialista la relación me parece mucho más traumática. Paradójicamente, el modelo "occidental y cristiano" produjo un aislamiento internacional de la Argentina. La política internacional argentina desde marzo de 1976 no tiene más objetivo que romper ese aislamiento que ha sido generado como producto inevitable de la política que hacía el interior ha realizado el gobierno castrense. Y si este aislamiento no ha sido más intenso es porque ha existido una especie de apoyo de la Unión Soviética y de los países vinculados, de alguna manera, con su esfera de influencia, posición que ha pasado a veces por el silencio y en otros casos por tratar de coonestar en lo posible a la dictadura. Prominentes líderes partidarios comunistas han establecido diferencias entre la dictadura argentina y otras que existen en los países vecinos. Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, condenó en México a los gobiernos chileno y uruguayo, pero de la Argentina afirmó que era un proceso que no estaba claro. Esto en medio de la masacre perpetrada por la junta. El dato internacional que mencionamos tiene algunas resultantes internas significativas: la no proscripción del partido comunista en el marco de una feróz cruzada antimarxista; el incremento del comercio con la URSS que ha llevado a que este país sea el principal comprador de las exportaciones argentinas; las relaciones intermilitares Argentina-URSS. Todo ello lleva a pensar que existe una especulación geopolítica de la URSS respecto de la Argentina. La invitación de Fidel Castro a Videla para que concurriera a la Cumbre de No Alineados es un hecho inusitado, que se inscribe dentro de esta política, y yo diría de complacencia del mundo comunista con la dictadura de Videla. Y si siempre hubo dificultades para las relaciones del campo del pueblo en la Argentina con el bloque socialista, me parece que estas relaciones se hacen hoy mucho más difíciles. Creo que la actitud del mundo comunista hacia la Argentina está presidida por un pragmatismo realmente insoportable.



Declinación y estancamiento

Esteban Righi
La política exterior de la dictadura

Juan Carlos Portantiero
De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués

Edgardo Lifschitz
Éxitos y fracasos de la política económica de la Junta Militar

Carlos Abalo
Notas sobre el carácter actual del capitalismo argentino

Noé Jitrik
Las desventuras de la crítica

Oscar Terán
El discurso del orden

Enrique Dussel
La iglesia argentina de 1968 a 1979

Enrique Guinsberg
Marx y Freud, delincuentes ideológicos

Jorge Luis Bernetti
Izquierda: derrota y proceso democrático

Juan Pegoraro
Los conflictos laborales, 1973-1976

Pablo Enrique Maceiras
Censura y autocensura

Documentos
Para la historia de la dictadura
Carta de Rodolfo Walsh
Entrevistas:
Alejandro Lanusse
Arturo Illia
Arturo Frondizi
Ricardo Balbín
Declaración de seis partidos
Declaración del Episcopado

Cuadernos de Marcha
La cruzada de los niños

La universidad argentina de 1973-1974

Adriana Puiggrós

(Primera parte)

Reencontrarse con la propia historia es un proceso difícil. Sin embargo, si el contenido del pasado no se revisa, quedan depositados en el presente y en el futuro esos errores de enorme peso que nos impulsan muchas veces a cerrar los ojos. La mirada hacia atrás es indispensable para generar un "colectivo" superador. Por eso el sentido que quiero dar a estas notas es el de una autocrítica-crítica que incite al diálogo y al cuestionamiento. La revisión individual que muchos hicimos de nuestros actos y de nuestras ideas sólo saldrá del terreno subjetivo y se transformará en un aporte superador del doloroso pasado, si se constituye en una tarea política colectiva.

1. Las malas palabras

La parcialidad de los análisis que se han realizado sobre el período 1973-74 y la insuficiencia de la autocrítica-crítica de los agrupamientos políticos protagonistas, dificultan la apertura del debate en torno al proyecto de universidad que se impuso entonces. Por otra parte, el sectarismo —típico de los intelectuales argentinos— encasilló las diversas propuestas impidiendo toda posibilidad de recuperación crítica de ideas y experiencias, muchas de las cuales se inscriben en una larga trayectoria de oposición al modelo universitario de la oligarquía conservadora y del desarrollismo proimperialista.

Hoy, cuando las fuerzas docente/estudiantiles que dirigieron las universidades argentinas en 1973-74 se han desintegrado como opción política dentro de la universidad (y partidaria fuera de ella, en tanto pertenecientes a una corriente cuya derrota es obvio caracterizar), abrir este debate implica no perder de vista ciertos de esa época en el bosque de los errores, pero más aún, no sobrevalorar las microexperiencias por encima de la política de la cual formaban parte. Implica también abrir nuevamente el debate sobre las "malas palabras" que se exorcizaron desde el peronismo ortodoxo, desde el nacionalismo popular y desde la izquierda peronista sin conseguir desentrañar los problemas a los cuales aludían, ni llenarlas de nuevos significados, ni reemplazarlas por propuestas superadoras. Una concepción equivocada acerca del problema del estado y del poder en la Argentina, una caracterización distorsionada del peronismo y la omnipotencia vanguardista de algunos sectores, secundan hoy a la acción de las fuerzas represivas en la enumeración de las causas de una derrota que no lo es solamente de la política implementada en sus lineamientos generales sino de los proyectos específicos que, como el universitario, fueron sus expresiones particulares. En 1973 creíamos fervientemente que la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, el cogobierno, la autogestión, yacían en el cajón de los objetos en desuso; que la discriminación, el elitismo, la extraterritorialidad universitarios, el divorcio entre la universidad y la realidad nacional, habían sido superados por nuestra gestión. En 1979 advertimos la permanencia de los irresueltos problemas que las banderas reformistas ponen de relieve y de aquellos otros que creímos superados para siempre. Pero esta permanencia no se registra solamente en el terreno de las instituciones colocadas en un camino regresivo por la dictadura militar sino —y esto es más grave aún— en el terreno de nuestras ideas y nuestros proyectos. Son éstos, por lo tanto, lo primero que hay que revisar.

Desde mediados de la década de 1960 el reformismo y sus banderas empezaron a ser descalificados por importantes grupos docente/estudiantiles. Los errores políticos del reformismo liberal, su emblema reiterado con las fuerzas antipopulares, los colocaba objetivamente en una corriente ideológica, política y científica cuya producción tendía a incorporarse orgánicamente a la concepción y el orden social instituidos por la clase dominante. Muchos consideraron que esta situación era irreversible, y pusieron sobre los intelectuales argentinos una lápida final. Hernández Arregui los llamó "monos intelectuales" y los consideró una capa social definitivamente colonizada. Junto a ellos,

todos los productos de la reforma universitaria quedaron empaquetados, bajo la etiqueta de "antinacional y antipopular".

Cuando arribamos a 1973, todo parecía tener que nacer de la nada. Había que discontinuar una cultura que la universidad contribuía a reproducir, y sólo era considerado antecedente legítimo algún discurso recordado de Perón o fragmentos de la política de educación superior de los años 1945-1955. La reforma de 1918 fue negada en su conjunto (inclusive sus contenidos antimperialistas y democráticos), sin que se abriera un espacio para su crítica y superación. El enfrentamiento —necesario— con el liberalismo se confundió con el enfrentamiento con la democracia (Laclau, 1979). La autonomía, el autogobierno, la libertad de cátedra (y hasta la utopía autogestionaria que muchas veces surgió espontáneamente en las aulas de la universidad) se convirtieron en símbolos de un pasado vergonzante; negándose el carácter real de los problemas a los cuales aludían. La actitud de "borrón y cuenta nueva" ocultaba que "el saber no puede abolirse, como no puede abolirse la situación heredada del desarrollo de las fuerzas productivas". Y que "no es cierto que, en su propia 'naturalidad' y por la destrucción de la historia, el hombre encuentre una positividad intrínseca e inocente" (Rossanda, 1973, p. 134). Exigiendo a los intelectuales que renunciaran a su saber y a sus banderas políticas sectoriales, se los consideró una *tabula rasa* en la cual debía imprimirse un nuevo saber. La universidad, puesta de espaldas con su propia historia, debía ser reinstitucionalizada desde el estado. Su gobierno, delegado del gobierno nacional, debía garantizar que se impediera todo lo institucionalizante que surgiera espontáneamente, o de sectores políticos adversos.

El exorcismo del pasado liberal de los intelectuales argentinos impidió que su acercamiento a la problemática nacional estuviera mediado por una crítica-autocrítica, como proceso indispensable para que su incorporación al bloque de fuerzas populares tuviera un carácter orgánico, y no el significado de mera agregación. Pero el peronismo de 1973 se contemplaba a sí mismo convalidando una imagen abarcadora que todo lo contenía y ocultándose el carácter inorgánico del agrupamiento de sectores políticos y fuerzas sociales que representaba. Ocultándose, por lo tanto, el carácter coyuntural de este agrupamiento. Esta ilusión de abarcarlo todo era asumida por cada sector del peronismo, que creía contar con trabajadores, sindicalistas, empresarios, estudiantes e intelectuales propios y se repetía a sí mismo que podría llegar a absorber o eliminar a las demás tendencias internas. Desde ese punto de vista, las relaciones interiores del peronismo y las relaciones del peronismo —particularmente de su izquierda— con otros sectores políticos no peronistas, se plantearon en términos de coerción y no de consenso, resultando por lo tanto innecesaria e inconveniente la apertura de espacios para la discusión. El papel de los intelectuales distó de ser comprendido, incluso por la izquierda peronista (o especialmente por la izquierda peronista) que, como en el caso de Montoneros, confundió al intelectual con un escribiente o un difusor de las ideas generadas por los cuadros militares. Menos aún se comprendió que el desarrollo de "un sector de intelectuales nacionales y populares" (como se los llamaba en aquella época) debía ser el re-

sultado de una lucha cultural profunda que permitiera el despliegue del conjunto de contradicciones que se habían gestado durante décadas de divorcio entre la clase trabajadora y los universitarios. No se comprendió que era necesario crear un nuevo tipo de sociabilidad, nuevos vínculos entre los intelectuales y las masas, basados en una relación de hegemonía, que había que conquistarlos política e ideológicamente y no sentarlos en el banquillo de los acusados. Esa batalla era imposible de ganar sin que mediara el más amplio debate y una participación efectiva de todos los sectores políticos en el gobierno universitario. Lo contrario, es decir la imposición ya no de un proyecto de transición sino de una forma de concebir la problemática nacional, los problemas políticos universitarios y la ciencia, nos remite a un problema de teoría política (el problema de la hegemonía) y a un problema práctico que hace a la caracterización de la etapa que vivíamos. En este sentido, junto a la cuestión de cuáles son los caminos válidos para construir una teoría revolucionaria y transformarla en la concepción del mundo de toda la sociedad, hay que preguntarse si en 1973 existía en la Argentina esa teoría revolucionaria.

En 1973 las fuerzas políticas y sociales emblematizadas a favor de una apertura nacional y democratizante tenían perspectivas de índole diversa y proyectos divergentes para el país. Ya para entonces el papel de Perón distaba de ser el de un homogeneizador ideológico y la doctrina peronista mostraba su insuficiencia para servir de eje en la tarea de construcción de un bloque intelectual, aunque representara las aspiraciones y el nivel de conciencia política de un importante sector de la sociedad. La izquierda peronista, adscripta al marxismo pero con una débil formación teórica y fuertemente impregnada de las experiencias foquistas-vanguardistas, registraba en su interior una profunda heterogeneidad, que podría haber resultado profundamente productiva si se la hubiera aceptado, asumido y legalizado, pero que se intentó superar mediante una política verticalista y antidemocrática en lo interno y en lo externo. En este caso, la confusión entre liberalismo y democracia, fue doblemente grave, porque impidió el desarrollo del sector del peronismo que más condiciones tenía para promover un debate superador en el interior del movimiento.



A pesar de sus graves divergencias, las tendencias internas del peronismo coincidían en su caracterización negativista de los intelectuales, subvalorizando el enorme cambio producido en sus mentalidades desde 1955. Coincidían también en considerar a la universidad un sistema de inculcación que, en forma indiferenciada, reproduce intelectuales consumidores, reproductores y transmisores de la ideología dominante. Mero vehículo de transmisión de lo socialmente instituido, todo proceso institucionalizante no controlado recrearía la cultura liberal/oligárquica. Era necesario, pues, combatir las corrientes pro-autonomistas y autogestionarias y subordinar la universidad al estado. Este expulsaría a las corrientes antagónicas con el país y el pueblo e impondría su concepción.

En el marco de los antagonismos internos del peronismo, sin embargo, el antiliberalismo tomaba significados diferentes, que se reflejaban en proyectos universitarios también antagónicos. Cuando la ultra derecha exorcizaba el liberalismo, y metía en la hoguera a los "malos espíritus de Freud, Marx y Piaget" (Sanchez Abelen-

da, 1974), el modelo universitario de Otagalano coincidía con el de los regímenes militares anteriores y tendía a reimplantar un orden académico retrógrado, profundamente represivo de todo pensamiento progresista. El modelo de Otagalano no era el tecnocrático/desarrollista y mucho menos el populista/democratizante (Vasconi, 1974) sino ultraconservador.

El peronismo ortodoxo tenía una idea diferente. Enrique Martínez (decano de la Facultad de Ingeniería de la UNBA en 1973) consideraba que el ejercicio de la autonomía universitaria necesariamente da lugar a la existencia de "otra ideología" respecto de la del gobierno nacional, por lo cual supone que el único camino para comprometer a la universidad en el "proyecto justicialista" era, en 1973, su integración al estado. Dice: "La autonomía está asociada de manera total a una imagen política de independencia ideológica respecto del gobierno nacional" (Martínez, 1975: p. 94). Considera, por lo tanto, que si un gobierno es respaldado por la mayoría del pueblo, adquiere derecho a imponer su concepción en las universidades. La legitimidad del poder en estas instituciones nace, según Martínez, de la legitimidad del estado antes que de la legitimidad que le otorguen las fuerzas políticas internas. El antiliberalismo de este sector, sin embargo, se llena de contenidos desarrollistas.

La izquierda peronista definió la universidad como un reducto de cultura colonial y planteó la necesidad del reencuentro de los universitarios con la situación semicolonial del país. El rector Puiggrós hizo uno de los pocos pronunciamientos claros respecto de la autonomía, al expresar que estaba contra ella en tanto representara una universidad que actuara por sí misma y se vinculara sólo retóricamente con el pueblo. En esta afirmación diferenciaba implícitamente "autonomía" de "extraterritorialidad" (Puiggrós, 1974: pp. 29-30). Sin embargo, la concepción de la izquierda peronista que dirigió la universidad estuvo presidida por una permanente ambigüedad entre el ataque a la autonomía (y consecuentemente a los sectores reformistas que la exigían) y el problema de la imposición de la doctrina nacional. Esta ambigüedad no se originó en una adhesión (inexistente, como se sabe) de dicho sector a la doctrina peronista sino, justamente, en la contradicción que se generaba al defender la subordinación de la universidad al gobierno nacional (hecho que solamente podía encontrar legitimidad si se consideraba legítimo ese gobierno) y los profundos antagonismos entre la izquierda peronista y los sectores del movimiento que hegemonizaban el poder. Aunque pronunciándose contra la autonomía, los sectores que dirigieron la universidad se encontraron objetivamente en una situación de defensa de la autonomía, frente a un gobierno que pretendía imponer un modelo de universidad con el cual ellos antagonizaban. Defendiendo el papel dominante que el gobierno peronista debía jugar en la universidad, desarrollaron una política autónoma que produjo uno de los enfrentamientos más violentos entre la universidad y el estado en la historia argentina.



La caracterización de las relaciones entre el estado y la universidad es obviamente irreducible al terreno pedagógico (reducción típica de la pedagogía tecnocrática/desarrollista que se manifestó en la universidad argentina desde 1958 hasta 1966). Empero, la naturaleza ideológica del fenómeno educativo y el carácter político de las propuestas educacionales, no llevan a la conclusión de que la reducción del problema

educativo a lo político sea el camino correcto, ni que necesariamente la educación sea siempre lisa y llanamente, *instrumentada* por la política dominante. Remite al establecimiento de un vínculo "en el sentido más amplio de unidad del proceso histórico de la realidad en el que el sistema de las superestructuras no puede concebirse sino como "distinciones de la política" " (Lombardi, 1977: p. 49). En ese sentido la educación en la Argentina de 1973 debió haberse constituido en un vehículo para dar dirección a la espontaneidad, para combatir las expresiones del bloque oligárquico/imperialista, para lograr la consiente y lúcida adhesión de los intelectuales a un proyecto de transformación nacional. Pero aquí nuevamente volvemos al problema central, es decir a la ausencia de ese proyecto y por lo tanto a la insuficiencia de las fuerzas agregadas en 1973 para dirigir la construcción de un bloque ideológico. Por otra parte, el grupo hegemónico en la universidad era un mediador imposible con respecto a la disciplina que el estado debía imponer, puesto que consideraba que el accionar político de los gobernantes traicionaba (restando legitimidad) el mandato popular. Este cuestionamiento de hecho separaba al grupo dirigente en la universidad del aglutinamiento político hegemónico en el país. La *derecha peronista exigía acatamiento a sus propuestas regresivas y la izquierda del peronismo exigía lo imposible: que el proyecto peronista se transformara en un proyecto de transición al socialismo*. Obnubilada por sus expresiones de deseos, esta izquierda colocó a la universidad en la política que correspondía a esa imaginaria situación, *perdiendo así la posibilidad de conducir las tareas necesarias correspondientes a la etapa*. En ese sentido, a la izquierda peronista le tocaba descubrir "las distinciones de la política" en el interior del problema universitario y dar respuestas politicopedagógicas a las necesidades sectoriales mediante prácticas instrumentales específicas. Esto, dicho de otra manera, significaba tener la visión política necesaria para elaborar un modelo de universidad correspondiente a la etapa y no una utopía dirigida a un ilusorio momento de transición. Quienes fuimos corresponsables de ese proyecto sólo supimos desarrollar microexperiencias que, sin embargo, perdieron el valor politicopedagógico que tenían, al quedar sumergidas en un accionar carente de visión política, desfasado de "lo posible" e incapaz, por lo tanto, de desarrollar las tareas necesarias. Primero la total conciliación, y luego el enfrentamiento total entre el estado, la universidad y las fuerzas políticas docentes y estudiantiles, nos llevó a ocultar contradicciones en lugar de crear los espacios adecuados para que se desarrollaran en forma no excluyente, y a exacerbarlas después, rompiendo no solamente con la derecha del peronismo sino con Perón, con el sindicalismo y con aquellas fuerzas políticas no peronistas que habían apoyado la gestión universitaria desde su comienzo.

El problema de la autonomía se torna central. Pero es posible introducir aquí una digresión: dicho problema es importante en cualquier sociedad, incluso en una socialista, a condición de que las fuerzas populares sean capaces de luchar por la hegemonía también en el interior de la universidad. Si esto no es posible, habrá que revisar la concepción política de quienes la representan. En 1973, podría argüirse, la izquierda peronista condujo a miles de estudiantes y docentes. Y estamos de acuerdo. Pero la naturaleza de la dirección política no sólo queda al descubierto en la coyuntura sino a la luz de los procesos. La historia de los últimos años nos muestra claramente que la izquierda peronista aglutinó importantes sectores de la comunidad universitaria y fuerzas políticas, pero no logró procesar ese aglutinamiento hacia una organización histórica. El desarrollo de ese proceso tenía una condición, inaceptable desde la matriz vanguardista y foquista de la izquierda del peronismo: construir el poder democráticamente, universidad incluida; construir organizaciones políticas estudiantiles y docentes a partir de una discusión profunda con los militantes y con todos los sectores de la comunidad universitaria; realizar alianzas políticas reales y no verbales; en fin, comprender que el problema de la democratización de la enseñanza superior pasaba no solamente por eliminar las restricciones al ingreso sino por encontrar formas históricamente posibles para democratizar las estructuras internas y para vincular la Universidad con la sociedad y el estado.

Una teoría politicopedagógica alternativa

tiene necesariamente que pasar por la reflexión crítica sobre sus propios antecedentes filosóficos y políticos, y por la revisión de alternativas que la precedieron. No debieran olvidarse esos viejos axiomas marxistas que recuerdan que el educador debe ser educado y que es necesario aprender de los maestros, aunque el ejemplo sea negativo. En 1973 no construimos una teoría politicopedagógica alternativa, ni realizamos una práctica superadora, pero estábamos convencidos de ello, negando el valor que podía llegar a tener una práctica politicopedagógica de crítica, y la realización de algunos proyectos posibles que atacaban sin embargo los puntos más débiles de la pedagogía dominante. 1973-1974 no era el momento de poner en práctica la utopía sino de profundizar el proceso de integración de los intelectuales al bloque de fuerzas populares, contando con su aporte para la tarea de construcción de un verdadero bloque ideológico. Sobre ello me extenderé en los próximos artículos.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Juán José Hernández Arregui, Nacionalismo y liberación, Buenos Aires, Corregidor, 1973
 Rossana Rossanda, "Tesis sobre la enseñanza", en II Manifesto, México, ERA, 1973
 T. Vasconi, "Ideología, lucha de clases y aparatos educativos en el desarrollo de América Latina", en Cuadernos de educación, Caracas, Laboratorio Educativo, 1974, núm. 12-13
 Sánchez Abellana, "Declaraciones", en El Día, México, noviembre de 1974
 E. Martínez, El proyecto universitario, Buenos Aires, Ciencia, 1975
 Rodolfo Puiggrós, La universidad del Pueblo, Buenos Aires, Crisis, 1974
 F. Lombardi, Las ideas pedagógicas de Gramsci, Barcelona, A. Redondo, 1972
 Ernesto Laclau, "Democracia y luchas sociales en América Latina", en América Latina. Estudios y perspectivas num. 1, México, UIIA, 1979

LA CRISIS DEL MARXISMO

¿No es hora ya de que los marxistas acepten los riesgos de una polémica que se les impone más allá de sus recatadas perplejidades o de sus obtusas resistencias? ¿No ha llegado el momento de comenzar a deshacer un enredo que amenaza conducir a una situación sin salida? Al publicar el artículo de Paramio y Reverte aparecido en El Viejo Topo queremos manifestar nuestro acuerdo básico con su contenido. Aceptada la necesidad de una contraofensiva ideológica de los marxistas, socialistas y revolucionarios, es preciso encontrar un punto de referencia común donde el debate pueda efectivamente encarsarse. Es verdad que la "crisis" actual del marxismo es distinta de la suscitada a fines del siglo pasado con el "revisionismo". Este pretendió responder a una presunta falta de adecuación de la teoría con una realidad modificada profundamente por la emergencia del imperialismo. El viejo "revisionismo" ponía en cuestión la posibilidad de realización del socialismo. El debate actual parte de la trágica realidad de un proyecto que se ha realizado de forma tal que ha puesto en cuestión el significado mismo del socialismo. Si a fines del siglo pasado se estaba planteando el problema de la "transición al socialismo", lo que hoy se está discutiendo es si se puede llamar socialistas a las sociedades surgidas de la aparente destrucción del capitalismo. Si hoy resulta imposible formular una idea deductiva del socialismo, para que oficie de guía intelectual y moral del movimiento, si el socialismo por el que combatimos debe validarse en el examen en las virtudes pero también en las lacras del socialismo "real", es preciso abandonar retórica y moralismo para abordar serenamente los efectos de una crisis de la teoría y de la práctica del movimiento socialista. Porque es difícil de sostener que la fenomenología concreta de las sociedades postrevolucionarias, con sus acentuados rasgos autoritarios y burocráticos, no cuestiona directamente el pensamiento marxista. La tradición marxista disolvió el arduo problema de las formas estatales en la utópica propuesta de su inexorable "extinción". Comunistas y socialdemócratas acabaron por dejar de lado lo que verdaderamente constituía el centro del problema y sin cuya resolución el socialismo quedaba reducido a mera esperanza. Sin instituciones democráticas el capitalismo de estado no era la antesala del socialismo sino el fundamento de una inédita y monstruosa dictadura sobre las masas; sin un real proceso de socialización de la propiedad, el proyecto socialdemócrata facilitaba las respuestas fascistas o neocapitalistas. Nuestro actual proyecto de socialismo, nuestro nuevo "paradigma" de transición al socialismo, como afirman Paramio y Reverte, debe resultar de un modo u otro de una síntesis inédita de esa experiencia histórica deformada, parcial y hasta aberrante, recorrida por la idea del socialismo en el mundo. No tenemos otra realidad a la que aferrarnos, si queremos permanecer en la historia. Esa realidad nos compromete y somos corresponsables de todas sus vicisitudes, pero debemos reconocer que aun dentro de ella, sólo a través de su crítica despiadada y radical podemos sostener la esperanza y la voluntad de lucha por otro tipo de socialismo, aún inédito. Sobre los pilares de las ideas de "socialismo" y de "democracia" (y de democracia formal, acentuarla) puede constituirse esa síntesis de la que requiere hoy el movimiento socialista para reconquistar la unidad entre teoría y práctica, ética y política, ser y deber ser que constituyó durante muchos años la razón de su capacidad expansiva y transformadora, el secreto de su fuerza mítica.

José Aricó

Razones para una contraofensiva

Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte

En su artículo "Apuntes para un debate sobre el ideario comunista" (*El Viejo Topo*, enero de 1979) señala Paco Fernández Buey la distancia radical que separa dos crisis del marxismo: mientras la llamada crisis del revisionismo se produce en un contexto de relanzamiento de la acumulación capitalista, la crisis actual se relaciona directamente con la crisis del capitalismo imperialista, con la crisis de acumulación de los años 70. La conclusión sería que, mientras en el primer caso la recuperación del sistema obligaba a revisar la teoría, ahora ésta entra en crisis a causa de una crisis general de nuestra cultura y de nuestros valores, crisis que afecta al marxismo como parte integrante de esa cultura y de esos valores.

Se puede decir que esta hipótesis es válida, pero deja fuera un elemento que a nuestro parecer es importante, y en el que precisamente pretendíamos hacer hincapié en nuestro artículo "¿Crisis del marxismo o crisis de los filósofos?" (*El Viejo Topo*, septiembre de 1978). A saber: el carácter no unitario, sino plural, discontinuo y periodizable del marxismo.

Para comprender fácilmente a qué nos referimos basta con superar un viejo prejuicio ideológico al que seguimos aferrándonos más o menos inconscientemente: el de suponer que el único marxismo "verdadero" es el marxismo "revolucionario", el de quienes rompen con la II Internacional. Ahora bien, en términos teóricos esto no es sostenible. El reformismo es también una lectura de Marx, independientemente de la opinión política y teórica que pueda merecernos.

Pues bien, una vez que recordemos algo tan

elemental nos será fácil comprobar que el marxismo reformista no está en crisis. Por el contrario, atraviesa su hora de gloria, mientras los malthrechos herederos de la III Internacional emprenden una complicada operación de transformación ideológica para enlazar sus actuales propuestas eurocomunistas con su pasado leninista. Este es en último término el sentido de los artículos de Bettino Craxi que tanto desconcierto parecen haber sembrado entre los comunistas italianos (véase *Zona Abierta*, 18, enero-febrero de 1979): intentando conciliar lo inconciliable, los comunistas se encuentran en una posición falsa, muy apta para su manipulación (con escasa honestidad ética e intelectual) por quienes, como los socialistas italianos, no pueden sentirse precisamente orgullosos de su creciente. Cuando Craxi solicita al PCI una definición formal sobre el leninismo parece estar buscando un manto pudoroso que cubra el recuerdo de la desdichada experiencia del *centro-sinistra*.

Más aún: los portavoces más serios de esta tradición reformista también pueden señalar la absoluta ruina teórica de lo que podemos llamar el marxismo revolucionario. Hay un ejemplo bien reciente: en su artículo "Los límites del reformismo: el socialismo parlamentario y la teoría marxista del Estado" (*Sistema*, 27, noviembre de 1978), José María Maravall subraya que, mientras las pruebas empíricas de la ineficacia histórica del reformismo parecen insuficientes, no existe una concepción clara de lo que sería la economía política de la transición, y muy en especial del papel del Estado en ella. Es decir, que abandonada la idea del asalto, desde fuera y frontalmente, al aparato de

Estado capitalista, ya no existe un criterio claro que permita diferenciar una política reformista de una política revolucionaria. Y desde luego no es posible suplir este criterio con la afirmación de que no se pretende administrar el capitalismo sino transformarlo. ¿Cómo saber si esas transformaciones nos llevan hacia el socialismo? Sin embargo, es precisamente este marxismo reformista el que en mayor medida constituye una parte integrante de la cultura y de los valores de la sociedad capitalista. Y, por tanto, es también este marxismo el que debería ser más sensible a la crisis (ideológica) del capital. ¿Por qué es entonces el menos afectado?

La razón, creemos, es que lo que comúnmente entendemos por crisis del marxismo no es tan sólo el reflejo sobre éste de una crisis general de valores. Es también, más específicamente, una crisis teórica, como señalábamos en nuestro anterior artículo: una crisis teórica, además, *aplazada*. Pues es la crisis que debería haberse producido con motivo del relanzamiento mundial de la acumulación de capital tras la segunda guerra mundial, ya que esta nueva expansión capitalista suponía el golpe final para la teoría de la crisis general del capitalismo, es decir, para la ideología que había dado sentido a la práctica y a los análisis de la Internacional Comunista. ¿Cuáles son las razones de este aplazamiento? Hay dos que parecen evidentes. La primera es el inmenso prestigio de la Unión Soviética entre los trabajadores e intelectuales de izquierda de todo el mundo. El mito comenzaría a resquebrajarse con el XX Congreso del PCUS, el informe secreto de Jushchov y los sucesos de Budapest. Pero las mismas esperanzas de evolución que abrió el XX Congreso no se derrumbarían hasta la invasión de Praga en agosto de 1968. Conviene recordar que un hombre como Isaac Deutscher mantuvo hasta el fin la esperanza en la normalización de la URSS. Y es bueno recordar, también, que el mito de la URSS se hundió en 1968 junto con el mito de los partidos comunistas, cuando en mayo el PCF demostró que una revolución era lo último que deseaba en el mundo.

La segunda razón para el aplazamiento de la crisis teórica del marxismo es complementaria de la anterior: el clima de guerra fría. Rossana Rossanda escribió en 1972 un artículo sobre "Los intelectuales revolucionarios y la Unión Soviética" en el que resumía perfectamente las alternativas presentes en aquellos días, a partir de la oposición entre Merleau-Ponty y el Sartre de "Los comunistas y la paz". Hasta bien entrados los años 60 no fue posible concebir alternativas de izquierda a la URSS, y fue China



la que abrió ese camino. (Aunque sea gracioso recordarlo ahora que somos conscientes de que la revolución cultural fue un fracaso, y mientras las agencias de prensa nos ofrecen la grotesca imagen de Deng Xiaoping, sembrando el entusiasmo entre los capitalistas norteamericanos, tocado con sombrero de cowboy.)

El hecho es que el prestigio de la URSS y la necesidad de elegir que conllevó la guerra fría permitieron el aplazamiento de la crisis teórica del marxismo de la III Internacional, de aquella extraña teodicea (el "marxismo-leninismo") que nuestra generación identificaba con el marxismo. Pero tras 1968 todo se acabó. Este año se abría la mayor crisis histórica del sistema burgués de dominación. Pero también, y simultáneamente, la mayor crisis teórica de la tradición de pensamiento que arranca de Karl Marx.

El marxismo reformista arranca, desde el mismo Bernstein, de la confianza en el movimiento de lo real. Lo que implica la creencia de que una sucesión de cambios (reformas) parciales conduce al socialismo como fin último. Frente al reformismo, el marxismo de la III Internacional supone ilusoria la confianza en la evolución del sistema capitalista hacia el socialismo, pues el régimen del capital está abocado a un fin inmediato y actual, determinado por la crisis general del modo de producción capitalista, a su vez fruto inevitable de las leyes de movimiento del capital.

Desde esta perspectiva es fácil comprender que el optimismo reformista es difícilmente refutable por la historia, mientras que la teoría de la crisis general ha quedado irremisiblemente condenada por la experiencia de la expansión capitalista de la posguerra. Puede ser curioso leer en esta clave una obra como *El capitalismo tardío* (México, ERA, 1979), en la que, independientemente de su alto nivel teórico, no se puede dejar de ver un intento de reconciliación con la realidad histórica de la fracasada tesis de la crisis general. La obra de Mandel aparece, en este sentido, como uno de los más lúcidos intentos de respuesta a la crisis teórica del marxismo.

Podemos decir entonces que, así como la crisis cultural y de valores afecta al marxismo (en general) en cuanto parte integrante de la actual cultura de nuestra sociedad, lo que llamamos crisis del marxismo es más específicamente una crisis teórica que afecta de forma diferencial al llamado marxismo revolucionario. Y que esta crisis tiene un doble origen: de una parte, la refutación histórica de algunas de las tesis que en su momento definieron a este marxismo revolucionario frente al reformista; de otra, la desvalorización ideológica de las sociedades y organizaciones que llegaron a identificarse con ese marxismo revolucionario.

Sin embargo, y como señalábamos en nuestro anterior artículo, esta crisis coincide paradójicamente con una tremenda revitalización de la investigación marxista, a la vez que con un proceso de normalización de los partidos comunistas occidentales (el eurocomunismo). No se trata, por supuesto, de que entre ambos fenómenos exista una relación causal (más bien parecen ser resultados distintos de una misma causa) sino de que en primera instancia pareciera más lógico que la crisis del marxismo se hubiera producido en momentos de estancamiento del pensamiento de izquierda y de sectarización de los grandes partidos comunistas.

Este segundo aspecto es el que puede parecer piedra de escándalo para quienes se opongan desde la izquierda al eurocomunismo. Pero debería ser aceptable incluso desde esta perspectiva: independientemente de la valoración que se haga de la política eurocomunista, lo cierto es que supone la recuperación de la capacidad de intervención en la vida pública de los partidos occidentales. ¿No habría sido más lógico esperar que la crisis del marxismo coincidiera con un momento de absoluto alejamiento de los comunistas de la vida pública?

Y por el contrario, mientras el PCF (que puede ser ejemplo más claro) permanecía en las catacumbas la crisis no se produjo. Más aún: en aquellos momentos (los años 50 y 60) el PCF, convertido en una contrasociedad dentro de la sociedad francesa, manteniendo una subcultura propia, pudo mantener intacta "la llama de la fe". ¿Pese a ello o precisamente por ello?

La respuesta es compleja. Debemos contar en primer lugar con los factores que condujeron al aplazamiento de la crisis, y que ya esbozamos. En segundo lugar hay que observar que



lo que hace inevitable la crisis es el deseo de hacer compatibles la teoría (el dogma) y la realidad, deseo que difícilmente podía haber sido obsesivo en un período de total marginación.

En tercer lugar, y aunque dé algo de vergüenza insistir en estas cosas, hay que subrayar que, si bien la crisis debía estallar inevitablemente, lo cierto es que la mecha fue encendida desde fuera: recuérdese la repercusión que la prensa norteamericana concedió a la eclosión de los "nuevos filósofos" ("Marx ha muerto"). El marxismo volvió a ser un peligro cuando los partidos considerados marxistas reaparecieron en la escena política, y en ese momento la derecha consideró necesario atacarlo.

Ahora bien, la crisis está ahí. Y el problema es saber dónde se encuentra su raíz; pues si decimos que la crisis es una crisis teórica, ¿cómo es posible que afirmemos simultáneamente que estamos atravesando un momento de excepcional creatividad del pensamiento marxista?

Para resolver el problema es preciso volver a la vieja cuestión de las relaciones entre teoría y práctica en el marxismo. En cuanto pretende ofrecer (elaborar) un conocimiento científico de la realidad social, el marxismo no puede ser sino una teoría. Pero en la medida en que pretende servir de base a un proyecto político (el socialismo), el marxismo no puede dejar de tratar de convertirse en una ideología, o, más precisamente, en una visión del mundo, en una *Weltanschauung*. Pues lo que mueve a los hombres a actuar no es una teoría abstracta, sino un sistema de representaciones en base al cual los hombres interpretan lo actual y conciben lo posible.



Aclaremos esto volviendo a otro lugar común. La vitalidad del marxismo sólo puede probarse, ha dicho Colletti, a través de obras como *El imperialismo* de Lenin. Pues bien, el valor del folleto de Lenin no residía en su valor teórico: Barratt Brown, en su obra clásica *After imperialism*, señala que el texto de Lenin mezcla en un mosaico elementos de los desarrollos económicos alemán, francés, inglés y norteamericano. No es el resultado de un análisis de tendencias generales del capitalismo, sino un rompecabezas organizado a partir de elementos dispares y teóricamente incoherentes.

El valor de la obra de Lenin se encuentra entonces en otra parte: en el cuadro que muestra un capitalismo agonizante, corrupto y parasitario, que sólo puede ofrecer a la humanidad la guerra y la barbarie. Ese cuadro (en aquel momento falso, al menos en términos científicos) daría el punto de referencia en torno al que se movilizarían millares de hombres, se crearían solidaridades heroicas y se emprenderían luchas y sacrificios inmensos.

No se trata, por cierto, de defender el error teórico por su capacidad movilizadora, sino de recordar que para los marxistas (o, mejor, para quienes luchan por el socialismo) la teoría debe ser, además de verdadera, capaz de ofrecer imágenes de nuestro presente y de nuestro posible futuro, imágenes movilizadoras. Bien cierto que una buena estrategia socialista sólo podrá elaborarse a partir de análisis correctos (y nada lo demuestra mejor, a contrario, que la historia de la III Internacional), pero es preciso, además, concitar una voluntad de esfuerzo y de solidaridad sin la cual no será posible ningún avance hacia el socialismo.

Aquí es donde se pone de relieve el dramatismo de la actual crisis del marxismo: no en la crisis de la militancia (lo que estamos viendo es la crisis de una forma alienada de militancia), sino en la pérdida de la potencialidad movilizadora del pensamiento marxista, en su incapacidad para ofrecer visiones verosímiles (y deseables) del futuro, en su impotencia, en suma, para ofrecer alternativas a la visión del mundo que ha legitimado la dominación del capital durante la expansión de la posguerra. Pero esta impotencia supone una tragedia social: las fuerzas sociales progresivas, las que están ya objetivamente interesadas en la edificación de un nuevo modo de producir y de vivir, carecen de un modelo alternativo, no poseen una imagen del futuro deseable, del socialismo posible. El precio de la lucidez, de la conciencia del fracaso del "socialismo real", ha sido el paso general a la defensiva de las clases ascendentes y de sus representantes políticos. Precisamente en el momento en que el capital atraviesa la más grave crisis de su historia, el campo ha quedado libre. Frente a la insolente ofensiva del capital, que ante el fracaso de las políticas keynesianas no duda en enarbolar la bandera del capitalismo manchesteriano (apenas disfrazado de monetarismo), la izquierda no posee una imagen del mundo alternativo, no tiene, en suma, las armas precisas para una contraofensiva ideológica.

En un excelente artículo ("Hacia una teoría del nacionalismo", *El Viejo Topo*, febrero de 1979) Pablo Ródenas ha mostrado el punto más débil de nuestro anterior artículo. En efecto, si decimos que lo que aparece superficialmente como una crisis del marxismo es, en realidad, una revolución teórica, debemos suponer automáticamente la existencia de un nuevo paradigma, alternativo al que ha entrado en crisis, y capaz de dar respuesta a los problemas que éste (el viejo paradigma) no permitía plantear correctamente. Y este es precisamente el núcleo de la actual crisis del marxismo: la inexistencia explícita de un nuevo paradigma.

Así, cuando en nuestro anterior artículo habíamos hablado de "nuevos paradigmas" y de "revolución teórica", no cabía tomar las palabras literalmente, en acto, sino que se debía interpretar que la actual crisis del marxismo abría el camino para una revolución teórica, y que los elementos precisos para la construcción de un nuevo paradigma estaban ya presentes, de forma inconexa y pfeconsciente, en los nuevos desarrollos de la teoría marxista que tan apresuradamente esbozábamos. Lo que intentábamos expresar (en un breve atisbo de precisión conceptual) al decir que estos nuevos desarrollos teóricos ofrecían o *apuntaban la posibilidad* de nuevos paradigmas.

De un nuevo paradigma, habríamos debido decir, pues lo que se trata es de un paradigma de transición al socialismo. Lo que en su momento fue la revolución de Octubre, cuyo



mito, al derrumbarse, ha dejado un vacío que las experiencias china o cubana no han podido colmar. Es este (inexistente) nuevo paradigma de transición al socialismo lo que constituye la clave de la actual crisis del marxismo, y sólo su elaboración permitirá a la izquierda recuperar la iniciativa en el terreno ideológico. Y tampoco serviría de nada que intentáramos enmascarar la inexistencia de este paradigma por el procedimiento de recurrir a una nueva retórica. Joaquim Semperé ha subrayado cómo hablar de guerra de posiciones no supone que poseamos un modelo estratégico alternativo al tradicional, ahora identificado como guerra de movimientos ("Eurocomunismo, guerra de posiciones y alternativa de sociedad". *Nuestra Bandera*, 97 enero de 1979).

Esto nos lleva al punto central de este artículo: la necesidad de elaborar este nuevo paradigma. Nuestra idea es que, si bien existen desarrollos teóricos que contienen potencialmente los elementos precisos para la elaboración de un nuevo paradigma, tales elementos son insuficientemente conocidos entre nosotros. De otra forma: el marxismo español es un marxismo subdesarrollado, excesivamente atado por una parte a la tradición clásica —y en especial a una retórica supuestamente leninista— y muy influido, por otra parte, por las modas culturales francesas e italianas.

Ahora bien, si el marxismo italiano cumple al menos la función de proporcionar elementos filológicos para la reconstrucción del pensamiento histórico de la izquierda, mostrando en este terreno una indudable validez, lo cierto es que el marxismo francés parece haber llegado a un *cul de sac*, en el que los recursos retóricos, siempre notables entre los intelectuales del país vecino, no pueden ocultar ya una absoluta incapacidad de renovación teórica. Hay excepciones, por descontado: véanse las obras de André Granou (*La bourgeoisie financière au pouvoir*) y Michel Aglietta (*Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979), o la notable capacidad de renovación de Charles Bettelheim (la impresionante lucidez de su entrevista en *Transición*, enero de 1979). Pero la tendencia general del marxismo francés es una tendencia al estancamiento teórico, un estancamiento, eso sí, que coincide con un relanzamiento bastante encomiable de la intervención política de los intelectuales marxistas. Véase como ejemplo la transformación de la línea editorial de la revista *Dialectiques*.

Pero en términos generales el marxismo francés es más un obstáculo que una ayuda para el desarrollo de nuestro pensamiento de izquierda. Y no digamos ya nada de la influencia de la moda Castoriadis, de la incansable manipulación de un Foucault nunca comprendido, o de la regular importación de los últimos filosofitos franceses, siguiendo los plazos de su lanzamiento por la ingeniosa industria cultural de aquel país.

En cuanto al marxismo italiano, cabe sospechar que, con un número muy reducido de excepciones por lo demás mal conocidas (Giovanni Arrighi, Biagio de Giovanni, Valentino Geratana, Massimo Salvadori), la mayor parte de los autores italianos se han convertido (previsiblemente en contra de sus deseos) en coartadas ideológicas de las diferentes líneas de la izquierda española. Su obra ha adquirido un carácter



simbólico a expensas de no ser conocida en su contenido real. Un último caso sería el de autores inclasificables como Timpanaro, pero la posibilidad de que ejerzan una influencia duradera en nuestro país parece escasa.

Así, la necesidad de dar a conocer en España los nuevos desarrollos del marxismo es hoy, quizá, mayor que nunca. Esto supone la necesidad de una nueva política editorial, que traduzca a los autores franceses o italianos realmente renovadores, prescindiendo de las efímeras estrellas del momento (a las cuales no les faltarán, en ningún caso, los canales precisos para darse a conocer: la banalidad suele tener éxito). Y supone, también, abrir el pensamiento español a las corrientes más renovadoras del marxismo actual, corrientes que han surgido, paradójicamente, en dos países en los que la izquierda muestra un tremendo retraso organizativo: Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Este renacimiento del marxismo anglosajón puede parecer paradójico, pero no es casual. Es el fruto de la emergencia de la nueva izquierda estudiantil en los años 60. Esta nueva izquierda se ha transformado ahora en una generación de universitarios marxistas, no condicionados por el peso de partidos comunistas fuertes, y por tanto excepcionalmente abiertos teórica y políticamente. En su artículo "Algunas reflexiones sobre la crisis del marxismo", *Zona Abierta*, 16, 1978, Fernando Claudín hace hincapié en el peligro de que se cree un divorcio entre los progresos actuales de la investigación marxista y los protagonistas principales de la lucha práctica, divorcio que podría conducir a la conversión del marxismo en un saber académico sin incidencia real. Este es un peligro cierto, pero conviene tener en cuenta que si el marxismo se convierte en un saber académico deja automáticamente de experimentar un desarrollo creativo.

La cuestión es que los lazos entre el marxismo como teoría y el marxismo como práctica política no tienen por qué establecerse necesariamente a través de las personalidades dirigentes de los grandes partidos de izquierda. La experiencia histórica puede ser, en este sentido, más bien engañosa. En vez de esperar la emergencia de grandes personalidades, capaces de destacar a la vez en la teoría y en la práctica política, ¿no deberíamos apostar por la creación de órganos teóricos que permitieran la difusión, en el seno del movimiento, de los nuevos desarrollos teóricos?

Es decir: quizá no tiene sentido seguir viendo en los partidos de izquierda, conforme a la óptica leninista, a los grandes *creadores* de teoría. Puede suceder que esa teoría se cree fuera de ellos, y que el problema sea crear canales para la difusión de esas nuevas ideas dentro de los partidos. Con lo que se cerraría el círculo de paradojas: el partido no sería ya quien llevaría a la clase obrera, desde fuera, la conciencia de clase y la teoría revolucionaria. Por el contrario, las mismas luchas con las que la clase tomara conciencia de sí provocarían en los intelectuales (situados en una posición de clase contradictoria; véanse los análisis de Erik Olin Wright) la elaboración de formulaciones teóricas revolucionarias (marxistas). Y de la convergencia de la conciencia de clase de los trabajadores y de las nuevas elaboraciones teóricas de los intelectuales surgirían los grandes partidos de izquier-



da y su armamento ideológico. Del partido sujeto de la historia pasaríamos al partido resultado de la historia, cristalización de la lucha de los trabajadores y de aquellos intelectuales que se convierten en sus aliados.

Esta formulación tiene una notable ventaja sobre la tradicional. A saber, coincide con la experiencia histórica, a diferencia de la desdichada idea leninista (kautskiana, en realidad), que querría imaginar a los intelectuales teorizando a priori las luchas obreras. Y tiene una segunda ventaja: deja a los diferentes protagonistas de la alianza por el socialismo en sus lugares respectivos, sin intentar convertir al intelectual en obrero de la cultura, o en Prometeo de la clase obrera. Y, por supuesto, sin eliminar la necesidad del compromiso socialista (práctico) del intelectual y del obrero.

Si este planteamiento es cierto, en vez de esperar la aparición de un nuevo Lenin, teórico y político, podemos, más modestamente, dedicarnos a crear y difundir nuevas elaboraciones teóricas que puedan contribuir a la construcción de un nuevo paradigma. Ahora bien, como es evidente, este nuevo paradigma sólo llegará a cristalizarse por la aparición de nuevos elementos políticos, de nuevas experiencias históricas. Es decir, podemos tener ya todos los elementos teóricos precisos para la emergencia del nuevo paradigma, pero éste sólo llegará a formarse en la medida en que una nueva experiencia histórica nos permita reordenar nuestro campo teórico.

¿Tiene sentido, desde esta perspectiva, emprender una contraofensiva ideológica en estos momentos? Creemos que sí. En primer lugar, atravesamos un momento de gran aceleración del tiempo histórico, lo que implica que el movimiento se encuentra de continuo ante experiencias históricamente nuevas, o de las que, al menos, existen pocos precedentes. (No puede ignorarse, por ejemplo, que la actual crisis de acumulación del capital se produce en un contexto original, radicalmente distinto, en términos políticos y económicos, del contexto de crisis anteriores.)

En segundo lugar, la situación española es peculiar. Políticamente, por descontado, pero también teórica e ideológicamente. Pues, como ya hemos apuntado, la mayor parte de los nuevos desarrollos del marxismo son apenas conocidos entre nosotros. La mayor parte de las revistas marxistas españolas han ido desplazándose progresivamente del campo teórico al más directamente político. Esto ha tenido algunos efectos beneficiosos, qué duda cabe, pero ha dejado también un vacío que debe ser colmado.

En este sentido, pensamos que, entre las revistas más políticas y las revistas culturales y de divulgación del pensamiento marxista actual, podría haber espacio también para una revista teórica de estudio. Si bien una revista de este tipo sería forzosamente minoritaria, no por ello tendría que ser elitista. Simplemente debería plantearse como respuesta a la necesidad de formar una nueva generación de intelectuales marxistas, suministrándoles de forma seria, rigurosa y actualizada, los nuevos elementos de la investigación marxista actual. Si se acepta la necesidad de una contraofensiva ideológica, ésta será una posibilidad entre otras que se deberá explotar.

La violencia en Argentina: 1969-1976

Sergio Bufano

(Primera parte)

El presente artículo se propone analizar desde una perspectiva crítica el proceso de violencia iniciado en 1969, con la manifestación pública de las primeras acciones armadas, hasta fines de 1976, fecha indicadora de la culminación de una derrota que comenzó en enero de ese año, esto es pocos meses antes del golpe militar del 24 de marzo. El propósito es dar los primeros pasos de aproximación a un trabajo evaluativo mucho más riguroso que aún aguarda el campo popular, no satisfecho con las voces triunfalistas ni con confesiones culpables. Intencionalmente se soslayarán los movimientos de violencia de masas y se centrará la atención en la violencia organizada, entendiéndose como tal el accionar de una fuerza social determinada que concentró su esfuerzo en la lucha armada como estrategia de poder y en la guerra de guerrillas como expresión particular de aquella. Y si bien es cierto que ambos tipos de violencia están íntimamente vinculados entre sí, lo que nos interesa es determinar la propia dimensión que adquirió la lucha armada organizada como propuesta política para la sociedad civil, la corrección o incorrección de su praxis, la influencia efectiva que alcanzó sobre las masas y las posibles causas de la derrota.

Aunque 1969 es el mojón de partida del proceso que analizaremos, en este primer artículo recordaremos brevemente los antecedentes históricos de las formaciones políticas surgidas en los inicios de la década del sesenta. Fueron esas expresiones las que realizaron un tránsito rápido desde el más acendrado reformismo de sus troncos originarios (Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Radical) hasta llegar al uso de las armas como estrategia de poder.

Del Partido Comunista se desprenderán fuerzas como Vanguardia Comunista y Vanguardia Revolucionaria; del Partido Socialista surgirán el Partido Socialista de Vanguardia, el Partido de Vanguardia Popular y el Partido Socialista de la Izquierda Nacional; del Partido Radical se fraccionará el Movimiento de Liberación Nacional. A ellas habrá que sumarle expresiones que parten del trotskismo argentino, tales como Palabra Obrera y en menor medida Praxis, o aquellas que desde el peronismo se encuentran en tránsito hacia el marxismo, como el Movimiento Revolucionario Peronista.

Este espectro político, en el que existen diversidad de formulaciones y metodologías contrapuestas, posee no obstante ciertas particularidades comunes que la llevan a ocupar un espacio que será denominado como "izquierda socialista" o "nueva izquierda", con el aditamento —en algunos casos—, de "nacional" en contraposición con el traslado mecánico de experiencias europeas que caracteriza al Partido Comunista y, simultáneamente, con la reinterpretación política y social del fenómeno peronista.

Esas particularidades comunes mencionadas se manifiestan, en primer lugar, en la definición del carácter socialista de la revolución, sin mediaciones democrático-burguesas, formulación esta que ubica a la Argentina como un país capitalista dependiente y desecha la teoría de los residuos feudales pregonada por el PC. El otro concepto compartido es el de la inevitabilidad de la violencia como método para el acceso al poder, en franca oposición a la conquista paulatina, pacífica y democrática del estado burgués. Se trata de proyectos que rompen con el reformismo, con el estatismo stalinista, y que fundamentalmente reinterpretan —como ya dijimos—, la actuación que le cupo a la izquierda desde 1943 en adelante.

La base social de estas formaciones es universitaria aunque varias de ellas, si no todas, tratan de establecer a través de la teoría la instrumentación política de la relación vanguardia-masas. Pero en tanto los frentes de lucha objetivos, reales, surgen de ese estamento social, el grueso de las fuerzas es volcado en la actividad universitaria, la disputa de centros estudiantiles o la dirección de sindicatos no proletarios. Es por lo tanto una izquierda aislada de la clase obrera

y de su crecimiento en las experiencias de lucha, es ajena de sus organismos naturales y hasta podríamos afirmar que existe una suerte de antagonismo producido por la conciencia real de la clase, expresada en el peronismo, y los contenidos cualitativos de las consignas que esas organizaciones proponen. Ambos sectores sociales caminan por senderos paralelos y sus puntos de contacto son escasos y esporádicos.

La violencia que existe en ese período es la que aplica el Estado sobre las organizaciones populares; represión a los bancarios, asesinato de obreros en Plaza Once, secuestro y muerte de Vallese, represión a la huelga portuaria, etc. No hay —ni puede haberla—, una respuesta del campo popular puesto que no se discute —en la práctica política, cotidiana—, que es el estado el que se reservará el derecho al uso de la fuerza. En la lectura de las propuestas de aquella nueva izquierda podemos advertir la carencia de una mediación política para que las consignas de "organización y lucha" dejen de ser meras abstracciones, muy justas en su contenido pero sin canales orgánicos para su ejercicio efectivo. La protesta contra la injusticia, contra la violencia policial, contra la carestía no trasciende el marco defensivo y declamatorio de una izquierda incapaz de expresar un programa y una organización que fueran resultado de una comprensión política del desarrollo de la lucha de clases. A la violencia del estado se respondía con la denuncia del carácter represivo de la burguesía como método de concientización del proletariado. Pero éste que desde 1955 había sido sistemáticamente proscripto y reprimido, ya estaba "concientizado" en ese aspecto. Lo que necesitaba entonces no era la lectura de sus propias vicisitudes sino un referente orgánico que le permitiera construir, en política, una herramienta que defendiera sus intereses de clase.

La violencia es asumida como proyecto estratégico para el acceso del pueblo al poder; ése es, precisamente, uno de los saltos cualitativos de estas nuevas formaciones políticas con respecto al reformismo de sus troncos originarios. Pero la estrategia es concebida como la culminación de un largo proceso de sucesivos pasos tácticos en los cuales las masas madurarán paulatinamente su conciencia revolucionaria de clase. Las propuestas de armamento popular, de lucha armada, de construcción del ejército proletario pasan a integrar el conjunto de tareas que deberán ser asumidas cuando la agudización de las contradicciones sociales desembogue en su punto culminante, en la situación revolucionaria de guerra civil y derrumbamiento del Estado capitalista. Esta formulación teórica, abstracta, no puede ser verificable en la práctica política porque está desvinculada de ella, no existe mediación alguna entre el pensamiento revolucionario y el ejercicio efectivo de ese pensamiento.

No cabe duda de que se parte de una verdad inobjetable: la actividad militar estará subordinada a la política. Pero en tanto no hay métodos de constatación de la primera, la discusión del armamento popular y la lucha armada permanece en estado latente, postergada hasta que se produzca esa maduración revolucionaria espontánea que indicará que ha llegado la hora de las armas.

Esta concepción de la estrategia, basada en el momento puntual del asalto al poder, olvidaba el rol del sujeto revolucionario para relegarlo a una especie de retaguardia de las masas.

No obstante, aunque "estratégicamente", la violencia ha sido incorporada a las organizaciones mencionadas. Se inician cursos de autodefensa, tiro, relevamiento de puntos neurálgicos de la ciudad e incluso en algunos casos se realizan entrenamientos militares rigurosos. Pero esto produce, poco después, un desequilibrio que se traducirá en una contradicción insalvable que culminará en fracturas.

Es que la concepción de la violencia para aquellas formaciones se limita a la autodefensa partidaria y es por lo tanto ajena a la política real y a las necesidades de las masas. La actividad "militar" no se integra al desarrollo de la

lucha de clases porque se reduce al limitado ámbito de aquella izquierda: enfrentamientos con el Sindicato de Derecho, con Tacuara, con el Movimiento Nueva Argentina. ¿Qué es lo que se disputa? Un centro universitario, la librería de alguna facultad o el derecho a repartir volantes durante los actos masivos del 17 de Octubre y el 1 de Mayo.

La violencia, como instrumento de formación política y militar de las masas, aún es ajena a ellas.

Los intentos foquistas

Algunos de los cuadros formados durante el proceso mencionado caerán en Salta en 1965 durante la experiencia foquista del EGP. Alentados por el triunfo de la revolución cubana y por los movimientos guerrilleros latinoamericanos, los militantes intentarán implantar un foco rural que pueda actuar unificado con aquellos, tanto en el aspecto político como en el militar. A miles de kilómetros de los centros industriales, aislados totalmente, serán ubicados y derrotados en pocas semanas y con la sola intervención de la gendarmería.

Pocos años más tarde, en 1968, se intentará repetir la experiencia en Taco Ralo; pero nuevamente la realidad demostrará que el tránsito hacia la revolución no pasa por el voluntarismo heroico de un grupo de militantes. Mientras en el país maduran las condiciones objetivas que desembocarán en el cordobazo un año más tarde, el foco tucumano es apresado antes de entrar en acción. La clase obrera observa ese proyecto con una mezcla de curiosidad e indiferencia que no deja lugar a dudas acerca de la escisión existente entre la formación social que se propone como sujeto histórico y el movimiento obrero.

Estas dos experiencias en Argentina forman parte del influjo de la revolución cubana en la mayoría de los países de Latinoamérica. Tratando de crear una teoría general alrededor de lo que fue un proceso singular, Regis Debray resume el proyecto foquista en una frase que muestra su esencia política: "En su acción como en su organización, la guerrilla es independiente de la población civil [...]"

Bajo este esquema y con una estrategia de poder que estaba encandilada por la revolución triunfante, se efectuaron numerosos intentos que abarcaron toda la década del sesenta: FAR en Guatemala, FALN en Venezuela, ELN y EPL en Colombia, ELN en Bolivia, más las luchas de De la Puente Uceda en Perú y el grupo chinoista en Ecuador. En todos los casos el discurso es el mismo; se trata de un foco que actuará como "detonante" de las luchas sociales y que servirá de ejemplo para las masas. El objetivo principal será "la destrucción del potencial militar enemigo" y para ello deberá respetar las reglas técnicas de este tipo de lucha: movilidad, agilidad y desconfianza constante. El bloque de poder dominante será el enemigo y no habrá distinción alguna entre los distintos sectores políticos y económicos que componen ese bloque de poder. Un ejemplo de esto es que el EGP argentino inicia sus operaciones militares cuando es presidente Arturo Illia y el carácter parlamentario y democrático del régimen no dejan lugar a dudas.

Rápidamente y con lujo de violencia por parte de los ejércitos esos proyectos irán fracasando o quedarán, como en el caso de Colombia, completamente aislados de las luchas sociales. La culminación de ese reflujo será la muerte de Guevara en Bolivia, el giro de Cuba en sus propuestas hacia el continente y el cuestionamiento de las tesis de Debray.

Para los revolucionarios argentinos la derrota de ese proyecto tiene un doble significado. Luego de haber transitado por una izquierda reformista que se mimetizaba a tal punto con la superestructura política dominante que perdía su propia identidad, luego de haber creado una nueva izquierda socialista que, por el contrario, cuestionaba en términos reales —aunque teóricos—, el poder del Estado burgués, pero que no lograba ocultar su inoperancia ante las necesidades de las masas y luego, finalmente, de comprobar el estrepitoso fracaso de las armas cuando éstas se aíslan de las luchas populares o desconocen el grado de madurez de las contradicciones sociales, los revolucionarios argentinos ingresan en un nuevo período que estará signado por dos cambios respecto de la etapa anterior. La necesidad de asumir la violencia como factor integrante de una táctica política, sin

posponerla a futuras y abstractas maduraciones de conciencia, y la necesidad de que la vanguardia sea protagonista en las luchas sociales de las masas a través del cuestionamiento, en la acción, de la estructura de poder dominante.

Esas dos premisas significaron, aun vistas desde una perspectiva actual, un salto cualitativo de importancia para el movimiento popular. Posteriormente se discutirá si fueron suficientes para interpretar y participar en el agudo proceso social y político que se estaba gestando en el país. Pero es innegable que existe una ruptura que posee una modalidad superior que permitirá a la vanguardia jugar un papel protagónico en el proceso que se ha iniciado.

La influencia externa

En la gestación de ese nuevo término de lucha de la vanguardia no fue ajena la influencia ejercida por dos experiencias realizadas en Brasil y en Uruguay. Bajo condiciones diametralmente opuestas —feroz dictadura en el primero y singular democracia en el segundo—, surgen organizaciones guerrilleras con proyectos políticos similares: liberación nacional, antiperuismo, justicia social, reforma agraria, etc. En ambos casos la lucha se reduce a una demostración de capacidad e ingenio militar sobre las fuerzas represivas del estado. Las condiciones de Brasil imponen al grupo de Lamarca o al ALN de Marighella un enfrentamiento más sangriento que irá menguando, paulatinamente, la capacidad contestataria de los guerrilleros. En el caso de los Tupamaros, en cambio, el éxito los acompañará durante varios años y los convertirá en el centro de atención de toda la vanguardia latinoamericana.

La propuesta de Marighella es básicamente militarista: "Lo que nos hizo crecer fue la acción, única y exclusivamente la acción revolucionaria. Basados en el principio de que la acción hace la vanguardia, en realidad nos lanzamos a las acciones de la guerrilla urbana".¹ No excluye las "acciones de masas...", pero todo su proyecto se funda en "la potencia de fuego" y en los "hombres armados [...]" (alrededor de los cuales) "[...] la masa se aglutina, construye su unidad y marcha hacia la toma del poder".

El desdén por la práctica política y la teoría revolucionaria llega a límites sin antecedentes

históricos: "Nuestra función principal no es hacer reuniones sino desencadenar la acción [...]"

Tupamaros, en cambio, no basará en el poder de fuego su intento por lograr la adhesión de las masas; recurrirá a la acción ejemplificadora, a la ausencia de enfrentamientos, a la simpática de sus comunicados. Se trata de despertar la admiración de las masas mediante un romanticismo que no ofenda a la burguesía media y que ridiculice, simultáneamente, a las fuerzas represivas. El proyecto se basa en la creación de un doble poder militar que le conferirá, por lo tanto, capacidad política. Para ello habrá que crear una infraestructura logística que penetre toda la sociedad civil y las propias fuerzas enemigas. Posteriormente, como consecuencia de ese proceso, vendrá la acción política; pero para ese entonces existirá un aparato de tal envergadura que garantizará la hegemonía de las fuerzas populares.

Con el aislamiento y derrota de Lamarca y Marighella, quedará en manos de Tupamaros la demostración empírica de que es posible el hostigamiento y desgaste militar de los organismos represivos del Estado, sin que ello signifique la propia muerte. Pero la realidad señala que existe una relación directa entre la naturaleza de la organización y la democracia uruguaya. Cuando esta última culmina y el poder político pasa a manos del ejército, con la consiguiente declaración de "guerra total", Tupamaros será penetrado por una profunda cuña represiva que desbaratará toda su infraestructura, suprimirá al conjunto de la dirección político-militar y culminará con la muerte y el exilio del grueso de sus fuerzas.

La influencia que ejercieron estas dos experiencias en las organizaciones revolucionarias argentinas fueron más bien de orden técnico-militar antes que político. De los escasos escritos de aquellas se extrajeron los métodos de lucha urbana, los sistemas de compartimentación interna, el tipo de entrenamiento militar, en fin, todas las modalidades propias dirigidas a la conservación, sostenimiento y desarrollo de las organizaciones guerrilleras. Pero el aspecto político intrínseco en esos "manuales" estaba muy por debajo de la experiencia adquirida por los cuadros revolucionarios, formados en la ya mencionada escuela de la nueva izquierda argentina.

La polémica interna en los grupos armados

que están en proceso de formación trasciende la discusión sobre la metodología de la lucha militar. Su problemática está inserta en un marco mucho más amplio y dirigida a solucionar —por medio de la praxis—, la relación vanguardia-masas, y los métodos de lucha que debe darse el proletariado industrial, ceñido hasta ese momento al exclusivo plano reivindicativo; cuál será la línea de masas a seguir y cuál la estrategia, ya sea de guerra prolongada o insurrección popular. Dictadura del proletariado o gobierno obrero y popular forman parte de esa polémica que tiene raíces muy profundas en la militancia argentina.

Ninguna de las organizaciones proponía la lucha armada como un eje en sí mismo, sino que sustentaba la violencia organizada de masas, ya fuera a través de un frente de liberación o de un partido proletario. Desdiciendo la propuesta de más acción y menos reuniones, los grupos armados que nacen a fines de la década del sesenta lo hacen con un bagaje político y teórico que es producto de la riqueza acumulada durante largos años de trabajo. La diferencia radical consiste en que a partir de ese momento el proyecto revolucionario y todo lo que ello implica —partido o movimiento, relación vanguardia-masas, estrategia de poder—, se verificará en la acción política y militar y no en la mera abstracción del laboratorio. Ya no se trata de que el proletariado asuma gradualmente los niveles de violencia que el propio proceso, objetivamente, le irá señalando. Ahora se intenta actuar como sujeto histórico que inserto en la lucha de clases sea capaz de modificar la correlación de fuerzas de las masas respecto del estado.

En todos los casos, esa propuesta tiene un carácter estratégico y deja de lado aventurerismos púchistas o enfrentamientos de aparatos.

En el próximo artículo se analizará el grado de corrección de tales proyectos; pero lo que nos interesa destacar es que el foquismo, como germen aislado que se reproduce espontáneamente, que basa toda su política en el poder de fuego y en el espontaneísmo de las masas, había sido superado teórica y empíricamente por el conjunto de la izquierda argentina en el momento de iniciarse las primeras operaciones armadas.

1 Regis Debray, Ensayos sobre América Latina, México, ERA, 1976.

2 Carlos Marighella, La guerra revolucionaria, México, Diógenes, 1979.



EL JUGLAR

LIBROS
PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915
TEL. 548-26-97
DISCOS
MEXICO 20, D. F.

SOLAMENTE LIBROS PARA LEER secciones

méxico
américa latina
marxismo
historia
antropología

feminismo
lingüística
literatura
teatro
sociología

educación
psicología
economía
poesía
comunicación

FOCOS Y VANGUARDIAS

Los marxismos que supimos conseguir

Rubén Sergio Caletti

(Primera parte)

La guerrilla tuvo un desarrollo peculiar en la Argentina. En el hiato histórico que va de Cuba a Nicaragua, alcanzó una presencia más extendida en el tiempo que en cualquier otro país sudamericano a excepción de Colombia. Pero a diferencia del caso colombiano, la guerrilla argentina no conoció una continuidad destacable ni en sus organizaciones ni en su línea de acción, sino que —junto a esa permanencia en el tiempo— puso en juego una variedad singular de iniciativas y de modelos en torno a la lucha armada. Participó lateralmente, con los Uturuncos, en la etapa primitiva de la guerrilla continental. Con el *EGP*, en la oleada estrictamente guevarista. Ensayó el foco rural y el urbano, a Debray y a Marighella, emuló a los Tupamaros, anticipó rasgos del sandinismo, se planteó la insurrección y la guerra prolongada, el ejército popular y el ejército regular, el movimiento de liberación y el partido, los territorios liberados y la ocupación del estado. Y fue, como en Cuba y en Nicaragua, aunque con otra suerte, el camino por el que más desarrollo alcanzaron las llamadas vanguardias revolucionarias.

Pero, por sobre todo, como en una época sucedió en Venezuela, la guerrilla comprometió en y con su desarrollo a toda la izquierda del país, a la que compartía sus métodos y a la que los criticaba, y signó, con sus éxitos y sus fracasos, a una entera generación militante. A diferencia de lo acontecido en otros lugares del continente donde los ensayos guerrilleros terminaron también en el fracaso, no existió en Argentina ninguna organización alternativa, ningún desarrollo político e ideológico paralelo que se ofreciera para recibir en sus marcos a los sobrevivientes, a los desilusionados o, simplemente, a las simpatías vacantes. Así, y como nuevo símbolo de este compromiso *de facto*, el vanguardismo guerrillero (y en particular Montoneros, su expresión más importante, más audaz y más estrepitosa) arrastró también en su derrota, casi íntegramente, al conjunto del activismo radicalizado del país.

No importa cuán minoritarias hayan sido estas o aquellas organizaciones guerrilleras, estas o aquellas vanguardias armadas. Lejos de cualquier simplificación del tipo “representatividad”, la ligazón objetiva que se advierte entre estas vanguardias y el resto de la izquierda denota que la guerrilla supo condensar ciertos datos esenciales del pensamiento de amplios sectores militantes de muy diferentes orígenes.

No olvidamos que numerosos grupos, sectores y organizaciones mantuvieron posiciones de duro enfrentamiento ideológico con la lucha armada. Pero, en realidad, ninguna de estas voces disconformes, ninguna de estas vanguardias *desarmadas* pudo desmontar las hondas implicaciones de la concepción foquista porque compartían con ella, ignorada o conscientemente, algunos de sus rasgos básicos. Y la penetración efectiva que el foquismo alcanzó en grupos de muy distinta filiación original se explica sólo como corporización de subyacencias ideológicas y de presupuestos en común que ya latían en el conjunto. El impacto que la derrota final de las vanguardias armadas tuvo en este universo de sectores puede legítimamente atribuirse, más allá de la represión, al hecho de sentirse también víctimas de una derrota política profunda: la de una concepción general del país y de sus luchas que se mostró insuficiente y de la que eran también coautores sociales.

Hoy, a por lo menos tres años del más serio desastre sufrido por la guerrilla argentina (el virtual aniquilamiento de Montoneros), existe un amplio consenso acerca de los errores específicos cometidos. Y, sin embargo, ni este consenso ni la conciencia que implica parecen suficientes para quebrar el bloqueo intelectual de los me-

dios progresistas (aun aquellos con la libertad de palabra que da el exilio) respecto a la experiencia de estos últimos años y a esa derrota que, habiendo o no protagonizado, dejó un tendal de heridos ideológicos.

Este tipo de enfoque que hasta aquí se plantea supone ciertos criterios de análisis y apunta a algunas hipótesis que explicitamos inmediatamente.

Los criterios previos:

1] El debate sobre las matrices ideológicas del foquismo en la Argentina se autoesteriliza si no se inserta en el debate sobre el contexto que las forjó. En este sentido, descartamos ahora dos caminos de análisis matricial. Uno, el de la investigación infinita sobre las componentes ideológicas propias de cada agrupación guerrillera, lo que podría hacer luz sobre los problemas del presente sólo de manera complementaria. Otro, el de bucear una suerte de gran matriz común que explique en un solo acto al ERP y a Montoneros, FAP, FAR, Descamisados, FAL, CPL, GEL, BRPO, a cada una de sus fracciones y columnas, a sus antecedentes diferenciados y comunes, para descubrir, en el mismo único acto, el grado de incidencia que tuvieron en todas estas expresiones ya sea el pensamiento socialcristiano o el maoísmo, el antiliberalismo y la desilusión de los marcos jurídicos burgueses, los opúsculos debrayistas, el insurreccionalismo peronista o las obras de Giap. Por cierto, la ensalada ideológica fue una característica de la guerrilla argentina sobre todo en algunas de sus organizaciones, pero racionalizar esta ensalada transformándola en un sistema aparente de conceptos encierra el peligro de convertirla en una idea hegeliana puesta a caminar en la historia o, más aburrido, en un rompecabezas estructuralista que poco explica.

2] Nos proponemos, en todo caso, un aporte más limitado. Abandonar por un momento la discusión sobre las famosas “desviaciones” personalizadas en una u otra organización, y sobre las influencias que las explicarían en cada caso, para avanzar hacia el análisis de algunos elementos de tipo matricial que se convirtieron en *condiciones ideológicas de posibilidad* del fenómeno vanguardista tal como se verificó en el país.

3] Suponemos también que estas condiciones de posibilidad —requisito no material de las dimensiones alcanzadas por la guerrilla en esta década del país— forman parte orgánica del *magma ideológico* de la izquierda argentina radicalizada, un enjambre parecido, quizás, al de otros países latinoamericanos. Y suponemos que es en este magma donde deben sondearse algunos de los elementos fundantes del foquismo.

4] La comprensión crítica de esta zona de lo ideológico de la militancia argentina está en la base de una superación efectiva de la derrota popular padecida (la guerrilla no fue la única derrotada). Si existe consenso sobre los errores del foquismo, los presupuestos de estos errores están en pie y, a menos que se sumerja en ellos las herramientas de la crítica, necesitarán sólo de tiempo para preparar el camino a derrotas análogas.

Las hipótesis tentativas:

a] El parentesco del foquismo con el resto de la izquierda radical, como ya se insinuó, tiene un solo y gigantesco punto de ruptura: el controvertido método de la lucha armada. Por lo demás, este parentesco es tan amplio que permite, en más de un caso, conceptualizar a organizaciones radicales no guerrilleras como *focos desarmados*.

b] En los focos armados y en los desarmados y, en general, en el proceso ideológico de la izquierda radicalizada argentina, destaca un elemento que nos interesa especialmente y que la guerrilla recogió de manera plena: la reconversión del marxismo en *filosofía idealista*.

c] Esta tergiversación profunda desde el punto de vista teórico aparece a veces de modo directo, a veces con el rostro, nitidamente ideológico y fuera del proceso consciente de sus actores, de la anulación de lo político como plano específico de las relaciones sociales y de la práctica transformadora.

d] Pero si en parte esta inversión del marxismo es producto de un proceso histórico concreto, en parte lo es también de un proceso teórico con vértice en Lenin. Esa suerte de indigestión marxista a través de cierto leninismo que caracterizó tradicionalmente a nuestras izquierdas radicalizadas resulta ser uno de los aspectos ideológicos centrales en el desarrollo del foquismo, con armas o sin ellas.

El marxismo militante (y la Academia de Ciencias de Moscú) ha hecho con Lenin lo que con otros clásicos: instituyó como verdades universales, luego exacerbadas, lo que no podía entenderse sino en el marco de procesos históricos determinados para, eventualmente en esos marcos, validarse o rebatirse. Es lo que sucedió con sus conceptualizaciones sobre el partido y sobre el estado, ambas decisivas en la práctica desarrollada por nuestras izquierdas. Si bien es cierto que ambos temas fueron puestos por Lenin en el mercado ampliado de la circulación ideológica —un mérito—, también es cierto que la popularización de sus esquemas respectivos ha servido en nuestros países para sancionar, desde el sacrosanto marxismo, algunas de las bases teóricas del ideal-marxismo.

Estado, aparatos y revolución

Dos líneas de interpretación maneja habitualmente el marxismo de nuestros países para explicar el fenómeno del estado partiendo de su definición clásica. Vale la pena recordarla rápidamente.

La primera de ellas se alimenta primordialmente de los textos políticos de Marx y de la voluminosa investigación histórica europea sobre la formación de los estados nacionales como aspecto de la transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista.

Según esta línea de interpretación, el estado —estado burgués— constituye el armado jurídico-institucional que *legitima, administra y preserva* el carácter dominante de una clase —la burguesía— sobre las demás, es decir sobre el conjunto de la sociedad, como expresión y punto culminante del poder social y económico alcanzado por esa misma clase en el campo de las relaciones sociales de producción.

El estado burgués organizará y defenderá los intereses de la dominación burguesa. Pero para atender a esta defensa debe cumplir en primer término con la misión de legitimarla ante el conjunto de la sociedad, ante el conjunto de las otras clases y sectores (también los explotados) cuyo concurso necesita para alcanzar su cometido. Recurre así su interés de clase bajo la apariencia de interés general de los hombres, y articula a los diferentes sectores sociales mediatizando sus contradicciones y fundiendo como encarnación de la nación por encima de sus clases. El cumplimiento de esta misión llevará al estado a asociar a su propia mecánica el enjambre de relaciones sociales y políticas interclase, a intrincarse íntimamente en la vida social de los distintos sectores reales, *politizando* esa vida social en los términos que le son propios.

El pensamiento de la izquierda radicalizada argentina parece haber optado, en general, por la segunda línea interpretativa, que yace en algunos textos de Engels y que retoma Lenin para consagrar en *El estado y la revolución*. El estado —autocrático zarista— expresión e instrumento de la clase dominante, resulta en esencia el aparato de *control, administración y represión* necesarios al proceso de extracción del plusvalor, apropiación y acumulación. Esta visión, que muchas veces se ha considerado complementaria de los apuntes clásicos de Marx, tiene en realidad a sustituir su significación. El estado aparece como una instancia *sobrepuesta* al conjunto de la sociedad y a sus sectores mayoritarios, *esencialmente ajena a ellos* y a las

expresiones de la vida social y política propias de la nación como cultura. Por su propio carácter plenamente clasista, el estado no mediatiza las relaciones sociales y políticas con y de los oprimidos, a los que excluye de toda participación sustantiva, convirtiéndolos en ciudadanos de segunda. Contrariamente a una mediatización, el estado parecería establecer un antagonismo con el cuerpo social de las clases explotadas, con su historia, su cultura y sus formas orgánicas primarias. Casi, un antagonismo con la nación.

Amén de tres décadas de estalinismo cuyas huellas aún no se han borrado, la difusión y el éxito de esta concepción en nuestros países puede lateralmente atribuirse a su fácil “aplicación” en los países coloniales del llamado tercer mundo, con los que las luchas de liberación latinoamericanas se han sentido considerablemente identificadas.

En efecto, en el modelo de estado colonial —como en el autocrático zarista de Lenin— la función mediadora tiende a cero y su estructura clasista se advierte precisamente por lo excluyente y no por lo inclusiva. La mediación es remplazada por la coerción, por las formas desnudas de la juridicidad de clase. El estado se revela como pura herramienta de dominación, ya no legítima sus intereses, simplemente *los legales*. Su carácter *político y politizador* se hace relativo, su asentamiento en una superestructura ideológica se torna inesencial en la medida en que la superestructura en la que emerge no es ni precisa ni necesariamente la de su base.

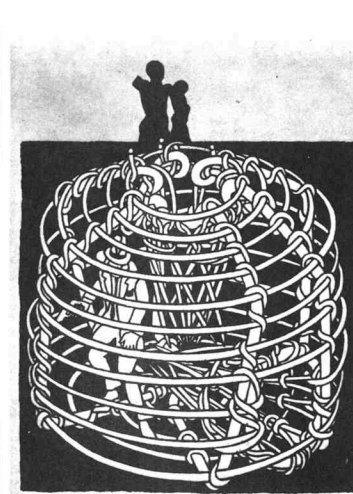
Las dos interpretaciones (la marxista europea clásica y la leninista/tercermundista) contienen innumerables límites teóricos ante la realidad de nuestros países en la misma medida en que la conformación de los estados en la región no responde totalmente a ninguno de los dos perfiles aquí resumidos. Pero la confrontación de ambas concepciones se hace pertinente en el marco de un debate sobre las estrategias políticas de la izquierda, en lo que se refiere a un aspecto central: el grado y las formas del *compromiso* del estado con la sociedad toda, es decir el desempeño concreto de la función mediatizadora frente a las *clases sociales* que antagonizan a la dominación establecida.

Si la adhesión lineal a la interpretación surgida del modelo europeo suele resolverse en las izquierdas argentinas a través de un marcado reformismo político (la búsqueda eterna de la “burguesía nacional” deadeveras, etc.), la aplicación mecánica de la concepción leninista es típica de las desviaciones ultraizquierdistas, es decir, de los vanguardismos que nos ocupan.

Un estado que supuestamente es aparato de control y represión, que instrumenta un poder casi físico al que deben subordinarse —en su exterioridad— las formas de la cohesión nacional es, en primer término, un estado estrecho, una estructura burocrática que poco tiene que ver con el enjambre político-institucional de la sociedad real. En esta visión que pugna por asimilar nuestros países al caso argelino o rhodesiano, los acontecimientos que efectivamente indican el proceso político transcurren *por abajo*, mientras que el estado, todo lo contrario a una síntesis, se presenta como un mastodonte irrepresentativo, no sólo ya de las clases populares sino hasta de las propias contradicciones del proceso de poder.

Esta línea supone que, como los pueblos de las naciones colonizadas, el nuestro enfrenta un ejército de ocupación. La noción de superestructura se modifica sustancialmente: no es ya parte —con sus propias leyes— de un proceso histórico-material en el que, como dominados o dominantes, todos han participado, sino simplemente lo que está *arriba*, o *por fuera* de lo real.

La contraposición *escinde la totalidad social* con resultados obviamente graves: la superestructura no se entiende en su significación, en su especificidad y universalidad, y el “país real” queda reducido a una pura potencialidad políticamente inerte a la que hay que construirle su propio “arriba”. Frente al ejército de ocupación, un ejército popular. Frente a la ocupación política del país por parte del enemigo, zonas liberadas. Frente a la autoridad de los gobiernos irrepresentativos, la autoridad de los dirigentes revolucionarios. Frente a las normas y sanciones inventadas y aplicadas por la burguesía, las normas y sanciones revolucionarias. Frente a la liturgia del sistema, la liturgia de la conciencia revolucionaria. Si el estado es un aparato, el problema de lo político se reduce a un problema de “aparatos”. Y si la ideología dominante



(pese a esta última palabra que se olvida) es un fascículo que el pueblo descrece, la batalla ideológica es un problema de propaganda.

Al cabo de un breve pero sangriento período de la historia argentina, el único que demostró ser, en último término, un mero aparato, fue el de la llamada vanguardia. Sus dirigentes despreciaron muchas veces las dimensiones de la hegemonía social construida en y desde el estado por las clases dominantes. Era lógico que, del mismo modo, no se preocupasen por la construcción de la propia hegemonía entre los sectores populares (hegemonía, no conquista de simpatías ni control de otros aparatos) y, menos aún, por la construcción de la hegemonía de las clases populares por sobre la sociedad política como totalidad. El ejército popular, las zonas liberadas, los dirigentes revolucionarios, las normas, sanciones, liturgia, aparatos y propaganda no lo eran, en verdad, y en el mejor sentido del término, más que de un grupo de sectas que luchaban, en todo caso, por dejar de serlo, pero creyendo excesivamente en el valor revelado de las propias decisiones enunciadas.

La totalidad de las partes

La escisión teórica que se opera sobre el concepto de *totalidad social*, tendiendo a identificar separadamente al estado con aparato y a la sociedad con nación, resulta uno de los elementos decisivos para forjar un discurso ideológico en el que la existencia de lo político quede anulada.

En el camino de esta escisión se entierra precisamente la conciencia de las vinculaciones íntimas que, en Argentina y otros países latinoamericanos, articulan la dominación en la sociedad real, que hacen a ésta participar en su propio drama, que quiebran cualquier ajenidad fundamental entre el esclavo y el amo. En otras palabras, se entierra la posibilidad de vislumbrar la estructura de dominación *también* en la capacidad mediatizadora del estado, en ese su ser político, aunque siga siendo sobre todo, y por lo mismo, el estado de la burguesía.

La lucha contra la dominación se convierte en un enfrentamiento con el estado mismo, un enfrentamiento no político, porque no se le disputa la hegemonía a sus instituciones (ni en ellas), pero se le cuestiona en cambio abstractamente (y las balas también pueden ser abstractas) su carácter burgués a partir de una conceptualización maniquea que se revierte en enfrentamiento (escisión) con el tramado institucional de la sociedad política y civil.

Distinto puede ser, quizás, el caso colonial en el que discurso y aparato burocrático opresores, delegados de la metrópoli, se contraponen efectivamente a una superestructura también oprimida, con puntos de partida preexistentes a la colonización. Pero en nuestros países, esta escisión de la totalidad social concreta, que existe sólo en la cabeza de quienes la conciben, abre paso a la voluntad del sujeto individual como única herramienta posible de reunificación, como único puente para tratar de repolitizar nuevamente la distancia que va del edificio del

Congreso a la planta industrial. El voluntarismo de nuestras vanguardias (que tiene además otras nutrientes y que nada tiene que ver con el voluntarismo leninista) aparece así como un esfuerzo gigantesco y estéril de estructura ideológica análoga a la de los predicadores adventistas. En la medida en que la visión de lo social se ha despolitizado, la única voluntad y la única actividad política cognoscible y reconocible es la del militante y la del grupo. Previamente, se supuso la inexistencia de la unidad en el proceso histórico permanente de construcción de base y superestructura.

Dos nociones constitutivas a la categoría dialéctica de totalidad han sido suprimidas por esta línea de pensamiento de nuestras vanguardias. Y, en este caso, las raíces pueden atribuirse también a Lenin: la noción de *dominio* y la de *cohesión*, complementarias entre sí.

La totalidad no se articula como tal, no se totaliza sino a través de un elemento rector que la organiza y la hace concreta. Sin elemento rector, sin dominio dentro de la totalidad, ésta no existe, sólo hay partes en agregación. El dominio totaliza y el elemento rector es el punto neurálgico del todo. El movimiento totalizador implica vñculos contradictorios de cohesión en su interior, cualitativamente correspondientes a la estructura de dominio específica organizada por el elemento rector. Esta cohesión permite a las partes de la totalidad dejar de ser exclusivamente tales para adquirir formas propias y distintas de interacción orgánica.

La afirmación clasista del estado no tiene por qué prescindir de estas características de la totalidad social a la que organiza y vuelve concreta. El estado de la burguesía es una herramienta de clase en la medida en que, *hasta un cierto y contradictorio punto*, es el estado de todos.

Cuando Lenin insiste en referirse al estado como *la máquina estatal* y en reducirlo a sus expresiones burocrática y militar, lo convierte en su pura exterioridad. Esto supone a su vez atender a la exterioridad de la misma dominación burguesa como elemento central de la totalidad social, con el sacrificio de su estructura y naturaleza reales.

Se hace posible, en esta concepción del estado y en ausencia de las nociones de dominio/cohesión, plantearse la revolución como la figura del estado proletario contrapuesta a la figura del estado burgués, y señalar, con relativa simplicidad, la problemática de la *destrucción* del estado burgués y la *extinción* del estado en general como un proceso que debe comenzar casi inmediatamente después de la toma del poder (todas expresiones de Lenin).

Si la opresión burguesa sobre las demás clases es el elemento rector a través del cual la totalidad social concreta alcanza su cohesión íntima, se advertirá que, por un lado, el estado es la expresión sintética de ese movimiento dialéctico del conjunto y, por el otro, que su transformación —cualesquiera sean las formas de lucha— habrá de ser igualmente la transformación del movimiento dialéctico del conjunto, el reasentamiento del dominio en un nuevo elemento rector desde cuyo ángulo se batallará por una reorganización de la totalidad para el establecimiento de otra cohesión sobre nuevas líneas de mediatización. Será cuando esta tarea haya sido alcanzada que se habrá producido la destrucción del estado burgués entendida como algo más que la liquidación material de su exterioridad.

El planteamiento de la extinción del estado en general alude a la muerte de la opresión de clase, la muerte de cualquier *dictadura*. O sea, el concepto de estado ha sido previamente reducido al concepto de organización jurídica represiva, vaciándola de sus otras implicaciones, las que aluden a su carácter de expresión de la organicidad social totalizadora.

El país a transformar puede ser así *el país del proletariado* (un “proletariado” inexistente), el país de abajo, la escisión de la totalidad.

Mientras no sea posible suprimir a la burguesía, el estado permanece como la estructura y el espacio físico del enemigo. Se olvida que es el espacio político del conjunto en el que domina la burguesía.

La conceptualización mecanicista de ese estado de la burguesía lleva a la izquierda radicalizada a operar una reducción del tipo *estado-partido de la burguesía*, y abrir el camino del desprestigio a la política porque lo político en sentido estricto se ha convertido también en algo propio de la burguesía. El ejército será brazo armado de ese partido o brazo armado del imperialismo.

En la medida en que el estado no es la expresión de la dominación burguesa sobre toda la sociedad conteniéndola, en la medida en que se lo concibe una pura máquina, casi partidaria, la lectura de la formación social queda volcada a las relaciones sociales de producción, a su base "económica" y las instancias político-ideológicas se encarrilan progresivamente en el camino de las determinaciones directas de clase.

La conciencia iluminada

Del mismo modo que con la teoría leninista del estado, la izquierda radicalizada argentina hizo suya la teoría leninista del partido como destacamento avanzado de la clase obrera, exacerbando sus bases teóricas.

Como se sabe, esta teoría del partido tiene su fundamento en una teoría de la conciencia: la práctica espontánea de la clase obrera la conduce al reformismo porque en ella no radican ni se desarrollan de por sí los elementos científicos que permiten construir una teoría revolucionaria capaz de guiar la marcha racional y deliberada hacia la única transformación de un modo de producción a otro que, precisamente, responde a un plan y no al puro desenvolvimiento histórico-natural de las contradicciones sociales.

De este modo, el partido es la organización de cuadros, profesionales de la revolución, depositaria por excelencia de la teoría, cuyo carácter eminentemente científico responde al conocimiento objetivo de las leyes históricas y sociales. El partido debe inculcar éste conocimiento objetivo a la clase, incapaz de tener por sí misma conciencia de estas leyes y del papel que le toca como sujeto en la redención humana.

Así como en la teoría del estado habían podido advertirse los signos de la escisión entre base y superestructura a partir de un determinismo de clase que paradójicamente asocia a ambas de manera directa y estrecha, así en esta teoría de la conciencia pueden advertirse los signos de la otra cara de la misma escisión idealista: la que va a separar, por medio de distintas paradojas, a la teoría de la práctica.

Uno de los aportes absolutamente primordiales que la obra de Carlos Marx realizó a la historia de la filosofía fue precisamente lanzar contra ella el intento más profundo y sistemático para abolir esa escisión que había signado veinte siglos de pensamiento occidental. Pero si en el terreno hacia el cual fue por excelencia orientada la obra de Marx, el de la transformación social, el sujeto histórico que puede realizarla y las claves teóricas que abren las puertas a su realización aparecen por sendas diferenciadas, el intento ha sido vano.

No se trata de negar el papel de los intelectuales en la construcción de la teoría ni de proponer a cambio, con ingenuidad jacobina, que los obreros se conviertan, cada uno de ellos, en fecundos productores teóricos.

Pero Lenin marca la necesidad de que la teoría revolucionaria provenga de fuera de la clase obrera como tal, es decir, fuera de su práctica y de la práctica de sus luchas (*Qué hacer*). Un obrero, aclara Lenin, puede participar en esta elaboración, pero lo hará como *teórico* y no como *obrero*.

Que el tradeunionismo preocupase especialmente a Lenin es algo que se comprende en el marco histórico de su batalla política. Pero el problema, en todo caso, es que no parece existir en Lenin, en lo que respecta a su teoría del partido, ninguna unidad fundamental entre la concreta práctica política de clase y la elaboración teórica que necesita para su desarrollo. Todo parece insinuar que la práctica de la clase no se concibe como una práctica que, en un cierto momento, también es de por sí esencialmente política.

La ausencia de esta unidad entre clase y teoría dejó su sello en el leninismo post-Lenin, particularmente el de nuestros países, pero también en ciertas obras del marxismo europeo (i.e. las primeras de L. Althusser) en los que teoría y práctica parecen transformarse en dos entidades radicalmente autónomas que habrán de *encontrarse* para producir la revolución en el instante en el que crucen un abrazo sus respectivos portadores, partido y clase.

Es otra vez la escisión entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, entre un sujeto ejecutor (sujeto falso) y un sujeto supuestamente real (sujeto mesiánico). Esta visión escindida de la teoría y la práctica es hija del capitalismo dominante, producto de un marxismo destruido



en manos de la ideología vigente. He aquí, tal vez, la razón de la facilidad con que esta conceptualización se propagó en la izquierda.

La verdad verdadera

De esta escisión se desprenden otras importantes características que nos interesa subrayar. Separada de la teoría de la práctica, la ideología que las escinde camina inevitablemente a la conversión de la práctica en subsidiaria de la teoría, en apéndice tributario, en una suerte de realidad sin "alma" que necesita ser alimentada por un espíritu que le es externo. Sólo este mecanismo de tributación permite en último término sostener la escisión y la justicia ideológicamente.

Se sientan así —segunda derivación— las bases para la unidireccionalidad del circuito de producción ideológica. Si la teoría —o, en su defecto, lo que adopte ese nombre— es la clave de la acción transformadora, las ideas deben naturalmente recorrer el camino que va de la elaboración y jamás a la inversa, del partido a la clase, de la dirección del partido a sus cuadros; de los productores de verdades a quienes las ignoran. Se hace obvio que la teoría (*esta "teoría"*), gracias a una cierta tradición filosófica renovada desde fines del siglo pasado en razón del desarrollo de las ciencias naturales, se emparenta así con la verdad revelada, ni importa si por Dios o por el sabio. Rota por Lenin la interdependencia entre teoría y práctica, lo que busca sin saberlo la ideología vulgar de nuestras vanguardias iluminadas es que la verdad rompa también su dependencia de la historia para volverla inapetable.

Tercera derivación: se establece el criterio de autoridad como criterio de verdad. Esta es efectivamente dada a los ojos y la conciencia de quienes no la poseían ni hubieran podido alcanzarla por sí mismos ni aportar a su producción más que con su mera existencia como clase o bien pasándose individualmente al bando de los teóricos. Porque ella, la verdad, radica fuera de la vida concreta de quienes la necesitan.

Naturalmente, esta reconstrucción abstracta de ciertos elementos ideológicos que anidan en el pensamiento corriente de amplios sectores de la militancia no registra los matices y las formas concretas con que se dieron en la historia argentina reciente (por ejemplo, diferencias entre PRT y Montoneros), pero trata de recoger algunos de los gérmenes que, aunque de muy distintas maneras, llevaron a los distintos ensayos de vanguardia foquista (PRT y Montoneros incluidos) a adoptar mecanismos de corte esencialmente religioso.

De manera consecuente con estos basamentos, las vanguardias priorizaron más de una vez las tareas didácticas por sobre la acción política. Estas tareas adoptaron clásicamente dos formas, en apariencia opuestas: el "esclarecimiento" paciente y minucioso, predominante en los focos desarmados, y la demostración y el ejemplo, predominantes en el foco armado. Y aunque nuestras izquierdas radicalizadas hayan llegado a cambiar parcialmente sus métodos (por

ejemplo, acompañar a la clase obrera en sus luchas), la catequesis permanece como el aliento central.

La escisión entre teoría y práctica permite el desarrollo de un proceso imaginario hacia la revolución que resulta independiente o paralelo del plano concreto en el que se desenvuelve la clase obrera, en la medida en que este plano, y el de la vida política de la sociedad en general, es ignorado.

Los militantes creen fervientemente que en poco tiempo habrán de conducir una insurrección popular o una huelga general cuando lo cierto es que no han dejado de ser una marginalidad política. En este camino imaginario se ha hecho paulatinamente innecesario aprovechar las enseñanzas del propio movimiento obrero, el aprendizaje de lo real.

Los miembros del partido de vanguardia convertirán sus tropiezos en "mala aplicación" o "mala comprensión" de una teoría supuestamente científica, abortando así el proceso de crítica reconstitutiva. Es que, si la teoría es científica y la ciencia es verdadera, su validez está más allá de las contingencias, y la única, enorme dificultad estará siempre en saber interpretarla con corrección, en aplicarla como Dios manda. Es cuestión de volver a la lectura de la Biblia, en cuyas páginas se habrán de encontrar sin duda las razones del tropiezo. ¿Aprender de los propios errores, de la experiencia de la lucha? Apenas un poco, porque esas son universidades que no dan diploma. Así como las masas están destinadas a ser el sujeto ejecutor de una verdad que proclama el partido, el partido, la vanguardia, es a su vez, en realidad, el intérprete realizador de una verdad anterior y celestialmente instaurada. En otras palabras, el marxismo se ha hecho metafísico, la verdad se ahistoriza y la práctica transformadora, inexorable consecuencia, castra su capacidad cognoscitiva y se impotencia.

Por diferentes puertas de llegada, tanto PRT como Montoneros, las dos expresiones más importantes del foquismo argentino, llegaron a este mismo punto fatal, el de esperar que la historia pase por ellos, el de sentirse depositarios de la teoría que podía, a cada uno, reunirlos con las masas, sea por determinaciones concretas sea por la *inevitabilidad* del proceso. De diferentes maneras enfrentaron al estado como aparato, supusieron que la ideología dominante era el mero discurso del poder y que la política revolucionaria se reducía a un ejercicio de la voluntad o a una práctica subsidiaria de la ideología. Montoneros tuvo, sin embargo, singularidades que lo distinguen de los demás experimentos foquistas argentinos y, quizá, de la mayoría de los ensayos realizados a escala continental. Esa singularidad, empero, se fue diluyendo a medida en que, junto con otros factores, fue incorporando a sus alforjas el ideal-marxismo de las izquierdas radicalizadas.

Segunda parte:
Sobre algunos aspectos de la historia reciente.

LA CUESTIÓN SINDICAL EN LA ARGENTINA

Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista

Nicolás Casullo

(Primera parte)

En la historia contemporánea y más reciente de nuestra izquierda, el problema de los significados de lo sindical y aquel que remite a la articulación entre lucha gremial y lucha política atesoran un alto cúmulo de experiencias combativas incuestionables tanto como interpretaciones dogmáticas, ideologismos de los cuales todavía no damos cuenta, a pesar de ser circunstancias históricas necesarias de analizar en tanto determinaron particulares concepciones y prácticas militantes.

Al mismo tiempo, dos circunstancias más evidencian la necesidad de iniciar una profunda discusión crítica sobre la cuestión sindical. Por una parte la derrota política de los proyectos de iz-

quierda en la Argentina, lo que lleva a reflexionar sobre sus discursos sustentadores, y en ese plano sobre uno de sus más importantes: la relación política de esas izquierdas con la clase obrera argentina y con sus formas orgánicas de presencia en el proceso nacional. Por otra parte el dilema se actualiza (en función de reconstituir un pensamiento de izquierda), cuando volvemos a ser testigos, lejanos, de la decisiva incidencia del sindicalismo en la presente resistencia antidictatorial, y cuando el propio régimen militar —desde una de sus políticas claves en la reformulación del capitalismo dependiente— pretende modificar sustancialmente los basamentos y formas de actuación del sindicalismo argentino en los últimos cuarenta años.

1. Sindicalismo y política

La necesidad de buscar nuevas aproximaciones de análisis sobre el sindicalismo peronista en su etapa 1955-1976, constituye para el pensamiento de izquierda popular una tarea de reflexión crítica. Sindicalismo de identidad política peronista unificado nacionalmente durante casi cuarenta años, la izquierda peronista se distinguió por situarse con respecto a dicho gremialismo en términos tan progresivamente críticos que terminó por formalizar una realidad de concreto divorcio entre sus propuestas y aquella estructura obrera: instancias no obstante necesarias de engarzar en toda estrategia que pretendía el cambio social.

Gremialismo reprimido luego de la caída del gobierno peronista en 1955, los años de resistencia le permitirán alcanzar a la nueva dirigencia tres objetivos principales de reconquista: legalidad institucional, potestad sobre recursos y servicios y unidad nacional de las estructuras. Esta consistencia sindical orgánica, reconstituida a partir de una experiencia gremial y política que difiere notoriamente de la llevada a cabo en el período 1943-1946, permitirá concretizar (por sobre cualquier otro factor) el proceso opositor del movimiento peronista durante la llamada resistencia. Al mismo tiempo la trascendencia del gremialismo peronista verifica en estos años un fenómeno de burocratización de sus prácticas, que desembocará más tarde en una etapa donde la mayor parte de las luchas obreras incluirán referencias contra las conducciones cegetistas.

Tal burocratización, si bien puede remitir a la compleja articulación ideológica que dio vida a este gremialismo en 1943-1946 (y también a su función-expresión durante los gobiernos peronistas de 1946-1955), reconoce sobre todo, ya en esta nueva etapa que se analiza, la inédita encrucijada económica y política de la Argentina: las circunstancias que atraviesa el peronismo y el rol, como sindicalismo integrado peculiarmente en el entretreído superestructural, que propone el capital monopolista.

Las condiciones de aparición de un discurso político que cuestiona a esta burocracia sindical surgido desde el propio peronismo —se harán presente a partir de esta dominante contradicción que le confiere una primera inteligibilidad al conflicto: poder político de fuerzas productoras organizadas, gestionado por una dirigencia que desvirtúa y carcome la potencialidad de su propio vector de incidencia —lo sindical— en circunstancias de un mayor nivel reivindicativo expresado por las bases.

Llegados los años 1969-1973 el cuestionamiento a esta burocracia buscará sistematizar una lectura. Esta caracterización estará vertebrada a un discurso político más amplio, que pretende realizarse como proyecto estratégico: el del peronismo revolucionario. La aparición de la guerrilla peronista comienza a incidir gravitadamente en esta estrategia, incorporando, conjuntamente con otros grupos de juventud peronista, gran parte de aquella herencia del peronismo radicalizado que se había ido gestando en el movimiento nacional (desde 1956 hasta 1968) como aporte relevante para este nuevo momento.

El objetivo de este trabajo es rastrear ciertas concepciones de corte sindical, y sobre lo sindical, situadas en el interior del peronismo revolucionario, desde 1956 hasta 1973. En tanto estos límites de tarea, y teniendo en cuenta la escasez de datos para tal registro, la intención es reflexionar —a manera de apuntes críticos— sobre las lecturas que de lo sindical peronista va construyendo el peronismo revolucionario.

Indudablemente se tiene conciencia de la complejidad que plantea un discurso que se conforma a lo largo de un extenso ciclo de luchas y a la manera de un vasto, heterogéneo y





pragmático texto que, durante largo tiempo, ni siquiera habló como alternativa unívoca y totalizante de una estrategia. La dificultad que plantea esta disgregación sin embargo no disminuye su importancia. A nadie escapa el dilema de situar un discurso atravesado por las peculiares contradicciones de surgir desde el peronismo y expresarse sustancialmente hacia el peronismo. Una crónica que no muestra casi programas fundadores ni la voz reguladora de un aparato de conducción propio. Una alternativa que va procurando diferenciarse a partir de prácticas parciales, con la consecuente inorganicidad como para no superar, por mucho tiempo, su estadio de tendencia ni lograr una convergencia de sus sectores. Un discurso, al mismo tiempo, que no se pretende esquematizar planteando su lectura a partir de un reduccionismo ideologista que busque la supuesta *proletariedad* de una *misión* ya destinada *por la historia*. Afortunadamente su fuerte impregnación obrera-popular-democrática fue su índole determinante, en cuanto a expresar la contradictoria realidad de un proceso. El peronismo revolucionario permite entonces un análisis que lo comprenda como espacio donde se articulan, con o sin síntesis, ideologías de clases y fragmentos ideológicos de clases y de conjuntos sociales emblocados políticamente, con complejas predominancias de configuraciones nacionalistas, antimperialistas, demócratas, socialistas, obreristas, laboristas, leninistas y guerrillistas.

La intención del trabajo no es precisar una interpretación "fallida" (y por ende una práctica) de la izquierda peronista con respecto al sindicalismo peronista, desde el supuesto de que esta última experiencia de organización y lucha de los trabajadores ya engendrò una acabada teorización que de cuenta inequívocamente, de su "trayectoria necesaria" en los procesos de lucha de clases. Por el contrario, como en muchos otros renglones del pensamiento de izquierda, el carácter de lo sindical se encuentra en estado de discusión crítica, de rastreo filológico, de desbrozamiento de lo dogmático que infecciona sus lecturas.

Sindicalismo y política tienen una extensa historia de lucha -y teórica- donde, como dos momentos al parecer imprescindibles del proceso de masas hacia la transformación del sistema, han buscado sus síntesis articuladoras y sufrido también sus profundos extrañamientos. Como explica Etienne Balibar, "lo que asigna al momento de la organización sindical una función decisiva en la constitución del partido, es también lo que plantea el problema de saber si la *forma sindical* y la *forma política* del 'partido' son compatibles y hasta qué punto".¹ Un registro histórico sobre las prácticas de lucha obrera y los análisis teóricos más clásicos parecerían coincidir en las secuencias de un proceso que *previamente sindical deviene, como "momento*

superior", en *político*. No obstante, la historia también certifica sobre todo el conflicto, las contradicciones, las superposiciones y hasta las rupturas entre esos dos momentos. Esto es: su por demás dificultosa articulación en las situaciones nacionales.

Revisar por lo tanto los argumentos y la relación del peronismo revolucionario con respecto al sindicalismo peronista no parte entonces, en este trabajo, de definiciones en cuanto a cuál "debe ser" (debió ser) la "perspectiva correcta". Quizás no sea éste el tiempo de apresurar, desde la izquierda bien-intencionada, "definiciones correctas" sobre otros discursos políticos, sino el tiempo donde la izquierda piense y discuta cómo generó y dónde está situado gran parte de su discurso, fehacientemente incorrecto.

Revelar ejes de contradicciones, hacer presentes determinados ideologismos de las propuestas y marcar condicionamientos económicos, políticos y teóricos que atraviesan el discurso del peronismo revolucionario sobre lo gremial, es simplemente abrir uno de los caminos de aproximación al tema, en el sentido amplio de la problemática que enfrentamos hoy. En todo caso, inaugurar y no clausurar la conciencia de una crisis; aportar al fin de un vacío de sistematización teórica sobre lo sindical, aproximarse a una consideración objetiva sobre el contradictorio bloque de fuerzas populares, empezar a encarar la problemática nacional en lo que hace a su plano político, a las expresiones orgánicas, planos que se encuentran en una evidente carencia de reflexión.

2. La importancia gremial en la resistencia

Delegado personal de Perón y coordinador de la inicial etapa de resistencia a la dictadura militar (1956-1959), John William Cooke, ex diputado y cuadro intelectual peronista, concibe al movimiento nacional inserto en una inédita experiencia a partir de 1955, lo que obliga a drásticas reformulaciones conceptuales.

En lo organizativo: una estructura nacional conducida por "dirigentes revolucionarios" (intransigentes a toda opción que no signifique el regreso al gobierno del peronismo, en tanto "revolución nacional" truncada). En lo metodológico: la ruptura con el modelo anterior de acceso al estado (vía electoral), suplantado por un contrapoder asaltador del estado. La perspectiva es la preparación de una insurrección obrero-popular, a desencadenarse a partir de una huelga revolucionaria. En lo político programático, la instauración de un gobierno sustancialmente en manos del movimiento obrero organizado.

Cooke percibe al peronismo como el bloque social-político de fuerzas populares. Su derrocamiento patentizó un agotamiento previo: el de

una determinada alianza de clases como proyecto de gobierno: el año 1955 es para Cooke la expresión irrefutable del histórico ordenamiento político del sistema, enfrentado al peronismo. Desde este encuadre, y creyendo en lo perentorio de un enfrentamiento decisivo, se opone al renacimiento de las posiciones obreras reformistas (de corte laborista) que habían impregnado el decenio de gobierno. En una reunión con dirigentes sindicales se hace presente esta última postura y refuta Cooke: "les contesté que eso era una concepción netamente sindicalista, que los movimientos modernos consideran etapa superada porque margina a la clase trabajadora de la conducción política".² Esto lo ratificará poco después: "Las tentativas que se hicieron para hacer una organización peronista netamente gremial fracasaron y los dirigentes principales están presos [...]".³

Frente al reformismo obrerista, Cooke no propone los excluyentes intereses proletarios sino el momento dominante de estos últimos articulando al resto de los intereses populares y nacionales. Para esto, su visión no exige una reformulación política del bloque conformado. Este ya está históricamente constituido en el peronismo. Por lo tanto la hegemonía obrera a lograr no precisa de una ruptura del modelo político. Se resuelve, en cambio, a través del progresivo protagonismo obrero (no gremial), en la conducción del movimiento.

Dice Cooke: "La CGT tiene una estructura que, sin ser extraordinariamente revolucionaria fue lo más sólido del movimiento [...] El origen del fenómeno está en la debilidad del partido (Justicialista) [...] Gracias a la Ley de Asociaciones Profesionales los trabajadores serán los únicos que ahora tendrán un poder político real y efectivo [...] la única fuerza real, temida por el gobierno y capaz de presionarlo. ¿En qué medida acatarán y lucharán por los fines del movimiento y no exclusivamente por sus intereses de clase?"⁴

La posibilidad revolucionaria de la clase obrera, pasa por su capacidad articuladora (abarca de otras expresiones de lo social) y no por el reduccionismo a sus intereses particulares. El error sería, para Cooke, que se redujese a esto último. El poder gremial se hace inteligible en relación a la debilidad (no presencia obrera) de lo político, Cooke llama a una conducción obrera del movimiento, que rompa la reproducción de esta dualidad desequilibradora del bloque político. Ahora bien, esta mirada que concibe un progresivo predominio obrero, nace de una lectura fáctica. Cooke no formula una teoría, se atiene a la realidad: a lo sucedido. Desde esta perspectiva crea una zona de vacío, de no elaboración entre estructura orgánica dada y desarrollo estratégico concebido.

Su obrerismo en esta etapa, si bien busca escapar del reformismo, no puede ser superado. Legítima la gravitación sindical a partir de sus aspectos institucionales, pero no consigne plantear las formas de una presencia obrera no gramialista. Aquí encontramos un desencuentro de *acierto-error*, que traumará gran parte de la cronología del peronismo revolucionario: la reivindicación de un poder institucional "efectivo" recuperado por la CGT, y la permanente regeneración de expectativas revolucionarias en cuanto a ese único "poder real" del movimiento nacional.

La contradicción entre preponderancia gremialista y necesidad de avanzar como bloque político, Cooke la resuelve a partir del inadecuado eje de antagonismos entre sindicalistas y políticos peronistas. Óptica inadecuada, que oscurece la problemática ideológica: tal oposición es implícitamente "sindicalista", con lo cual vuelve al punto de partida del dilema, aunque le permite un tránsito de "solución". Proponer a los dirigentes obreros gremiales como conducción del movimiento. Dice Cooke: "La organicidad que ahora se requiere [...] se logrará verticalmente de arriba hacia abajo".⁵ "Los dirigentes sindicales tienen muchas fallas, pero también los méritos principales: son representativos".⁶ "No es admisible que (los gremialistas) que hicieron posible la coyuntura favorable desaparezcan de la conducción del movimiento".⁷

Sólo la práctica política obrera, según Cooke, producirá la ruptura ideológica en el movimiento. Sólo la conducción obrera del movimiento, permitirá la merma decisiva de las ideologías gremialistas en la clase. Cooke parte desde los datos constitutivos del movimiento nacional. Esa realidad le permite pensar una determinada arquitectura del conjunto antidominante, aunque no resolver las formas en que puede

realizarse una conducción hegemónica de la clase obrera. Lo sindical se encuentra en un período, donde el espacio de disputa entre capital y trabajo se articula con una especial lucha política: la reconquista de un poder superestructural, la institución gremial.

"Sería una utopía pretender llevar a la clase obrera a una huelga general revolucionaria duradera, mientras el movimiento político no haya avanzado más y se haya puesto en una línea paralela al movimiento gremial".⁸ El dilema político no se resuelve con la simple incorporación de obreros dirigentes a la conducción del movimiento, y esto Cooke todavía no lo analiza con claridad, aunque adquiere una correcta concepción desgremializadora del bloque popular constituido. Correcta en tanto que, inequívocamente movimentista, sin embargo su lectura obrerista de la resistencia le impedirá -ahora y en su trayectoria posterior- una posición antisindicalista neta, aun reconociendo el "cáncer" burocrático. El sindicalismo no fue nunca el centro neurálgico de sus problemáticas conceptuales, aun en esta nueva etapa donde las políticas de acumulación capitalista le otorgue a lo sindical un gravitante papel en la lucha.

Para el Cooke de esta etapa, el movimiento peronista -en tanto implica social y políticamente el modelo de revolución nacional iniciada- contiene en su contradictoria especificidad, la inteligibilidad suficiente. No se remite, pues, a la realidad de las articulaciones ideológicas de clases que trascienden al movimiento. Expresa: "El partido Justicialista puede ser el camino para que la corrupción penetre en el movimiento; no nos olvidemos que las mismas acechanzas se ciernen sobre nuestro movimiento obrero".⁹

Esto lo escribe Cooke en enero de 1959. El plano moral que intercala entre lo político y lo sindical es una específica ideologización de la derrota peronista (1955), con la que se trató de explicar, intuitivamente, la desmembración de un determinado frente de intereses de clases. Pero el recrudescimiento de este tipo de argumentos apunta al mismo problema de fondo: la clase obrera se siente representada por eficaces estructuras en cuanto a presionar sobre el poder del sistema, pero ubicadas en un espacio de disputa que forma parte decisiva de la hegemonía dominante.

3. Gremialismo y conducción política

El Comando Nacional Peronista (CNP), una corriente del llamado "peronismo duro" de la resistencia que se estructura a partir de núcleos gremiales y políticos intransigentes, analiza en febrero de 1959 una coyuntura de extrema combatividad gremial. La huelga de los trabajadores del frigorífico Lisandro de la Torre (en contra de la desnacionalización de la empresa), desembocó en un paro general por tiempo indefinido, decretado por la CGT en su etapa de normalización y ya enfrentada a la política general del gobierno de Frondizi.

Las características del alza de las luchas sindicales (que se inicia más de un año antes), llegan a su punto culminante en enero de 1959 y pueden sintetizarse: a) preeminencia, en la política opositora peronista, de los conflictos entre capital y trabajo; b) presión gremial para la normalización institucional de la CGT; c) preeminencia de ciertos gremios en el sindicalismo peronista (62 Organizaciones), favorecidos por la estrategia monopólica de acumulación capitalista, estratificadora de la fuerza de trabajo.

El documento crítico del CNP rescata las jornadas de enero, por haber "revelado un alto grado de fuerza combativa" de la clase obrera peronista, defensora de los "principios de la argentinidad y del patrimonio del pueblo". A diferencia de "todos los demás sectores o partidos políticos", el movimiento nacional "hace presente" y "conduce" al bloque nacional y popular.¹⁰

La huelga general "en ningún momento asumió caracteres de insurrección ni mucho menos contó con una conducción orgánica". El CNP, en realidad, discute con una concepción matriz de la resistencia peronista: la huelga general como prólogo de una insurrección política, generada desde el poder gremial cohesionado. La conducción gremial es la "política de lucha" del peronismo. La incidencia en lo sindical fija los puntos de avance del movimiento en su conjunto, pero también esconde, en tanto mecanismo específico, la definición de sus límites.

Baracas, 2 minutos 1956
Al Dr. John William Cooke
Punto Aito

Por la presente autorizo al
compañero doctor don John William Cooke,
actualmente preso por ser fiel a su causa
y a nuestro Movimiento, para que
asuma mi representación en todo acto
o acción política. Su decisión será
mi decisión, su palabra, mi palabra.

En el reconocimiento al único
jefe que tiene mi mandato para
prestar a la totalidad de las
fuerzas peronistas organizadas en el país
y en el extranjero y, sus decisiones, tienen
el mismo valor que las mías. En
caso de mi fallecimiento, en el delego
el mando.

J. Perón

"Las masas habían rebasado completamente a sus dirigentes, y estos, temerosos de verse barridos y superados, pasaron de una completa pasividad a un desorbitado aventurerismo".¹¹ Se permanece en una esfumante apreciación de lo sindical. Las masas peronistas, en tanto sindicalizadas, corporizan y expresan una encrucijada de lucha económico-social. Políticamente nada es "rebasado", en tanto el movimiento nacional, que sitúa la única alternativa de lucha real, tiene gremialmente la más palpable conciencia cuestionadora de masas existente en el proceso. El tema de las masas que "rebasan", es una constante del ideologismo revolucionario que también se genera en el peronismo radicalizado, desde su período insurreccionalista. En el problema subyace una desubicación de lo sindical, al cual se le exige la segregación de una política resolutoria de la cuestión del poder, que su realidad por sí sola no promueve, aunque contradictoriamente es el espacio privilegiado en la generación de climas insurreccionalistas.

"Antes de declarar un paro general indefinido, que siempre plantea el problema del poder, de decidir quien gobierna el país, era imperioso crear gradualmente el clima necesario".¹² El documento no habla de burocracia. Señala una pasividad dirigente que se torna luego aventurerismo. Un gremialismo representativo y en función política, qué posibilidad tiene de no "aventurarse" en relación a la problemática del poder social (conquista de los espacios del estado, gobierno político), visto así: como estructura alternativa determinante. El peronismo de la resistencia no resuelve la coherente organicidad de las fuerzas populares. La sigue "encontrando" (palpable), en un mecanismo institucional que no puede realizar, políticamente, los cuestionamientos básicos al sistema.

"La alta traición sindical demostró así, en los hechos por lo menos, su total incapacidad

[...] dependía esencialmente de la existencia de una conducción y dirección audaz, dinámica y experimentada [...] frente a la espontaneidad popular."¹³ La falta de audacia y experiencia, en función insurreccional, no ilegítima concluyentemente a lo sindical. Lo relacionan sí, con el problema del espontaneísmo, momento en el cual "contradictoriamente" el marco de lucha económico-político pasa a ser dominado por una compleja intencionalidad política.

"En estas circunstancias se evidenció la carencia de una dirección política revolucionaria y de cuadros sindicales combativos y leales al pueblo [...] la necesidad de una conducción política doctrinaria y peronista, capaz de ligar la táctica a la estrategia, como el CNP trató infructuosamente de explicar a los dirigentes de las 62 Organizaciones."¹⁴

El sindicalismo ya no es, únicamente, la cohesión en el alumbriamiento y estructuración del movimiento político. Sería ahora, para una renovada generación de cuadros políticos que protagonizó la resistencia, el permanente punto de ruptura potencial con que se intenta proponer el movimiento en el proceso. "Formalizando" la conducción de un líder de masas, Perón, la fortaleza gremial implica un concreto paso de conciencia política: hacer inteligible qué es lo otro que debe generarse. Dice el CNP: "la experiencia histórica demuestra que el movimiento sindical, por su propia naturaleza, no genera espontáneamente una dirección capacitada especialmente para abordar la conducción general y fijar los objetivos finales."¹⁵

No es una reorganización verticalista del peronismo, como proponía Cooke. Lo gremial, por encima de capacitar dirigentes obreros, genera un marco de condiciones en otra dimensión de correlaciones de fuerzas. Y es en esas circunstancias donde se comprueba que lo gremial pro-

mueve gremialismo. Frente a esto tampoco la política —para el *CNP*— es el “otro momento” exterior a las masas, superador de la “falsa conciencia”. Desde el movimiento popular, el sindicalismo es una vertiente ideológica creciendo desde su relación producción-superestructura, para condensarse en un marco ideológico-político mayor y particular de la formación social argentina. Hace presente las contradicciones, sin resolución superestructural; pero sin posibilidad de que esta última se realice al exterior de la conciencia política obrera organizada.

4. Plano político y plano gremial

Escribe Cooke en 1962: “Cuando hablan de la organización de abajo hacia arriba, están engañando a sí mismos [...] el movimiento está estructurado piramidalmente.”¹⁶ Y agrega, en otra carta a Perón de ese mismo año: “La línea que Ud. trace y que no dudo irá acentuándose hacia la izquierda, requiere un movimiento organizado para ser instrumento revolucionario adecuado. Salvo en lo sindical, carecemos de semejante organización.”¹⁷

Estructurar al peronismo significa, para Cooke, integrar una conducción revolucionaria. Lo inquestionable, lo representativo, es el modelo histórico con que las masas instauraron en la Argentina su momento político. Un bloque popular que se ratifica, aun más drásticamente, en la proscripción y la resistencia.

El modelo no es el sindicalismo. No es el partido político clásico. No es ya la forma combinada de estas dos instancias, con la cual se expresó orgánicamente la alianza clase trabajadora-sectores de la burguesía nacional. Tampoco, para Cooke, es el partido de los intereses proletarios. La ruptura de aquella alianza no invalida al peronismo sino que, según Cooke, le permite al movimiento librar la lucha de clases en relación a su sentido histórico: desarticular un contradictorio espacio de confluencia ideológica, y articular un nuevo discurso, revolucionario.

Obstáculo para Cooke: el peronismo tiene una única estructura, como práctica obrera concreta, que gesta política. Lo gremial. Que plantea el “peligro” laborista. Que potencialmente conspira contra el movimiento. Entonces llama a una resolución desde “arriba”. A una definición del líder. A un mítica suposición de acatamiento histórico. Sólo la presencia de una “superconducción revolucionaria” (pensada en el espacio que ocupa el líder de masas), puede decidir una conducción revolucionaria no segregada falsamente por lo gremial ni impedida por los políticos ni, en términos globales, sepultada por lo burocrático.

“Llamo burocracia, en términos generales, a los dirigentes no revolucionarios”, dice Cooke. Y agrega: “los sindicatos, aunque jueguen en la práctica un papel revolucionario, no son órganos revolucionarios [...] En un momento en que el régimen se vea en peligro inminente, disolverá los sindicatos [...] ¿Por qué hay dirigentes sindicales que negocian con los gobiernos para no perder el sindicato? Porque no hay una línea partidaria [...] entonces hay que mantener el sindicato porque nadie les tendrá en cuenta el gesto, y más bien los eliminarán de cualquier posición política.”¹⁸

“Papel” revolucionario y posibilidad revolucionaria. Cooke plantea, a partir del problema sindical, una dificultad más amplia y profunda. La condición “natural” al sistema del gremialismo, lo habilita sin embargo para un rol de ruptura. Para el pensamiento de Cooke, igualmente es una presencia inacabada. No obstante la instancia “no natural”, lo político orgánico no existe sin la clase obrera peronista. Por lo tanto, el movimiento es el espacio de síntesis a lograr.

Para Cooke, la negociación gremial y la defensa explícita de lo gremial, como institución, no permiten una lectura sobre el eje “leales” y “traidores”. Aunque es consciente de la etapa de integracionismo sindical, del progresivo acuerdo estado-empresarios-sindicatos mayores y de la consolidación del “aparato” gremial, desde su óptica las formas particularmente claudicatorias que conlleva la institucionalización sindical —los límites sindicales— no es lo determinante en el análisis.

Por el contrario, su problema radica en cómo invalidar el camino gremial que apunta hacia un laborismo, invalidando la posible segregación, en ese combate, de una lectura “sindical revolucionaria”. No lo resuelve. ¿De dónde emerge

una “línea revolucionaria” que desplace esta problemática? Del líder.

Haciendo referencia a esta etapa, argumenta Roberto Carri: “el reformismo de los dirigentes sindicales es sólo un aspecto de la formulación. Si no hubiesen actuado de esa manera fácilmente podrían haber sido desplazados por Perón, y el movimiento sindical no hubiera tenido la envergadura y el arraigo popular que realmente tuvo y que pese a las sucesivas derrotas todavía tiene [...] Mientras no exista un organismo que reemplace a los sindicatos, estos mantendrán su papel como vanguardia del movimiento popular.”¹⁹

En esta nueva etapa, surge claramente el dilema sindical peronista como un proceso de agudas contradicciones entre su poder de acumulación política (en la generación de un bloque histórico) y su poder en el plano superestructural como representante de los productores en los espacios de negociación contractual. El ver “un solo aspecto”, dice Carri, es erróneo. Con esto pretende rebatir las hipótesis esencialistas sobre lo sindical, aquellas que, antagonizando, lo determinan unilinealmente: estructura rupturista o de integración al sistema.

El agigantamiento de la presencia sindical (1959-1965) produce ambas lecturas. La gravitación transforma al gremialismo en “vanguardia” de hecho del movimiento, y en un proyecto cada vez más habilitado para las políticas integracionistas, en tanto aparato de demandas sectoizadas.

Precisamente, el marco que pone de manifiesto el conflicto —poder sindical inquestionable— esconde lo inadecuado de la articulación ideológica que emergerá como “políticas de resolución”: el enfrentamiento de dos gremialismos que, más allá de la disputa, parten de la misma evidencia de lo sindical como poder “providencial” suficiente. Esquemáticamente: revolucionarismo o laborismo.

La disputa intergremial entre “framinismo” (corriente liderada por el dirigente del gremio textil Andrés Framini) y “vandomismo” (corriente acaudillada por el secretario de los metalúrgicos, Augusto Vandom) tiene, predominantemente, estas características larvales o sedimentadas.

El Movimiento Revolucionario Peronista (*MRP*, nacido en 1964) tendencia del movimiento nacional con fortificación en gremios fraministas, expondrá en su documento fundador y en términos globales una de aquellas perspectivas que en su momento, y más inorgánicamente, contuvo el framinismo. Su propuesta trasciende la polémica intergremial, en tanto se autotocinifica organismo integral de lucha dentro de las fronteras del peronismo. No obstante, su razón de ser resulta producto de una etapa donde lo gremial, de distintas maneras (gremiales y extragremiales), ha sido el eje vertebrador de la resistencia y, por ende, la referencia central para las alineaciones políticas.

Partiendo de “la plena madurez revolucionaria” del peronismo, el *MRP* llama a “poner en marcha la nueva etapa”, definida como de “liberación nacional”, para lo cual se hace necesario el “desarrollo de una estructura revolucionaria”, que utilice a “la lucha armada como método supremo de acción política.”²⁰

Al calor de fracciones gremiales más débiles (de apoyo indirecto) y heredando experiencias de núcleos político-militares de la resistencia, se plantea como estructura tendencial alternativa. Nacionalismo, antiperonismo, socialismo, antibulwerismo, clasismo, guerrillerismo, son las ecuaciones ideológicas básicas, predominando las tres primeras.

“La debilidad de la línea revolucionaria es producto de la defecación de la burocracia conciliadora.”²¹ Se solidifica una visión interna del movimiento: la de una alternativa a la conducción política y sindical, conducción que impide un salto cualitativo, fundamentalmente ideológico, del peronismo. El primitivo eje de divisores de aguas de Cooke —políticos/sindicalistas— se resquebraja, como consecuencia de la cada vez más elocuente gravitación de la política gremial en el peronismo.

Pero esta nueva lectura de las contradicciones, arrastra una primera confusión de importancia: la “alternativa” a la conducción peronista no diferencia en esta última y en términos precisos, la índole de dos momentos cualitativamente distintos: el político y la institución gremial.

“Las bases, por encima de la burocracia y sus maniobras de entrega del movimiento y de Perón, han demostrado que no aceptan acuerdos

espúreos [...] para que el movimiento pueda cumplir el papel de conducción, de aglutinador, que la clase obrera le impone, debe desprenderse de los elementos burgueses y reformistas que lo frenan.”²²

Distintos planos, cada uno con sus cuotas de especificidad, expresan el cuadro de contradicciones del bloque nacional y popular. El político, gobernado por las estrategias institucionales de poder y la cohesión de lo político orgánico, a través de una hegemonía que vertebró diferentes intereses nacionales. Otro, el sindical, concentrador de la totalidad de la fuerza productora y en tanto determinado por la lógica contractual, que expresa la resistencia obrera a situarse en el sistema según las condiciones directas del capital.

En pos de una solución política, el peronismo revolucionario —desde las condiciones particulares que le permiten generar su discurso— agolpa ambos planos de diferente articulación ideológica, en lugar de diferenciarlos. Único camino, la distinción que teóricamente permitiría luego relacionar eficazmente ambas instancias a nivel de concepción.

De tal manera, en el combate en el plano político estratégico contra las tendencias reformistas (contra intereses de clases), se irá habilitando, cada vez más notoriamente, aquellas lecturas que identifican a la práctica gremial como la más excelsa expresión de reformismo político, a secas. La extrapolación confunde, entonces, la índole, la situacionalidad de una batalla necesaria de dar contra la burocracia gremial. Confunde, lo que es peor, el carácter de una de las formas de (re) presentación obrera en el capitalismo.

Si bien el proyecto vandomista de “partido sindical” es real en la etapa de Vandom, no es básicamente ese proyecto el que el peronismo revolucionario concluirá combatiendo, sino la resultante de un desplazamiento de lectura más profundo: el reformismo estratégico del movimiento será básicamente una traición sindical, que claudicó de su proyecto político “revolucionario”, en tanto “vanguardia” del peronismo resistente. De nuevo las matrices ideológicas del providencialismo gremial.

La lucha por desplazar conducciones burocratizadas, desde la propia izquierda se plantea como exclusiva del plano político en cuanto a los elementos estructurales que la componen. Estratégica finalmente. Es una lucha, no confesada textualmente todavía, contra “el enemigo”. El papel “aglutinador” del momento revolucionario peronista, hará crisis en la problemática central que habla de la articulación orgánica de un bloque.

1 Etienne Balibar, “Marx, Engels y el partido revolucionario”, en *Cuadernos políticos*, núm. 18, México, noviembre-diciembre de 1978, p. 36.

2 Correspondencia Perón-Cooke, Buenos Aires, Granica, t. 1, p. 86.

3 Ibid., pp. 92-93.

4 Correspondencia Perón-Cooke, Buenos Aires, Papiro, 1972, t. 2, pp. 78-79.

5 Correspondencia..., Granica, t. 1, p. 276.

6 Ibid., p. 272.

7 Ibid., p. 204.

8 Ibid., p. 308.

9 Ibid., pp. 148-149.

10 “Enero, 1959, Mataderos: análisis de un porteñazo”, en *Militancia*, núm. 6, Buenos Aires, 19-7-73, pp. 45-49. Véase el texto completo.

11 Ibid.

12 Ibid.

13 Ibid.

14 Ibid.

15 Ibid.

16 Correspondencia Perón-Cooke, Granica, pp. 215-216.

17 Ibid., p. 239.

18 Ibid., pp. 245, 288-289.

19 Roberto Carri, *Sindicatos y poder en la Argentina*, Buenos Aires, Sudestada, 1967, p. 99.

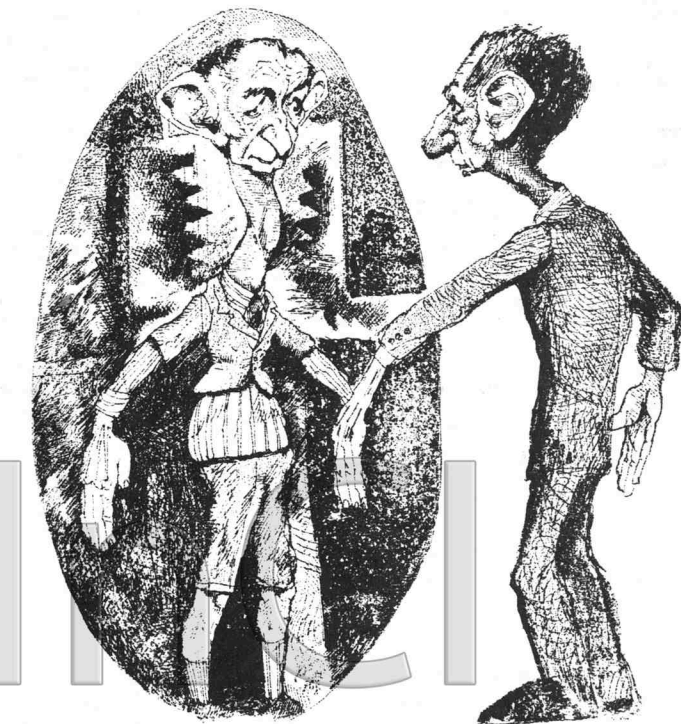
20 De Frente, núm. 9 (dirigida por Rodolfo Ortega Peña), Buenos Aires, julio de 1974, pp. 51-55. Véase el texto completo del documento.

21 Ibid.

22 Ibid.

La discusión sobre la política económica del gobierno militar

Carlos Ábalo



El reordenamiento económico implantado por los militares en Argentina después del golpe de marzo de 1976 ha suscitado diversas interpretaciones entre los economistas argentinos que residen en México. En este trabajo se recogen algunos de los interrogantes planteados con la intención de abrir una polémica sobre cuestiones que nos parecen capitales para entender lo que está sucediendo en la sociedad argentina.

1) Casi todos los que han escrito sobre la política económica del gobierno militar se interrogan acerca de si el plan se cumple con éxito o no. Ante todo, hay que tener en claro qué se entiende por éxito. Si se enumeran los objetivos iniciales proclamados, entre los que figuran el de terminar con la economía de especulación y con la inflación, y se toman en cuenta los resultados presentes, habría que concluir que el plan fracasó, porque no se terminó con la inflación ni con la especulación. Sin embargo, no hay por qué pensar que los objetivos enunciados eran los realmente buscados. La respuesta no está en la comparación con los enunciados formales sino en el análisis de la naturaleza de clase del actual gobierno y del contenido de su política económica.

2) Un ejemplo típico es el de la inflación. Los militares, con las políticas de “indexación”, de violenta apertura de la economía, de elevación de los rendimientos financieros y de aumento de la deuda pública no desalentaron realmente el proceso inflacionario. Este se mantiene por la misma naturaleza de la política económica, por la disputa de ingresos entre los diferentes sectores de la burguesía y por el embate continuado

del conjunto de la clase capitalista contra los asalariados, con el propósito de incrementar la tasa de ganancia mediante el aumento de los precios.

La inflación argentina muestra toda su eficacia como mecanismo para redistribuir ingresos, bajar los salarios reales e incrementar el fondo de acumulación capitalista, y también para bloquear el resurgimiento de sectores industriales que, en una coyuntura de expansión, volverían a cuestionar el modo de acumulación orientado a favorecer la actividad agropecuaria de exportación, la apertura de la economía, la especulación financiera y la concentración del capital en unas pocas industrias promocionadas que no vulneran aquel mecanismo de acumulación.

Solo la inflación puede servir para justificar la persistencia de un programa de limitación de la actividad de los sindicatos, de salarios bajos, de recorte de la inversión pública y de permanente restricción a la expansión económica, a tal punto que se ha llegado a afirmar que la Argentina tendrá que conformarse en el mediano y largo plazo con un crecimiento moderado debido a su persistente inflación. Para los apologetas de la política antinflacionaria que produce inflación no hay manera de dar una respuesta satisfactoria. Así, en el lenguaje alambicado de esos dos vetustos monumentos a la ignorancia ilustrada que son *La Prensa* y *La Nación*, la inflación se podría describir como una nefasta y oscura herencia del pasado demagógico que, actuando como una fiebre maligna, se prolonga inexplicablemente en el tiempo. La inflación es, en realidad, un excelente instrumento para imponer la nueva modalidad de acumulación mediante una terapia económica de excepción.

3) Otro de los síntomas utilizados para señalar el fracaso de la política económica de los militares es el de las recesiones industriales y la baja tasa de crecimiento. Por lo que se ve, el modo de acumulación basado en altos precios agrarios internos y producción agraria extensiva entra en contradicción con una producción industrial muy diversificada y sostenida, que tiende a debilitar la ventaja relativa de los precios agrarios. De esa manera, el modo de acumulación elegido supone un mercado interno más restringido y un crecimiento industrial limitado, sobre todo en esta etapa de ajuste en la que se debe forzar la concentración de empresas y la desaparición de industrias que perturben el buen funcionamiento del modelo.

Las prioridades del modelo están a la vista y no hay por qué buscarlas en el enunciado de propósitos. En los tres años transcurridos desde el golpe de estado bajaron los salarios, crecieron las exportaciones, las importaciones y las reservas internacionales, se redujeron en forma extraordinaria los aranceles, se promovieron las exportaciones agropecuarias, se mantuvo una alta tasa de inflación, se restringió el crecimiento industrial global y se favoreció el de unos pocos sectores elegidos y grupos de empresas y se concentraron los ingresos y el poder económico.

4) Otra opinión sobre el programa económico afirma que éste no es novedoso con respecto a formulaciones similares seguidas por otros golpes militares. Todos los golpes militares vinieron a reconstituir la economía capitalista, por lo que invariablemente aplicaron planes de austeridad tendientes a mejorar las ganancias y las posibilidades de inversión a costa de los salarios. Ese es uno de los pocos aspectos constantes, porque cada uno de los proyectos económicos militares tuvo objetivos y consecuencias diferentes. El programa actual, por ejemplo, difiere sustancialmente del que se aplicó en marzo de 1967, como corolario al golpe de Onganía de 1966. En ese momento no se transfirieron ingresos al sector agropecuario, que pronto se puso en contra del proyecto y, por el contrario, las diferencias de ingresos obtenidas con la devaluación se transfirieron al estado y a las grandes empresas industriales, con lo que se trató de favorecer la inversión pública y las trasnacionales.

El programa actual presenta, sí, cierta aproximación a los proyectos de 1955 (sobre todo, después del minigolpe interno del 13 de noviembre, que destituyó a Lonardi) y de 1962, posteriormente a la caída de Frondizi, precisamente cuando Martínez de Hoz fue ministro de Guido.

Sin embargo, en ninguno de los dos casos existía la posibilidad de un reordenamiento total y duradero. No había condiciones para intentarlo porque, entre otras cosas, no existía unanimidad de criterio entre los militares. Tampoco existía una presión tan concentrada de la economía internacional para reinserir a la economía argentina en el intercambio mundial. Por consiguiente, ambos proyectos fueron aplicados a medias y no definieron de manera categórica un nuevo modelo de acumulación. Sólo inclinaron transitoriamente hacia un lado el péndulo de la política económica, como expresión de la fase contrapuesta a la de expansión y política populista, características ambas de la modalidad de acumulación bipolar basada en el poder compartido. El proyecto actual trata de homogeneizar el modo de acumulación, procura no quedarse a medio camino y cuenta con la decisión política, la situación interna (derivada de la profundidad de la derrota popular) y las condiciones favorables de la economía internacional (reorganización y altos precios agrarios) para intentarlo.

La voluntad política reside en la decisión tomada por los mandos militares de ejercer el poder durante un largo período de ajuste para realizar la reforma señalada, por la fuerza y con-

tra la opinión mayoritaria, aunque es evidente que no existe pleno consenso en todos los aspectos secundarios de este reordenamiento. En la etapa de ajuste, el ejercicio del poder deberá producir las transformaciones sociales, ideológicas y políticas como para que el futuro traspaso del gobierno, en una fase de consolidación, asegure la continuidad de la línea. En este tramo será decisiva la conducta que siga la clase media y la pequeña burguesía en general, porque sólo ella puede llegar a ofrecer el sustento social necesario al nuevo régimen.

La "democratización" futura dependerá de la firmeza que se logre en la etapa de consolidación y su posibilidad tiene que ver, también, con el desgaste que sufren las fuerzas armadas en esta etapa. La democratización condicionada tiende a no prolongar excesivamente el desgaste de los militares, pero también a preparar las condiciones para un período de acumulación más estable, una vez que el proyecto se haya consolidado. Si la disconformidad social generada por el reordenamiento económico fuera muy grande, la democratización no sólo cubriría el desgaste sino también la búsqueda de un nuevo compromiso, relativizando algunos aspectos de la nueva modalidad de acumulación.

El programa económico y el proyecto político actuales son una sola y misma cosa. De una u otra manera, los militares han dado a entender que los partidos tendrán que aceptar la nueva realidad económica y adaptarse a ella, porque el traspaso del poder se hará cuando la actual orientación económica sea poco menos que irreversible. Por eso también la demora en aprobar un plan político y la insistencia en que "la guerra" no es sólo militar y que, por consiguiente, aún no ha terminado. Los militares se proponen devolver el gobierno a los partidos políticos cuando la realidad social, económica, política y cultural se haya adaptado al modelo implantado en 1976. Estas afirmaciones no le asignan una omnipotencia desmedida al programa económico. Simplemente se trata de demostrar que ese programa es más coherente, más complejo y diversificado que en otros de corte similar, que cuenta con una situación mundial que lo beneficia, que tiene el apoyo decisivo de los factores de poder y que se aplica sobre una derrota popular considerable, cuya medida más elocuente es la evolución del salario real de los trabajadores.

5] Otro de los motivos de discusión, aunque a veces expuesto de una manera poco explícita, es la importancia de la burguesía terrateniente. Sucede que de alguna manera se minimiza la gravitación de este sector, ya sea por su relativamente baja participación en el producto interno bruto, o bien porque se parte del supuesto de que todo lo importante que atañe al capitalismo se desenvuelve en la industria.

En las nuevas condiciones de vinculación de la economía argentina con el mercado mundial, el sector más sólido de la burguesía nacional será aquel que aproveche las ventajas comparativas en escala internacional. Como se sabe, la producción internacionalmente competitiva de la Argentina es la de carne y cereales. La filosofía oficial crítica al populismo porque renunció a aprovechar estas ventajas comparativas. Antes del advenimiento del peronismo, durante la crisis capitalista de los treinta, cobraron un especial impulso las actividades industriales, que gozaron de una elevada protección. Según los ideólogos del equipo económico, lo que pudo haber sido una excusable política transitoria, se convirtió más tarde, con el peronismo, en una inadmisiblemente estrategia de largo alcance. El crecimiento industrial y la expansión del mercado interno, amparados por el proteccionismo, los tipos de cambio no compensatorios, el gasto público y los altos salarios, consumieron una parte sustancial del ingreso agropecuario. Por esa razón la producción del campo se estancó y las exportaciones en valores constantes descendieron.

La burguesía terrateniente conseguía imponer periódicamente un tratamiento más favorable a sus intereses en términos de tipos de cambio, reducción de impuestos a la exportación y mejora de los precios de los productos agrícolas. Sin embargo, esas conquistas no duraban mucho tiempo. Cuando la situación externa mejoraba, el tipo de cambio se retrasaba y los precios agrarios relativos descendían. Uno de los motivos que influían para impedir la prolongación de la política liberal favorable a la burguesía terrateniente era que, invariablemente, ella provocaba una recesión en la actividad industrial y un aumento de la inflación con un des-

censo paralelo de los salarios reales. Por esa razón, los métodos liberales eran considerados, en el mejor de los casos, tratamientos pasajeros de shock que permitían realizar ajustes en los precios internos y en los tipos de cambio, con el objeto de mejorar la posición del sector agrario y la tasa general de ganancias, a costa de los salarios.

La burguesía terrateniente y sus ideólogos siempre se quejaron de que estas medidas se aplicaban transitoriamente y advertían que sólo podría esperarse una elevación de la producción agropecuaria si se les garantizaba precios altamente remunerativos y estables en el tiempo. Por supuesto, la mejor garantía era que alguien de sus filas condujera la política económica y que ésta se legitimara políticamente, ya que, desde la división y el hundimiento del partido conservador, el eco electoral de los programas económicos liberales era verdaderamente desastroso. Por ese motivo, la política económica liberal de la burguesía terrateniente sólo podía imponerse mediante los golpes militares.

La crisis capitalista internacional y las transformaciones que se operan en el mercado mundial obligan a todos los capitalismos nacionales a reordenarse y adecuarse a los nuevos tiempos. El peronismo volvió al gobierno en vísperas de la recesión internacional y en medio de la reorganización del mercado mundial, pero no tuvo suficiente fuerza política como para darle permanencia a un conjunto mínimo de reformas progresivas del capitalismo. Entonces sobrevino la crisis política y la gran burguesía terrateniente, que es la fracción más fuerte y concentrada de la burguesía nacional, que tiene las mejores conexiones internacionales y que cuenta con el

respaldo de las fuerzas armadas, se convirtió en la protagonista del reordenamiento.

Naturalmente, no era la única solución teóricamente imaginable, aun dentro de los estrechos límites señalados, pero la solución, el programa a aplicar, no pueden separarse de la clase que lo impone. En términos teóricos podrían haber tenido lugar otros tipos de reordenamientos capitalistas. Sin embargo, la única clase que contaba con la fuerza y el respaldo suficientes, con la claridad necesaria de objetivos y con la oportunidad de aprovechar la coyuntura del mercado mundial era la burguesía terrateniente. Por eso no es un reordenamiento capitalista cualquiera. Es el reordenamiento capitalista encabezado por la burguesía terrateniente. En este sentido, la situación presente, que se deriva de la oportunidad que tuvo la burguesía terrateniente con relación al mercado mundial, no se puede igualar a ninguna circunstancia parecida anterior.

6] Hay una interpretación simplista que imagina que este reforzamiento del capitalismo de base agraria es una restauración oligárquica tipo 1930. La burguesía terrateniente sabe que sólo podrá darle permanencia a su proyecto en la medida en que lidere al conjunto de la burguesía y mantenga su hegemonía económica en el bloque de poder. Ella tiene a su favor la conexión competitiva con el mercado mundial en un momento en que dicho nexo es decisivo. Es un factor esencial, pero no suficiente. La Argentina no es sólo un país agrario y, en las nuevas condiciones de precios internos e internacionales, si la burguesía terrateniente se ajustara a su función sectorial tendría grandes capitales vacantes. Por ese

motivo y por la necesidad de liderar y consolidar el nuevo proyecto, la burguesía terrateniente ha intensificado su diversificación y está promoviendo la asociación al proyecto de otros capitales que afirmen la nueva modalidad de acumulación. Por eso hay una promoción industrial en marcha y hay tanta actividad financiera y bursátil y por eso también el capital agrario que no se diversifica clama por una política exclusivista que ya pertenece al pasado. La conclusión es que el proyecto que lidera la burguesía terrateniente no constituye una restauración, sino un programa diversificado de modernización capitalista, estrechamente vinculado a las actuales perspectivas del mercado mundial. Ello no lo convierte en un programa invulnerable, no sólo porque no es el único posible, sino porque conlleva un proyecto de mercado interno relativamente restringido para las posibilidades globales del capitalismo argentino.

7] La diversificación del capital agrario lleva directamente a la cuestión de la política industrial. Hay una opinión que señala el carácter sustitutivo de la promoción industrial y sugiere que, en ese sentido, se repite una tónica ya tradicional. Todo crecimiento industrial tiene, en los países atrasados, una función sustitutiva de importaciones. Ese es un aspecto común de la presente política industrial con la del pasado, pero lo que interesa destacar es la función que cumplen las industrias sustitutivas en el nuevo modelo. La promoción industrial se realiza con un nivel de protección compatible con la protección media del conjunto de la industria, que es, a la vez, cerca de la mitad de la que existía hace tres años. En ese sentido, la promoción no crea una industria cuyo patrón de precios y de acumulación pueda afectar el modo de acumulación agrario y su nueva correlación de precios, y ese sí es un factor distintivo.

8] Otra hipótesis es que la reorganización económica está impulsada por el imperialismo y que el Fondo Monetario Internacional es quien, directa o indirectamente, impuso el programa de austeridad. El modo de acumulación basado en la apertura de la economía y las ventajas comparativas (que en la Argentina supone la promoción agropecuaria con explotación extensiva y relativa reducción de la capacidad del mercado interno) tiene beneficiarios y perjudicados en el capital imperialista. El nuevo proyecto disminuye las posibilidades de inversión en el mercado interno para la industria de consumo masivo y aun para la de ciertos productos de consumo más restringido, como los automóviles. Si el mercado tiene menos posibilidades de crecimiento y menos protección, las empresas tendrán que concentrarse y bajar costos. Habrá empresas interesadas en asumir las inversiones correspondientes y disputar su posición en el mercado, pero otras, generalmente en función de su estrategia global, optarán por limitar sus perspectivas o retirarse, como sucedió con General Motors.

Sin embargo, la promoción agraria, la rebaja de aranceles y la consiguiente apertura comercial tienen otros beneficiarios fácilmente individualizables en el capital imperialista. Los grandes bancos privados financian el comercio internacional y se benefician con la ampliación del intercambio y la disponibilidad de capitales líquidos para la especulación en el mercado financiero interno. No es extraño que sean ellos los más entusiasmados con la expansión internacional del GATT, debido a su mayor participación en la financiación de los crecientes intercambios comerciales. También ellos se han beneficiado con el auge del mercado financiero interno argentino y con su alta tasa de interés. Por otro lado, las exportaciones agrarias utilizan la intermediación comercial de las grandes transnacionales de granos. De ahí que los bancos privados internacionales y las transnacionales comercializadoras de granos sean dos de los aliados indiscutibles de la burguesía terrateniente argentina en su actual proyecto económico, mientras que en el campo de las transnacionales industriales el clima no es de mucho entusiasmo.

Sucede que el capital imperialista no constituye un bloque homogéneo. Hay un condicionamiento general común del capital transnacional que tiene su origen en la conformación del mercado mundial, pero los capitales imperialistas se ubican en los diferentes contextos económicos nacionales generalmente después que las clases sociales internas han dirimido su propio espacio en el modo de acumulación, por lo menos para aquellos países que cuentan con una

estructura económica bastante diversificada.

Esta discusión seguramente va a parecer tan innecesaria como superflua a muchas corrientes de izquierda, sobre todo a aquellas que siempre trataron de minimizar las diferencias existentes entre el populismo y la política liberal, porque —después de todo— ambas representan lo mismo, es decir, la burguesía y el capitalismo. Esta simplificación excesiva, que iguala a Gelbard con Krieger Vasena y a éste con Martínez de Hoz y que siempre fabrica una burguesía homogénea y monolítica, cuyas políticas liberales o populistas no constituyen más que cambios de táctica pasajeros, ha contribuido notablemente a dificultar la comprensión de la naturaleza del capitalismo argentino y del funcionamiento de sus leyes internas. Por ese motivo, dicha actitud dio lugar a políticas a menudo incapaces de caracterizar los cambios de gobierno con algo más que frases principistas y consignas generales repetidas hasta el cansancio.

Es cierto que, como señala esa misma izquierda, el populismo o las variantes de los frentes populares suelen desembocar en una crisis irresoluble que lleva a la burguesía más concentrada a implantar por la fuerza la plena vigencia del capitalismo. Sin embargo, se llega a ese resultado cuando el populismo o el reformismo no alcanzan a provocar reformas que modifi-

quen en un sentido progresivo el modo de acumulación interno del capitalismo, incrementando la productividad y distribuyendo parte de sus frutos en el conjunto de la sociedad. Esto último es lo que, en parte, proyectó hacer el peronismo en su retorno al gobierno en 1973 y 1974, pero la crisis política y la división dentro de sus filas bloquearon esta salida. Entonces sucedió lo previsto: se desorganizó el funcionamiento de la economía y la burguesía más concentrada impuso el orden por medio de las fuerzas armadas, en marzo de 1976.

Las posibles variantes capitalistas deben ser estudiadas mucho más a fondo y esa es la razón que nos induce a llevar adelante esta discusión, que no se ciñe sólo a las modificaciones que puede introducir el actual reordenamiento capitalista en la Argentina, sino también a examinar las razones profundas del fracaso populista. Es posible que a alguien se le ocurra preguntar todavía para qué. Precisamente porque ya es hora de abandonar el catastrofismo fácil que supone siempre que el capitalismo está al borde de la crisis total y, más absurdo todavía, que las fuerzas productivas han dejado de crecer. Aun en medio de la profunda crisis que se avecina, el capitalismo mostrará —todavía— su capacidad de producir más reordenamientos de los que imaginamos. El que se está operando en Argentina puede llegar a constituir uno de ellos.

CONCURSO INTERNACIONAL PROCESO-NUEVA IMAGEN

La revista **PROCESO** y la **EDITORIAL NUEVA IMAGEN** convocan, desde la ciudad de México, a un concurso sobre el tema:

EL MILITARISMO EN AMÉRICA LATINA

de acuerdo a las siguientes bases:

- Podrán participar en el concurso libros inéditos que pertenezcan a los siguientes géneros:
a) **ENSAYO**
b) **NARRATIVA** (novela, cuento)
c) **PERIODISMO** (reportaje, crónica, entrevista)
d) **DIBUJO** (blanco y negro).

- Los trabajos pertenecientes a cualquiera de los géneros literarios deberán presentarse en idioma español, y su extensión no deberá ser menor de 100 cuartillas ni mayor de 300. Los trabajos pertenecientes al género **dibujo** deberán presentarse en forma que su publicación sea factible, con una extensión no menor de 80 páginas.

- Podrán participar en el concurso escritores y artistas de cualquier nacionalidad.

- Los trabajos (original y dos copias) deberán enviarse con los siguientes datos: nombre completo del autor (sin seudónimo), nacionalidad, domicilio, teléfono y ciudad de residencia. Se recibirán hasta el 31 de julio de 1980. Los envíos (por los que se acusará recibo), deben hacerse a:

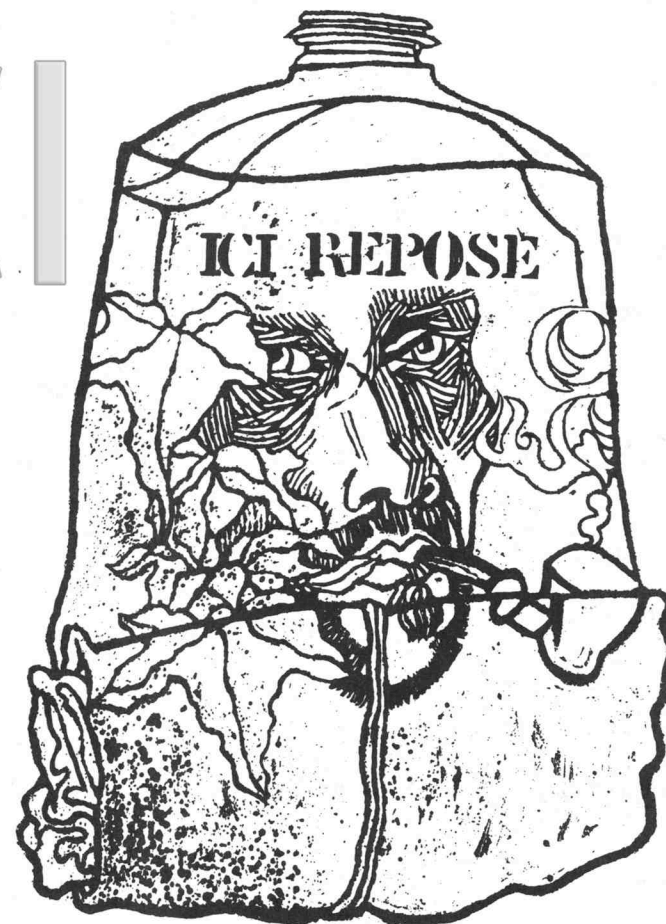
Concurso Proceso-Nueva Imagen
Sacramento N° 109
México 12, D. F. MÉXICO

Para cualquier consulta dirigirse a la coordinación del concurso en el domicilio indicado.

Jean Casimir (HAITI)
Julio Cortázar (ARGENTINA)
Ariel Dorfman (CHILE)
Theotonio Dos Santos (BRASIL)
Gabriel García Márquez (COLOMBIA)

Pablo González Casanova (MÉXICO)
Carlos Quijano (URUGUAY)
Augusto Roa Bastos (PARAGUAY)
Julio Scherer García (MÉXICO)
René Zavaleta Mercado (BOLIVIA)

México D. F., septiembre de 1979





siglo
veintiuno
editores

nuestros títulos sobre argentina

LA RENTA DEL SUELO Y DEL DESARROLLO AGRARIO ARGENTINO

Guillermo Flichman

REVOLUCIÓN Y GUERRA. FORMACIÓN DE UNA ÉLITE DIRIGENTE EN LA ARGENTINA CRIOLLA

Tulio Halperín-Donghi

EL CASO DE LOS TOBAS

ARMONÍA Y DISONANCIA DE UNA SOCIEDAD COLONIZADA

Elmer S. Miller

EL ANARQUISMO EN LA FORMACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ARGENTINA

laócov Oved

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y CRISIS POLÍTICA EN ARGENTINA (1930-1974)

Mónica Peralta Ramos

ESTUDIANTES Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Juan C. Portantiero

EL CAPITALISMO DEPENDIENTE EN ARGENTINA

Juan Villarreal

novedades del mes

IRÁN, UN ESLABÓN DÉBIL EN EL EQUILIBRIO MUNDIAL

Grupo Behrang

ESTADO, PODER Y SOCIALISMO

Nicos Poulantzas

LAS SANCIONES PENALES Y LA POLÍTICA CRIMINOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

José M. Rico

MADUREZ Y ESTANCAMIENTO DEL CAPITALISMO NORTEAMERICANO

Joseph Steindl

Solicite información periódica
sobre nuestra producción editorial:
Siglo Veintiuno Editores
Apartado postal 20-626
México 20, D.F.

El exilio mexicano de Aníbal Ponce

Oscar Terán

"Es terriblemente difícil para un intelectual renunciar a sus tesoros imaginarios; mucho más fácil le sería sacrificar con la vida los muy pocos tesoros reales que posee. ¡Pero sus ideas! Le parecería que al perderlas perdería también sus razones de existir. En su terquedad al defenderlas, no comprende que lo que protege contra su pecho no son ideas, sino palabras sin sustancia, cáscaras vacías."

Aníbal Ponce

También en los orígenes del marxismo latinoamericano se entrelazan los exilios y los viajes. Cuando se haga la taxonomía del destierro latinoamericano, se descubrirá que éste no posee una forma cristalizada y única, sino que se organiza según figuras arborescentes sujetas a determinaciones novedosas. En octubre de 1919, el gobierno de Leguía imponía el alejamiento de su patria al peruano Mariátegui. Para ello el régimen implementó una táctica benevolente destinada sin duda a formar alguna vez parte de aquel museo botánico de la expatriación: el exilio beca.

Más infortunado, el argentino Aníbal Ponce fue empujado a fines de 1936 al destierro mediante la expulsión de las cátedras que dictaba en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario y por el cierre de sus fuentes de trabajo periodístico. Antes de partir, pudo espetarle al gobierno conservador: "No he escrito jamás una línea que no haya tenido por objeto la liberación de las masas laboriosas de mi patria: liberación del latifundista que las explota, del industrial que las desangra, de la Iglesia que las adormece, del político que las entrega maniatadas a los 'trusts' del extranjero."

En marzo de 1937 desembarcaba en el México presidido por Cárdenas. Es difícil para muchos de nosotros no reencontrarnos con su figura en el triple análogo entrecruzamiento del origen nacional, la inscripcón ideológica y la residencia alternativa. Apenas llegado —como lo describe Silva Herzog— "no fue a buscar la amistad de los políticos influyentes ni de los personajes de moda. Lo que hizo fue buscar trabajo [...] Impartió cultura seria y auténtica [...] Raro ejemplo en estos tiempos de marxistas improvisados, simuladores de conocimientos que todo lo esquematizan y empobrecen." Para entonces, y casi con sus ojos, podemos imaginar parcialmente el espectáculo desde su departamento: "Una ventana muy grande mira del lado de las montañas; otra, se abre sobre el monumento a la Revolución, todavía no inaugurado. En esta misma dirección está el bosque de Chapultepec, que es el Palermo de México." Admira los maravillosos alrededores de la ciudad de México, pero extraña el ritmo urbano de Buenos Aires. "De noche trato de recorrer algunos viejos barrios de la ciudad. Es tan desigual que a pocas cuadras de una gran avenida te crees en el silencio de un pueblito con enredaderas y serenatas." Valora altamente, como contrapartida al régimen de Justo, el clima político imperante bajo el cardenismo. Muestra de ello es que reprocha a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios que no aproveche "como debe las condiciones excepcionales

de la libertad que respira [...] porque posee una libertad que ninguna otra agrupación de escritores y artistas disfruta en nuestras tierras [...]"

Por lo demás, en la geografía de la ausencia las cartas que le dirige a su hermana Clara constituyen una especie de discurso sin sujeto que frecuente el lugar común. "Tus 'besos' —le escribe— me llegaron con unas corbatas que por avión me mandaron también unas antiguas alumnas. No te imaginarás la impresión que me hicieron. Para colmo, en un restaurante donde entré tocaban 1812. Me salí por la mitad porque me ahogaba." "Te imaginarás cómo he esperado el resultado de las 'elecciones'. Aunque sabía de antemano lo que pasaría, tenía sin embargo la esperanza absurda de que tal vez 'algo' cambiaría las cosas. Pero, en fin, ya está. Hay que prepararse para un tiempo largo hasta que aclare algún día. Y que ha de aclarar, estoy seguro y habré de verlo." "Ayer llegó tu carta del 18. ¿Necesito decirte cómo la espero? [...] Aquí he sentido por primera vez la soledad."

En febrero de 1938 irá a Morelia, en busca de mejores condiciones laborales. Amargamente y con indignado orgullo se quejará poco después de quienes desconocieron en su momento sus méritos intelectuales. Antes ya había visitado aquella ciudad: "El viaje duró unas catorce horas, pero sin exagerar te diré que el espectáculo fue soberbio en todo momento", sigue escribiéndole a su hermana el 2 de agosto de 1937. Instalado por fin en Morelia, ése sería su último paraje en México y en la vida. Pero, mientras tanto, no sólo habíase colmado el ánimo de Ponce de las impresiones contradictorias de todo expatriado. En el México de Cárdenas, pero también en esta parte de una América penetrada por el indigenismo y las tradiciones campesinas, Aníbal Ponce habría de iniciar una revaloración —truncada— de su viejo y acendrado europeísmo.

El vislumbre de la nación

Alguna vez, en tono de equívoco y de broma, Ponce confesó que experimentaba "prejuicios raciales". Sea de ello lo que fuera, lo indudable es que su vasta producción anterior revela una invariante ideológica nítida: un pensamiento estructurado en alguno de sus núcleos centrales sobre un modelo teórico que dificultaba la percepción de la especificidad de la nación. Por ejemplo, "Examen de conciencia" una conferencia dictada en 1928 y luego incluida en *El viento en el mundo*—, el mismo texto donde se pronuncia un elogio de la Revolución rusa alberga aquel apartado sobre "la leyenda del gaucho" en el cual se lee:

"Mestizo de india y de español que es decir doblemente mestizo en razón de las impurezas africanas de la sangre paterna— el gaucho representó, durante la Colonia, la servidumbre feudal en su acepción rigurosa [...] Bajo la indiferencia o el ridículo, el extranjero nos daba sin embargo el ferrocarril y el telégrafo, el alambrado y el libro, la máquina y la higiene [...]" En un texto de este tenor se entrelazan el europeísmo y hasta ciertas líneas racistas, que Ponce había recogido sin duda no sólo genéricamente de la tradición liberal, sino directamente de su maestro José Ingenieros, quien hacia el final de su vida había luchado a su vez contra este tipo de concepciones al sumarse al proyecto de un antimperalismo latinoamericano. Estas componentes ideológicas —de tan vasta persistencia en la izquierda argentina que más que a "cegueras teóricas" deben remitirse a la consistencia del proyecto de constitución de la nación por parte de la burguesía nativa— determinarán la concomitante represión de los contenidos nacionales. En este punto de la "perceptibilidad de la nación", y de las condiciones que la tornan posible o la bloquean, reside la diferencia esencial con Mariátegui, el otro marxista latinoamericano contemporáneo que, poco antes de su prematura muerte, había lanzado el proyecto político y teórico más profundo por articular los elementos nacional-populares a una perspectiva socialista.

Pero —como decíamos— Aníbal Ponce posiblemente deba a México algo más que los estupores primeros del exilio. En un artículo sobre Pepe Podestá, que escribe en mayo de 1937, la visión negativa anterior sobre el gaucho aparece radicalmente modificada: "Símbolo del gaucho perseguido por la civilización que lo desplaza —dice allí— Juan Moreira encarnaba las protestas todavía inconscientes de las masas populares contra el capitalismo imperialista que las trituraba." Por fin, seis meses antes de su muerte empezó a escribir una serie de notas en *El Nacional* sobre "La cuestión indígena y la cuestión nacional" en donde aquella ruptura va alcanzando el nivel de la reflexión conceptual explícita. Una sola cita, para concluir, ejemplifica dicho pasaje: "La liberación de Irlanda, de Polonia o de Finlandia —escribe— formaban parte de la cuestión nacional 'civilizada y culta' [...] Pero [...] otra cuestión nacional, 'incivilizada e inculta', se agita en África, en Asia y en América [...] Mientras la 'cuestión nacional' aguardó su solución dentro del orden burgués, la respuesta no llegó jamás. Y no llegó porque son inconciliables los intereses del libre desarrollo de las nacionalidades con la voracidad de una clase social que sólo puede subsistir ensanchando cada vez más su sistema general de explotación."

Mariátegui decía que por los caminos de Europa había descubierto el país sudamericano en el que hasta entonces había vivido como "extraño y ausente". Quiso la ironía brutal del exilio que Aníbal Ponce —quien hasta el fin de sus días seguía acariaciando obsesivamente la idea de un nuevo viaje a "su París"— descubriera los rostros hasta ese momento ciegos de la nacionalidad y aun del indigenismo— desde una América tan diversa de aquel Buenos Aires que identificara con la civilización y la revolución. En *La vez de Sarmiento* relata cómo desde el pueblo bonaerense de Dolores, entre sus fantasías infantiles habitaba la creencia de poder divisar la Capital Federal. Sólo había que mi-

rar hacia el norte en las noches serenas: "Como un ladrón, trepé la escalera del molino, y una vez allá en lo alto, asido a los fierros, estuve largo rato con los ojos alucinados buscando en el horizonte el resplandor de mis propios sueños."

No obstante, sus recuerdos mexicanos de Morelia son casi bucólicos. Le trae remembranzas de La Plata y también —por qué no— de Salamanca y Segovia. Pero el 5 de mayo de 1938 —poco antes de cumplir 40 años de edad— viaja hacia el Distrito Federal para participar de una conferencia sobre Marx. La precaria camioneta que lo transportaba volcó cerca de Zitácuaro. Mal atendido clínicamente, lo que posiblemente hubiese sido un accidente menor se transformaría en causa determinante de su muerte. Héctor Agosti ha dejado —en el prólogo a su excelente versión de las obras completas de Ponce— el relato de sus últimos momentos: "Bajamos, compañero, bajamos, dijo en un momento estrechando las manos fraternales de Silva Herzog."

Un año y medio antes, al tomar el tren en Retiro para iniciar el largo viaje a México, Aníbal Ponce había abrazado fuertemente a su hermana Clara. En el gesto ritual de los exilios, seguramente le prometió —para creérselo a sí mismo— un pronto retorno. Impotencia de los que parten arrojados al destierro por los reaccionarios de turno: ninguno de los dos podía leer en los ojos húmedos del otro que no volverían a encontrarse nunca más.

II CONCURSO ENSAYO

SIGLO VEINTIUNO EDITORES



QUÉ HACER EN AMÉRICA LATINA

Bases

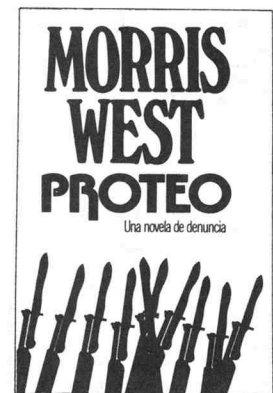
- 1 En los ensayos se podrá formular un pronóstico y elaborar un proyecto respecto de los posibles formas de solución a la problemática actual. Los enfoques serán globales o estudios referidos a determinados aspectos del presente americano, bien sea sobre países en particular o sobre el conjunto de América.
- 2 Los ensayos podrán tener una extensión mínima de 150 páginas y máxima de 300, dactilografiadas en cuartillas de 28 líneas. Deberán enviarse en original y dos copias. No se devolverán en ningún caso originales o copias.
- 3 Las colaboraciones deberán ser firmadas con seudónimos y en sobre cerrado separado se identificará dicho seudónimo con el nombre y dirección del concursante.
- 4 Los ensayos deberán enviarse a partir de la fecha y hasta el 31 de diciembre de 1979, por correo certificado a la siguiente dirección, donde podrá solicitarse cualquier aclaración sobre esta convocatoria:
II Concurso Ensayo Siglo XXI Editores, S.A.
Apartado postal 20-626 México, D.F.
- 5 Se otorgarán cuatro premios: un primero de US \$ 5,000.00 (cinco mil dólares); un segundo de US \$ 3,000.00 (tres mil dólares) y dos terceros de US \$ 1,000.00 (un mil dólares) cada uno.
- 6 El jurado será designado oportunamente por el Consejo de Administración de Siglo XXI Editores, S.A. El veredicto deberá darse a conocer antes del 31 de marzo de 1980. La entrega de los premios se efectuará dentro de los 30 días siguientes a esa fecha.
- 7 Los ensayos premiados serán publicados por la Editorial, firmándose un contrato de edición con los autores mediante el cual se establecerá el pago de derechos de autor de un 10% (diez) sobre el precio de venta de cada libro.
- 8 El jurado podrá declarar desierto alguno de los premios y podrá asimismo aconsejar la publicación de alguno de los ensayos no premiados.
- 9 Podrán participar autores de cualquier nacionalidad y residencia pero los trabajos —inéditos en cualquier idioma— deberán ser presentados en lengua española.
- 10 Las situaciones no previstas en la presente convocatoria serán resueltas por el jurado, sin apelación posible.

LIBROS, REVISTAS, INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Proteo, de Morris West El drama argentino como best seller

Carlos Ulanovski

Teresa Spada, médica norteamericana apresada y torturada en Buenos Aires, no figura en los gruesos archivos de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Pero podría figurar. Con una historia que tiene llamativos puntos de contacto con otras ocurridas en estos últimos años, Teresa Spada es una de las protagonistas del reciente best seller del autor australiano Morris West. Es interesante ver cómo el famoso escritor de El Abogado del Diablo concibe el actual momento de la historia argentina, cómo imagina Buenos Aires y algunos de sus habitantes.



Proteo (novela de denuncia)
Autor: Morris West
Editado en Nueva York por William Morrow en 1978
Edición en Español: Pareja editor (Barcelona, España)
317 páginas

Si los argentinos que ahora andamos por la treintena llegamos vivos al 2 000 y si nuestros hijos nos hicieran abuelos, es posible que le contemos a los nietos historias como las de *Proteo*, la última novela de Morris West. Ya sea para entreteñernos o todavía mejor para conseguir efectos como en nuestros días se logran con los monstruos o el lobo feroz: "Si no terminas de comer la sopa ultra vitamínica no me quedará más remedio que volverte a recordar lo que pasaba en la Argentina cuando tu papá era muy chiquito."

Con sus millares de ejemplares vendidos, en varios idiomas, esta novela ha incorporado el drama argentino a una categoría que todavía le faltaba frecuentar: la de best-seller.

Una síntesis del tema del libro, para quienes no lo leyeron o no lo conocen, puede ser la siguiente. Un grupo de insospechables prohombres del capitalismo, con sede central en Nueva York, se unen para formar una organización secreta cuyo principal objetivo es hacer pesar sus influencias empresariales—económicas—políticas en aquellos sitios del mundo en los que, hoy por hoy, se lesionan los derechos humanos.

El líder de este grupo paratransnacional y dueño de fábricas en todo el mundo crea la iniciativa todavía antes de que su hija Teresa (una mé-

dica) casada con un periodista argentino sea secuestrada en Buenos Aires, torturada y violada.

Poco después, el cotizado periodista (de tendencia liberal, opositor al gobierno) sigue el mismo camino y desaparece. Para liberar a su hija, Spada se entrevista con el presidente argentino, un militar que le confiesa entenderlo, ya que no quisiera que sus hijas cayeran en manos de su policía. Para liberar a su yerno, preso en la célebre isla de Martín García, organiza una suerte de misión imposible que culmina exitosamente. Una y otro regresan a los Estados Unidos hechos unos verdaderos guñapos humanos.

Y como a mí no me gusta que me cuenten los finales tampoco lo cuento, aquí paro. Sólo diré que personalmente toda la última parte me pareció bastante disparatada, pero, en fin, todo puede ser. Pero, en realidad, más que disparatada me pareció reaccionaria porque el mensaje es: "Pobres de los que se meten en algo más de lo debido".

En los días en que esto escribo ya acaba su misión en Argentina la comisión de derechos humanos de la OEA. A su manera, en clave de intriga internacional, el grupo *Proteo* es también una comisión que se ocupa y preocupa por los derechos humanos. Una comisión de derechos humanos muy especial. Que no llega por las puertas grandes y se va por donde puede. Que desconoce las elegantes formalidades, las buenas maneras y el pedir permiso para mover un dedo. Que son más especialistas en espionaje y guerra fría que en diplomacia.

Acaso haya que reconocer que este ajedrez medio siniestro sea la composición del juego geopolítico del mundo de hoy. Que si bien lo que plantea Morris West es novelesco por definición, podría estar ocurriendo ahora mismo en algún lugar del mundo. Es novela: no ficción. Ningún argentino que lea *Proteo* podrá pensar que don Morris ha exagerado. Con su apellido, su origen, y su visión del mundo y de las cosas el protagonista John Spada podría haber sido un *capi de mafia*. Sin embargo aprovecha sus millones y su poder para inventar una inédita internacional de ejecutivos guerrilleros. Spada sabe todo lo que hay que saber sobre los movimientos de bolsa en todo el mundo, pero también está al tanto de las cotizaciones políticas. Cuál es el sueldo de un asesino a sueldo; dónde y cómo conseguir un guerrillero de la Baader Meinhoff; cuánto valen 300 ametralladoras, un operativo de 25 perso-

nas en un tren hacia Hamburgo o un rescate en un barco carguero en pleno Río de la Plata.

Lúcido manejador de su mala conciencia, Spada reconoce que en alguno de los sitios en que opera con Proteo para liberar a seres desgraciados de la tortura (incluso los nombra: Chile, Irán, Corea, Brasil) sus empresas—cual prostitutas finas—"duermen en el lecho del tirano y prosperan bajo la protección de las policías". El es un millonario; "Spada Consolidated" le ha dado todo y está metido en muchos ramos de la industria y el comercio. Todo lo que dé buena plata, sin la excepción del redituable negocio del dinero. Algunos millonarios buscan matizar sus negocios con otras tareas que le aporten, en partes necesariamente desiguales, la extensión de su poder, de su prestigio, de su realización personal y la posibilidad de evadir impuestos. Existen así millonarios presidentes de clubes de fútbol o impulsores de soberbias fundaciones culturales. Otros que, desde atrás, se dedican a financiar carreras políticas y otros no tan ambiciosos que simplemente instalan un departamento a vedetes. El personaje parte de un handicap fundamental: el aprovechamiento de su poder, como empresa transnacional. Es claro cuando West le hace decir al presidente argentino: "Me pregunto qué efectos tendrá este desgraciado episodio sobre las relaciones comerciales entre nuestros países". Spada reconoce que sus formas de actuar son a través de negociaciones diplomáticas, operaciones especiales, pero fundamentalmente por medio de regateos comerciales, sobornos y chantajes.

Como algunos de los prácticos chantajes económicos y sentimentales puestos en práctica por algunos sectores del capitalismo norteamericano, en forma de sanciones, desprestigios y créditos negados a la Argentina. Esos sectores americanos influidos y presionados por otros grupos políticos progresistas son en

definitiva quienes armaron este ya impresionante—cuanto influyente—tinglado de los derechos humanos. West es bastante honesto al presentar a su personaje central como un hombre comprometido. Los americanos tienen la costumbre de organizarlo todo a la manera de una gran empresa. Como gran empresario, Spada parece tenerlo todo encarrilado por las vías de la meticulosidad, pero toda la situación es tan crítica que lo hace meterse hasta el cuello y todavía más. Su contacto con esa realidad no es aséptico para Spada, ni sencillo, ni alentador a juzgar por consecuencias tan trágicas.

Por utilizar una fórmula probablemente simple pero inmensamente adecuada, el libro se deja leer. Su máximo valor es que es entretenido y que no pretende sentar una tesis política. Es una historia inventada sobre la Argentina de hoy, pero que, curiosamente, no diferiría en mucho si hubiera sido un testimonio calado de la realidad. Es evidente que para hacerlo West—al igual que todos los escritores de best-sellers—se documentó. Sin embargo no acierta a pintar con exactitud un Buenos Aires que desconocemos si alguna vez visitó personalmente; la pega cuando dice "Uruguay y Argentina cooperan en la lucha anti subversiva"; da en el clavo con figuras tan afortunadas como: "Tráfico con dinero y mercancía y realidades políticas. Cuanto mayor es la escala más sencillo resulta"; no está bien informado cuando dice que los torturadores "prosperan por el acuerdo tácito de la gente común, que desea ver las calles limpias y los trenes puntuales". Falso, porque según afirman los que estuvieron hace poco allí, los trenes siguen con su eterno atraso en la Argentina y las calles de la otrora ciudad más limpia del mundo están casi tan imposibles de mostrar como las manos de la represión.

Resultado lógico suponer que la probable solución del drama argentino no pasará por lo que diga un best-seller. Pero es importante que la difusión de los excesos en la represión, avalados ahora por más de 10 000 denuncias que recibió la CIDH hayan llegado hasta los proyectos de un escritor de novelas bastante tradicional, más moralista que humanista. En tal sentido, no debería extrañarnos si un día de estos el caso argentino sirve de inspiración a algún autor de telenovelas. Esta novela no ha llegado a la Argentina y es posible que no llegue, por lo menos hasta 1987, cuando nuestros nietos estén más próximos que ahora.



Tribuna socialista para la reflexión y la polémica

autoemanciparse liberando al mismo tiempo al conjunto de la sociedad", afirman, tiene en nuestro país una larga historia de lucha. Y el hecho de que siempre ha demostrado "ser la más consecuente luchadora por el progreso social y la democracia" lo demuestran numerosos hitos importantes en la historia argentina, desde "La semana trágica" hasta la "heroica resistencia actual", no sin antes pasar por el 17 de octubre y el "cordobazo". Y es precisamente por esto que todo pensamiento socialista auténtico "no puede ser más que la racionalización de este largo combate libertario de los obreros argentinos, y el fundamento científico de sus proyectos futuros".

Instalado en esta perspectiva, *Cuadernos*, que repudia "cualquier fuerza sectaria", pretende convertirse en "una tribuna socialista", es decir en un "lugar de encuentro de las distintas componentes de lo que se podría denominar [...] el pensamiento crítico-socialista argentino".

Como de las "ruinas de la sociedad policial surgirán las bases para la construcción de una nueva cultura, de un nuevo estilo de vida, abiertas a todas las formas de creatividad, libre, justa, es decir socialista", se impone entonces un "amplio debate de ideas" dirigido a encontrar "nuevas orientaciones que ayuden a la transformación social de nuestra patria y otras naciones hermanas".

Promover la reflexión, y hasta la polémica, "a partir de un compromiso intelectual que se propone no sólo observar la realidad, sino contribuir a modificarla en un sentido de progreso, en un sentido socialista", tal es el propósito de *Cuadernos*. Quienes deseen sumarse a esto deberán enviar sus colaboraciones (dos copias de no más de quince páginas a *Cuadernos*, 14 rue Nanteuil, París 75.015, Francia).

La clase obrera, "única capaz de

Información bibliográfica

Economía

Carlos Abalo, "Argentina: el retorno del capitalismo agrario", en *Cuadernos del Tercer Mundo* num. 11, México, marzo de 1977.

Daniel de Andreis y Eduardo Gitli, "La ley argentina sobre inversiones extranjeras", en *La República* num. 5, México, marzo de 1978.

Fanor Díaz, *Conversaciones con Rogelio Frigerio*, Buenos Aires, Hachette, 1977.

Aldo Ferrer, "La viabilidad de la integración latinoamericana", en *Nueva sociedad* num. 37, Caracas, julio-agosto de 1978.

Educación

Adriana Puiggrós, "La decadencia de la escuela en América Latina", en *Arte, ideología y sociedad* num. 4, México, 1978.

Equipo de Educación del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, "La política educacional de la junta militar en Argentina", en *Cuadernos políticos*, num. 17, México, julio-septiembre de 1978.

Historia

Marcos Kaplan, "50 años de historia argentina (1925-1975): el laberinto de la frustración", en Pablo González Casanova (cord.), *América Latina: historia de medio siglo. I: América del Sur*, México, Siglo XXI, 1977.

Rodolfo Puiggrós, "Manuel Ugarte: protagonista de nuestra historia", en *Tercer Mundo* num. 2, México, 1976.

Metodología

Oscar del Barco, *Esencia y apariencia en "El capital"*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

Movimiento obrero

Jorge Bertolucci, "Sueño de la dictadura: el vaciamiento ideológico del sindicalismo argentino", en *Mensaje peronista* num. 1, México, diciembre de 1978.

Horacio Crespo, "Problemas de la historia del movimiento obrero argentino", en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* num. 11, México, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1978.

José Ricardo Eliaschev, "Sindicalismo y clase obrera en la Argentina (1943-1976)", en *Nueva Sociedad*, Caracas, septiembre-octubre de 1976.

Adolfo Gilly, "Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", en *Coyoacán* num. 5, México, octubre-diciembre de 1978.

Elizabeth Jelin, "Conflictos laborales en la Argentina: 1973-1976", en *Revista mexicana de sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año XL, num. 2, abril-junio de 1978.

Héctor Lucero, "La larga marcha de la clase obrera argentina", en *Coyoacán* num. 1, México, octubre-diciembre de 1977.

Silvia Sigal, "Tucumán: acción obrera en una situación de crisis (1966-1968)", en *Revista mexicana de sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año XL, vol. XL, num. 2, abril-junio de 1978.

Hipólito Solari Yrigoyen, *Defensa del movimiento obrero*, Buenos Aires, Librería Congreso, 1976.

Poesía

Oscar del Barco, *Infierno*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

Vicente Zito Lema, *Homenaje a Rodolfo Ortega Peña*, Barcelona, Agermanament, 1978.

Sociología y política

Jorge Bernetti, "Argentina: el renacimiento de la actividad política", en *Cuadernos del Tercer Mundo* num. 19, México, marzo de 1978.

Jorge Bernetti, "La prisión diplomática de Cámpora", en *Cuadernos del Tercer Mundo* num. 15, México, agosto de 1977.

Atilio Borón, "Nuevas formas del estado latinoamericano", en *Cuadernos políticos* num. 15, México, enero-marzo de 1978.

Manuel Casares, "Argentina: el comienzo de un cambio", en *Coyoacán* num. 2, México, enero-marzo de 1978.

Nicolás Casullo, "Las dictaduras latinoamericanas" (serie de tres artículos), en *Mañana*, México, septiembre-octubre de 1977.

Julio Cortázar, "Los lobos de los hombres", en *El fascismo en América*, Ediciones Nueva Política num. 1, México, 1976.

Alejandro Dorrego y Victoria Azurduey, *Esto pasó en la Argentina*, México, Prisma, 1977.

Rodolfo Gil, "La nueva política exterior de Estados Unidos", en *Mensaje peronista* num. 2, México, diciembre de 1978.

Noé Jitrik, "Primeros tanteos: literatura y exilio", en *Nueva sociedad* num. 35, Caracas, marzo-abril de 1978.

Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

Oscar Landi, "La tercera presidencia de Perón", en *Revista mexicana de sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año XL, vol. XL, num. 1, enero-marzo de 1978.

Italo Argentino Luder, *El proceso argentino*, Buenos Aires, Corregidor, 1977.

José Num, "La industria automotriz argentina: estudio de un caso de superpoblación flotante", en *Revista mexicana de sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año XL, vol. XL, num. 1, enero-marzo de 1978.

Pedro Orgambide, *Borges y su pensamiento político*, México, Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, 1978.

Mónica Peralta Ramos, *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*, México, Siglo XXI, 1978.

Esteban Righi, "Elementos de análisis para la situación argentina", en AAVV, *El control político del cono sur*, México, Siglo XXI, 1978.

Juan Villarreal, *El capitalismo dependiente. Estudio sobre la estructura de clases en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.

COYUNTURA

El tema de Cámpora

Al concluir septiembre, el salvoconducto para Héctor J. Cámpora se había convertido en una de las mayores reivindicaciones y factores de movilización del exilio argentino en México.

Es difícil anticipar lo que pueda decidir la Junta Militar respecto al ex presidente, cuya situación de asilo se ha visto bruscamente complicada por un tumor en la parótida. Al cierre de esta edición, todo parecía indicar que, pese a las enérgicas recomendaciones realizadas al gobierno argentino por los miembros de la CIDH, los obstáculos interpuestos por las tres armas a su salida del país seguían en pie. Las autoridades ofrecen ahora, en caso de que el tumor se constatare maligno, garantías de extraterritorialidad en el sanatorio en el que se atendiese.

En este contexto, es obvio que las movilizaciones públicas del exilio habrán de tener, lamentablemente, una escasa incidencia en la resolución final. Pero, 'paradojas de esta época, mientras el ex presidente Cámpora se aproxima a una posible libertad bajo las condiciones creadas por una desgraciada y sorpresiva enfermedad, su situación ha servido para poner en evidencia algunos rasgos que asoman entre los argentinos que residen en México.

El primero de estos rasgos es el de la recuperación política de la figura del ex presidente, no menos repentina que su enfermedad. Hasta hace unos meses, la preocupación por la suerte del tío parecía patrimonio de un reducido grupo que incluía antiguos colaboradores o amigos. Ahora, el salvoconducto es pedido por una conjunción de organismos entre los cuales, además de algunos de formación reciente o espe-

cíficamente dedicados a los derechos humanos, se encuentran aun aquellos que desde distintas vertientes o en distintos momentos, estigmatizaron o minimizaron el gobierno presidido por Cámpora. Este positivo reconocimiento de hoy, entonces, resulta insuficiente en tanto a todos nosotros nos falta, todavía, dar cuenta de dicha revalorización.

Otro de los rasgos evidenciados ha sido, precisamente, el de esa conjunción de esfuerzos. Un hecho positivo, en la perspectiva general de lo que ha de requerir el proceso de democratización argentino, aún sin abrirse. Un hecho engañoso, en cambio, en la perspectiva de las bases reales que sustentan semejante conjunción.

El tercer rasgo es el de la prudencia con la que, en aras de la unidad, las distintas agrupaciones conjugadas marcaron su presencia en la movilización común: ningún signo partidario, ningún *cantito* identificatorio.

Otros dos elementos de reflexión, más generales, surgen sin embargo de esta movilización y merecen ser subrayados. Por una parte, se ratifica aparentemente la gestación de un nuevo clima político en el exilio argentino y, sobre todo, en el exilio independiente, luego de largos años de letargo. Por el otro, esta repolitización surge saludablemente asociada a las reivindicaciones que son hoy posibles para la Argentina, y, en este caso, a la salvaguarda de una figura, la de Cámpora, expresión de la más democrática coyuntura de la historia argentina de los últimos años, pese a que la Junta continúa considerándolo nomen de la subversión.

Un viejo Jacobo Timerman

Jamás debió imaginarse el periodista y propietario de medios Jacobo Timerman que su sostenida campaña golpista contra el gobierno constitucional de Isabel Perón durante 1975 y 1976 conllevaba como "regalo sorpresa" su propia condena. A tres años de esa gesta periodística a través de *La Opinión*, y luego de ser secuestrado, torturado y encarcelado, con mucha dificultad y en parte debido a diversas campañas en su favor (desde ese "exterior del país" donde yacían miles de "izquierdistas" escapados de la dictadura que el director de *La Opinión* recibió alborozadamente) Jacobo Timerman obtuvo la gracia de ser expulsado del país y privado de su ciudadanía.

Su capacidad y el éxito de su carrera se asentó en tres etapas: fue periodista (columnista político) del frondismo en el diario *El Nacional*. Luego fundó *Primera Plana*. Más tarde, como director del semanario *Confirmado* ensayó por primera vez con notable eficacia el diseño informativo desestabilizador y golpista contra el gobierno constitucional del radical Arturo Illia. En ese entonces colaboró con la llegada al poder del general Onganía, como diez años más tarde alentará el arribo, a través de *La Opinión*, del general Videla a la Casa Rosada.

Aunque muchos puedan tacharlo de mercenario del periodismo vendido frecuentemente a los peores

postores, en realidad Timerman más bien fue un ilusionado de su propia trascendencia. Como si el "poder" progresivamente alcanzado le sirviera como confirmación de su personalidad de inmigrante, más que para preocuparse de las causas defendidas. Lo que se le escapó es que su idoneidad periodística resultaba la típica actuación inescrupulosa que el militar "cristiano y occidental" no olvida. Una cosa son los intereses económicos sectoriales del sistema cuando necesitan "victorias" sea como sea. Otra cosa es la cabeza del general "purificador" de lo social, para quien la "efectividad" cambiante y el don de ubicuidad de Timerman son sospechosas frente al modelo austro y legendario del periodismo del sistema, tipo *La Nación* o *La Prensa*.

Usufructuario de los espacios de libertad democrática (gobiernos radical y peronista) su misión periodística en ambos casos consistió en llamar al exterminio de la constitucionalidad. En la única coyuntura donde se encontró sin libretto y sin patrón político fue luego del triunfo popular en marzo de 1973. Efectivamente, ni la derecha ni el centro ni la izquierda peronista parecieron necesitar de su pluma. Fue por entonces su tan recordada nota, pocos días después de aquel comicio, donde inexplicablemente salió a recordar el traspaso del diario *La Pre-*

sa a la CGT en 1951, como advirtiendo sobre el autoritarismo de la fuerza triunfadora en las urnas. Se olvidó que lo que terminaba era una dictadura.

Defensor de "lo nacional" pero sin el incordio de la participación popular, el democrático Timerman ayudó a derrocar dos gobiernos de fuerzas nacionales y acepta hoy el destierro por subversivo y judío que le aplica la dictadura a la que celebró en su llegada.

"Dénme los mejores periodistas de izquierda para hacer el mejor diario de derecha", cuenta la leyenda que era una de las frases de Timerman, indudablemente lúcida. Sin embargo el general Menéndez retuvo en la memoria sólo aquello de "los mejores de izquierda", así como las fuerzas de izquierda recuerdan ahora el final de la frase: "diarios de derecha".

Un nuevo Menéndez

Si el general de división Luciano Benjamín Menéndez fuera el hijo del general Benjamín Menéndez, se hubiera podido calificar el episodio de rebeldía de aquél (en el reciente 29 de septiembre de 1979), como una *identificación negativa* con su padre. El viejo Menéndez, constante fratero de los años 40 se rebeló, a su turno, contra la superioridad. Lo hizo el 28 de septiembre de 1951. Pero ambos Menéndez son tío y sobrino, de tal modo que la *identificación* sólo queda para la familia, militar y gorila.

El viejo Menéndez se rebeló contra un gobierno constitucional y popular, el de Perón. Su sobrino contra un dictatorial y reaccionario, pero para pedirle que lo fuera más. Si del episodio del tío surgió una falsa llada del antiperonismo ("la generación del 51", donde menester es recordarlo militaron Alejandro Cano Lanusse, Conito Sánchez de Bustamante, Manuel Dragón Verde Reimundes, Julio Rodolfo Alsogaray), de la breve insubordinación del sobrino, nace un *Fiscal del proceso* que mueve sólo la mano derecha. El sobrino Menéndez no fue a prisión, como su tío y sus compañeros que dibujaron en las paredes del presidio de Rawson durante 4 años. Luciano Benjamín Menéndez si bien perdió la partida, en estrictos términos militares, no le parece tanto en términos políticos.

Recapitulación: de acuerdo con el cronograma de la Junta, el general Videla debe cesar como presidente el 29 de marzo de 1981. Allí, por la segunda mitad de 1980 se debería definir el nombre de su sucesor. El teniente general Viola ha manifestado públicamente su posibilidad de pase a retiro en este fin de año militar. Existe la posibilidad de su candidatura presidencial para el trienio 1981-1984. De allí se deduce la necesidad de asentar en el edificio *Libertador* a un colega que dé franco respaldo a su candidatura. La sucesión de Viola, y el rumbo del proceso, están en la rebeldía del general Menéndez. El ex comandante del tercer cuerpo habló al ejército y no al país. Cuestionó el "personalismo" de Viola, ciertas "debilidades" frente al marxismo, pero no dijo nada del presidente Videla. Queda claro: el debate era por la sucesión. El hecho de que no fuera arrestado indica, por cierto, que Viola carecía de fuerza para reprimirlo violentamente o para enemistarse con un sector del ejército que, si

bien no se solidarizó con el señor de la guerra de Córdoba, no le dio apoyo irrestricto al comandante en jefe. El general Menéndez es un hombre de ideas poco complicadas: para él, el mundo vive "la tercera guerra mundial contra el marxismo". Firme combatiente de palabra y de obra contra la *subversión*, de sus labios nunca han surgido críticas contra la política económica del gobierno. Por otra parte, este superduro afirma: "ni soy fascista, ni lo es el cien por ciento del ejército". En efecto, de un liberalismo gorila seco y puro, Menéndez parece ilustrar más que nadie en el ejército la teoría del *quedantismo*, de *durar y reprimir*.

Perdido por perdido su partido por la comandancia en jefe, su *holocausto profesional*, se entiende a la luz de un ejército contrainsurgente en el que la demagogia antiapertura debe calzar con fuerza. Empeño Menéndez confirma con su derrota que en el ejército argentino es difícil batir en una rebelión al comandante en jefe. De las múltiples rebeliones habidas desde el 55 para acá, sólo dos jefes máximos del arma fueron derrotados: Juan Carlos Llorio (1962), líder de los *colorados*, y Alberto Numa Laplane (1975), general de tres soles de Isabel-López Rega.

El golpecito de Menéndez ilustra, por otra parte, las grietas en el aparato militar, en el que a la deliberación abierta suceden la insubordinación y las polémicas públicas. El gobierno de la *reorganización nacional* puede anotar en el terreno castrense varias desviaciones y rupturas significativas. El general de brigada Adelfo Vilas, jefe de la quinta brigada de infantería de Tucumán, *héroe* del rastillaje contra la guerrilla del ERP, pasó a retiro pese a su prestigio en campaña. Lo hizo con enojo, mascullando críticas rencorosas y para incorporarse al peronismo, por lo menos a la liturgia de misas y comidas, sin querer recordar que fuera parte activa del elenco que rompiera el orden constitucional. Otro *superduro* como el general de división Genaro Díaz Bessone fue sutilmente retirado del comando del segundo cuerpo a un insalvable ministerio de Planeamiento. Su *Segunda República* (Marcelo Sánchez Sorondo) habrá de hacerle en su momento juicio por usurpación de títulos, de carácter corporativista, quedó en el olvido, lo mismo que su carrera militar y su retiro. Hoy, hace política junto con los ex ministros Jaime Perriaux (Justicia, con Lanusse) y Juan José Catalán (Educación, Videla), en un nucleamiento conservador-liberal: el SEA. Por último, el retirado almirante Massera ha continuado con vigor la crítica a la "desviación del proceso", encarnada, según él, en el plan económico de un ministro al que consintió durante 3 años. El marino también hace política con un nonato Partido Democrático Social (PDS). Menéndez, que fue el único auténtico rebelde militar, también habla de las "desviaciones del proceso", pero en un sentido opuesto a las que denuncia Massera. Menéndez se habría opuesto a la liberación de Jacobo Timerman en una actitud que define, por sí, el rumbo que tendría un plan político por él diseñado. ¿Ha nacido un nuevo Aramburu o un nuevo Lanusse? Aunque parido en la misma familia liberal castrense de aquellos, el prospecto es de otra raza. No. Ha nacido un nuevo Menéndez, con el destino del viejo. Es decir, el héroe sacrificado, el profeta crítico de los rumbos nefastos por venir. Los ascensos, destinos y pases castrenses de fin de año dirán de sus posibles —;Dios no lo quiera!— discípulos.